



**La habitación y el monedero**

**Representaciones sobre las mujeres en la obra *Una habitación propia* de Virginia Woolf**

Sandra Elena Castrillón Castrillón

Tesis doctoral presentada para optar al título de Doctor en Educación

Tutora

María Paulina Mejía Correa, Doctora (PhD) en Ciencias Sociales y Humanas

Universidad de Antioquia

Facultad de Educación

Doctorado en Educación

Medellín, Antioquia, Colombia

2021

<b>Cita</b>	(Castrillón Castrillón, 2021)
<b>Referencia</b>	Castrillón Castrillón, S. E. (2021). <i>La habitación y el monedero</i> <i>Representaciones sobre las mujeres en la obra Una habitación propia de Virginia Woolf</i> [Tesis doctoral]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
<b>Estilo APA 7 (2020)</b>	



Doctorado en Educación, Cohorte XIV.



Centro de Documentación Educación

**Repositorio Institucional:** <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - [www.udea.edu.co](http://www.udea.edu.co)

**Rector:** Jhon Jairo Arboleda Céspedes

**Decano:** Wilson Bolívar Buriticá

**Director:** María Paulina Mejía Correa

**Jefe departamento:** Ruth Elena Quiroz Posada

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

## **Dedicatoria**

A todas las mujeres que luchan, escriben, hablan y enseñan los derechos universales que las cobijan a ellas y a sus congéneres, a esas creadoras infinitas.

## **Agradecimientos**

Gracias y gracias...a

...Mi familia, por sus palabras, mientras transitaba los días de escritura en escritura

Mario Elkin Ramírez ayudó a inventar el tiempo y el espacio para pernoctar en Virginia Woolf y discernir con ella

Eloísa creció y se hizo faro mientras yo cazaba en este río caudaloso

María Paulina cuidaba del timonel sacando mapas debajo de su manga.

## Tabla de contenido

Resumen .....	6
Abstract .....	7
Introducción .....	8
1 Planteamiento del problema .....	11
2 Antecedentes .....	13
3 Justificación.....	23
4 Objetivos .....	27
4.1 Objetivo general .....	27
4.2 Objetivos específicos.....	27
5 Metodología .....	28
6 Resultados y Discusión .....	33
Capítulo 1: La Grava: el Lugar Que Correspondía a Las Mujeres.....	33
Lugar: Límite al Hacer.....	35
La Inferioridad de la Mujer: Una Joya Sobre la que el Hombre Escribe.....	45
La Educación de las Mujeres .....	69
Capítulo 2: Es curioso lo que lo Cambia a Una una Cola: Tener o No Tener .....	79
El No Tener.....	81
El Tener.....	92
Capítulo 3: Forcejeo de las Escritoras Contra los Impedimentos .....	99
Hiedra que Trepa y Carcome la Obra .....	100
La Importancia de la Tradición en la Escritura de las Mujeres .....	114
La Novela: Género que Permitió a las Mujeres Escribir sin Tener y las Catapultó al Tener .....	125

Capítulo 4: Vías de Salida Frente al Otro: Teniendo ..... 138

    Cómo Posicionarse Frente al Otro ..... 139

    Cómo Escribir ..... 149

    Qué escribir ..... 168

Conclusiones ..... 180

Referencias ..... 196

## Resumen

Me propuse reconocer las representaciones sobre las mujeres en la obra *Una habitación propia* de Virginia Woolf. La metodología está inscrita en el paradigma interpretativo, mediante el enfoque hermenéutico, que permite circunscribirse a las palabras de la autora y al contexto en el que fue escrito, así como en el que es leído. Inscrito en la investigación cualitativa, conlleva un tipo de investigación documental donde el texto es escuchado como un fenómeno social. La técnica investigativa hace uso de la lectura intratextual y extratextual. Construí cuatro categorías: en la primera, di cuenta de cómo Woolf señala que a través del tiempo ha existido la necesidad de nombrar a las mujeres como inferiores para inscribirlas en un lugar limitante. En segundo lugar, encontré que haberlas despojado del tener las situó en el lugar conveniente a la organización social imperante, por lo cual Woolf hace un llamado al tener material y desde otros ámbitos. Como tercera categoría Woolf ayuda a desentrañar cómo el producto de las escritoras, hasta el siglo XIX, refleja y queda marcado por las carencias materiales e inmateriales. En la cuarta categoría muestro cómo Virginia ofrece vías de salida a las escritoras desde el tener.

En su texto, Virginia Woolf se ocupa de rastrear la historia de las mujeres, señalar las consecuencias del no tener en la historia, para finalmente indicar un presente y un horizonte donde la propuesta que les hace es tener, de manera enfática, desde la escritura.

*Palabras clave:* mujeres y escritura. feminismo, representaciones

## Abstract

This work sets out to recognize representations of women in *Una habitación propia*, the Spanish version of Virginia Woolf's *A Room of One's Own*. Embedded within an interpretive paradigm, the methodology follows a hermeneutic approach, facilitating adherence to the words of the author as well as to the contexts where those words were written and are read. Based on a qualitative research approach, a documentary research is performed, through which the text is acknowledged as a social phenomenon. Intratextual and extratextual reading were used as research techniques. Four categories emerged: The first reports on Woolf's observation of the need that has existed throughout time to call women inferior to keep them in a confined space. The second unveils evidence that stripping women of ownership placed them in a position convenient to the prevailing social structure, reason why Woolf calls for both material and other types of ownership by women. In the third category, Woolf helps to unravel how, up until the 19th century, the works of female writers reflected and were marked by material and immaterial deprivation. The fourth category shows how, from ownership by women, Virginia provides female writers exit routes. In her text, Virginia Woolf is concerned with tracing women's history, showing the consequences of non-ownership by women in history and, lastly, pointing to a present and a future where she exhorts women to take ownership –emphatically– from writing.

*Keywords:* women and writing, feminism, representations

## Introducción

“Pero esa letra, ¿cómo hay que tomarla aquí? Sencillamente, al pie de la letra”

(Lacan, 1972, p. 181).

Tomar una obra de Virginia como una fuente de la que se podrán reconocer algunas representaciones de las mujeres que ella deja ver en su escritura, tomar una autora literaria como una maestra y escuchar con sigilo sus trazos. El objetivo de esta tesis ha sido leer a Virginia Woolf y tomarla a la letra, escuchar su ensayo y atender a lo que ella tiene que decir sobre las mujeres. A veces también, de acuerdo con lo que permite el enfoque hermenéutico, salir de su letra y rondar su historia, sus otros escritos, sus diarios, esa escritura íntima llevada al límite en unos cuadernos que construyó con fines precisos de confesarse. Y también, agarrada de sus flancos, ir a otras orillas, incluido el presente donde la leo, y ese pasado, ese contexto de gran peso donde Woolf se sumió en los profundos susurros de sus escritos.

El libro de Virginia Woolf a partir del cual me pregunto por las representaciones sobre las mujeres se titula *Una habitación propia*, ensayo literario que surge a propósito de que, a Virginia, en 1928, la Universidad de Cambridge, específicamente la *Sociedad literaria de Newnham* y la *Odaa de Girton*, en los espacios de un colegio femenino de la universidad, le propusieron dar una conferencia sobre las mujeres y la novela, lo cual le resultó en extremo difícil, según nos comunica. Hizo uso de su labor como escritora para decir algo sobre esto, se valió de la literatura para contar una historia, una donde ella misma quedó incluida, pues ese tema pasó a ser parte de su vida mediante la reflexión en el tiempo de aquella escritura, pero también durante gran parte de su vida. Tal como lo expresa, lo que ella narra en este ensayo está impregnado de esos dos días que precedieron a la conferencia, y es necesario decir desde aquí que esos primeros hechos con los que se topa mientras está pensando qué escribir y cómo sobre el tema, esos “accidentes”, “encuentros”



cotidianos, contingencias que cobran relevancia por el tema que tiene entre manos, son los que le permiten escribir sobre la cuestión, los que desatan el caudal de reflexiones, pensamientos, investigaciones que produjeron *Una habitación propia*. Más adelante dirá que los nombres de los personajes y de la universidad son producto de la invención, señalando con ello que para nombrar esos hechos ha recurrido a la herramienta de la fantasía, de la literatura, de lo cual el escritor echa mano para plasmar su mirada del mundo.

Del resultado de esa escucha, esto es, de la lectura de su ensayo, efectuado a través del enfoque hermenéutico, obtuve cuatro categorías que vinieron a conformar los capítulos de esta tesis. De esta forma, en el apartado de los resultados y la discusión muestro las representaciones encontradas que agrupé en los capítulos, al mismo tiempo que genero la discusión en cuanto a esos hallazgos, sus consecuencias, sus efectos y las posibles aperturas de otras preguntas de investigación que conllevan.

En el primer capítulo, *La grava: el lugar que correspondía a las mujeres*, me ocupo de señalar las representaciones donde Virginia muestra el lugar que se les ha asignado a las mujeres a través de imperativos, mandatos que les ordenan dónde situarse, qué lugar ocupar, qué funciones desempeñar. En el segundo capítulo, *Es curioso lo que lo cambia a uno una cola: tener o no tener*, trabajo un aspecto que encontré como centro y de gran importancia en la obra de Woolf: el tener y no tener, elementos que posicionan y definen a las mujeres tanto para sí mismas como para el otro sexo y por ende para los contextos sociales. El tercer capítulo, *Forcejeo de las escritoras contra los impedimentos*, arroja las consecuencias del no tener en la escritura de las mujeres, muestra cómo ese producto refleja y queda marcado por las carencias materiales e inmateriales que yacen plasmadas en sus textos literarios. En tanto que, en el cuarto capítulo, *Vías de salida frente al Otro: teniendo*, desarrollo las propuestas que hace Virginia a las mujeres del lado del tener, develando

los pasajes dónde Virginia insiste en cómo es posible responder a los límites impuestos, a través de la construcción de la escritura.

A lo largo de esta tesis puede rastrearse la insistencia en emplear en varias ocasiones algunas citas de Woolf, porque sirven a los contenidos de un capítulo o de otro, dicen acerca del lugar de las mujeres o cómo la novela catapultó el tener para las mismas, por lo cual las representaciones se mueven a lo largo del texto, entre los diferentes capítulos.

Han sido algunos años los que ha tomado verter lo que he considerado sus representaciones sobre las mujeres, situarlas categóricamente y darle consistencia a través de lo que denomino mi comprensión de sus palabras escritas y mostrarlas como hallazgos.

Virginia Woolf, la escritora inglesa más importante de su tiempo, cuya carrera literaria se encontraba en pleno florecimiento en 1928, tal como lo nombra su sobrina en el prólogo de sus *Diarios* (Woolf, 1993), se siente abrumada por referirse a las mujeres y a la escritura de las mismas y le ha resultado difícil que estas variables no entren en relación con ella, ha sido del todo imposible escribir sobre ello sin incluirse, sin afectarse por lo que le ha correspondido en su propia historia y aun así la integridad a la que se referirá esta tesis, se preserva en su obra. Me parece importante hacer hincapié en que, a pesar de su lugar, de su reputación, de su glorioso hacer, de ser una mujer que se codeaba con la sociedad intelectual inglesa, de ser fundadora del grupo de *Bloomsbury*, o justamente por todo ello, Virginia Woolf se conmueve y resuena alrededor del tema de las mujeres y de la escritura.

Ha sido una experiencia de la índole del sumergirse en *Una habitación propia* de Virginia Woolf, beber de sus palabras y recoger lo que dijo hace tantos años y que a la luz de hoy parecen palabras nuevas, una bola de cristal que una chiquilla frota con su mano para que le diga algo del porvenir. En este caso Virginia Woolf dice del pasado, del presente y del porvenir de las mujeres.

## 1 Planteamiento del problema

Durante mucho tiempo dudé en escribir un libro sobre la mujer. El tema es irritante, sobre todo para las mujeres; pero no es nuevo (De Beauvoir, 2011, p. 15).

La pregunta por *las mujeres*, por cómo puede explicarse lo que las conforma en su subjetividad, por cómo están posicionadas en la sociedad, en el contexto en el que viven, el acceso a los derechos civiles que tienen o no tienen, sigue presente desde que en los tiempos de la ilustración las mujeres comenzaron a escribir (Ramos, 2003), o desde que se plantearon las primeras inquietudes y luego las revoluciones que las llevaron a inquirir a gritos por sus derechos.

Cada tanto, cada tiempo, se produce una oleada de palabras, discursos y protestas a esa manera en que está circunscrito el lugar de las mujeres, en lo que les concierne en su subjetividad y en aquello que las plasma y las define en tanto discurso social. La pregunta por las mujeres retorna, se renueva, adquiere nuevas representaciones, lo cual la convierte en una eterna pregunta a resolver desde una perspectiva dada, desde un plano cada vez diferente. Virginia Woolf y su escritura instauran un interrogante sobre la representación de las mujeres que me interesa resolver en tanto en su obra literaria, y de manera muy dicente en su ensayo *Una habitación propia*, se ha bosquejado una historización de consecuencias alrededor de movimientos de mujeres y hombres que la han leído y han hecho uso de su literatura para encauzar y sostener ideales y actos. Interrogar su obra *Una habitación propia*, leerla, escucharla, encontrar lo que se produce como *representación* en ese decir literario, se convierte en un problema a resolver.

La lectura de esas representaciones es siempre novedosa, en tanto esta pregunta y su respuesta la llevo a cabo en la época actual, que captura necesariamente en la lectura de esa obra unas respuestas diferentes. En las actuales circunstancias pueden escucharse interrogantes de parte de la niñez, la adolescencia y la adultez sobre la manera de nombrar lo que son las mujeres: lo que

las caracteriza, las funciones que realizan, los roles, los ideales, lo que da cuenta de movimientos y cambios en cuanto a las representaciones que se construyen sobre las mujeres. Esos interrogantes no se producen solamente a través de palabras, se exhiben mediante actos, vestimentas, transformaciones físicas, el arte, la literatura que la misma juventud está leyendo o produciendo. Si la literatura es uno de esos discursos que se encarga de producir representaciones, en esa medida tomar la literatura e interrogar por uno de los elementos que ella transmite, como lo son las representaciones sobre las mujeres, conlleva una problemática a resolver.

La pregunta por las mujeres ha sido trabajada desde muchos aspectos: psicológico, psicoanalítico, político, sociológico y literario, pero la novedad que trae la pregunta actual es que se sitúa en la literatura hecha por una mujer, pidiéndole a una obra y a su autora que nos entregue un contenido que forja una respuesta posible al interrogante del que se parte. La novedad que también la convierte en problema es el tiempo actual desde el cual se lanza el interrogante a una escritura que ha cruzado los años, dos siglos ya, y podría seguir diciendo sobre las mujeres, mostrando cómo la construcción de sus representaciones sobre ellas sigue en curso y toman diversas trayectorias.

Esto es, los hallazgos de lo que arroje la lectura de *Una habitación propia* de Virginia Woolf, las categorizaciones que surjan, podrán pensarse con algunas disciplinas que lo permitan, como podría ser el psicoanálisis, la pedagogía, la historia o la literatura, según el texto los evoque o los requiera.

Por todo lo anterior, localizada en la actualidad donde los derechos civiles de las mujeres han tenido transformaciones significativas, pero también se han producido alrededor de ellos rezagos, aplazamientos, tardanzas y dilaciones, surge la pregunta ***¿qué representaciones sobre las mujeres pueden encontrarse en la obra Una habitación propia de Virginia Woolf?***

## 2 Antecedentes

“Porque los libros se siguen los unos a los otros, pese a nuestra costumbre de juzgarlos separadamente” (Woolf, 2001, p. 110).

El estado del arte me ha permitido conocer que la pregunta de investigación que ocupa mi trabajo de tesis no ha sido formulada ni trabajada con anterioridad de acuerdo con lo que pudo indagarse. No encontré trabajos de investigación que apuntaran al mismo objetivo, aunque hay trabajos cercanos cuyas elaboraciones alientan y señalan vías para la presente construcción. La indagación la realicé en bases de datos tales como EBSCO, DUAJ, ERIC, REDALYC y SCIELO, a través de las cuales accedí a las revistas indexadas, además del catálogo público de la Universidad de Antioquia. Logré tener acceso directo al centro de documentación de la Universidad de Salamanca, España, donde si bien descubrí la pertinencia de algunas obras para este trabajo, tampoco reflejaron coincidencia en la pregunta a investigar. También pude realizar un sondeo en las principales librerías de Buenos Aires -Argentina- donde tampoco encontré publicaciones producto de investigaciones al respecto.

No obstante, encontré libros, artículos de reflexión e investigaciones que relacionan las mujeres con la literatura, en especial desde el feminismo, tomando personajes míticos en la literatura que aluden a las condiciones de las mujeres y su historia. También desde el psicoanálisis y los estudios de lingüística y literatura se han ocupado del tema de manera cercana.

El trabajo de Rodríguez, Lucoti, y Fe (2014), autoras del libro *Escribir como mujer: ensayos sobre la obra de Virginia Woolf* (Rodríguez , Lucoti, & Fe, 2014; Rodríguez , Lucoti, & Fe, 2014), hace una compilación de ensayos como su mismo título lo indica, muestra cómo Virginia Woolf definió una nueva manera de concebir y vivir la literatura, mostrando la escritura femenina como una singularidad en la historia literaria. La obra es un buen punto de partida para mi pregunta

de investigación; si bien la construcción está exclusivamente centrada en la pesquisa del trabajo literario de las mujeres, esta obra se convierte en apuntalamiento de mi indagación porque me permite avizorar esos hallazgos que ellas dilucidaron en Woolf acerca del proceso literario por el que Woolf se interrogó.

El tratamiento de las diferentes obras de Woolf que las autoras realizan inaugura un precedente para esta investigación en tanto la relación entre las mujeres y la escritura horada todo el transcurso del libro. Es preciso resaltar que la formación de las autoras y sus objetivos les permiten iluminar sus reflexiones por la escritura de las mujeres desde un campo conceptual únicamente literario, además de que optaron por efectuar dicha construcción desde la reflexión y no desde la investigación, acogiendo en su análisis varias de las obras literarias de Woolf, lo que necesariamente arroja muy diversos resultados.

El artículo *¿Aún le temen a Virginia Woolf?* de (Errázuriz, 2010) es una reflexión sobre el libro *Un cuarto Propio*, de Virginia Woolf, señalándolo como un hito para el estudio de las mujeres en la literatura que se constituye, a decir de la autora, en un análisis sociopolítico de la época desde una perspectiva de género. Desde el inicio el artículo se circunscribe en un análisis entre literatura y género, reflexionando sobre las relaciones de poder entre hombres y mujeres, “constituyéndose en un eslabón más en la cadena de reivindicaciones femeninas por su emancipación y liberación” (Errázuriz, 2010, p. 60). La autora contextualiza la obra, indicando sus inicios desde los momentos primeros en que Virginia Woolf reflexiona sobre su creación en febrero de 1928, cuando cavila sobre la conferencia que le han pedido sobre el tema Mujeres y Ficción. Es así como indaga qué sucedía en ese momento en la vida social, política e incluso sentimental de Virginia Woolf. Señala como *Un cuarto propio* continúa la voz de una autora que deja fluir el sentimiento, haciendo uso de un estilo más familiar, lo que no obstante no le resta su línea argumental y crítica. Muestra algunas viñetas donde Virginia Woolf expresa su decir sobre la condición de las mujeres, cómo en

esos escritos hay una reflexión sobre la influencia de la lectura en las mujeres, las consecuencias en la diferencia de clases, la dominación masculina sobre la femenina, lo que lleva a Woolf a ser precursora de estudios en psicología de las mujeres, según la autora del artículo. Textualmente la autora expresa: "...revisa de modo certero la subjetividad femenina y, a pesar de no haber tenido mayor entrenamiento en las profesiones de la salud mental, su análisis es aún válido en nuestros días" (Errázuriz, 2010, p. 67). Constituye este artículo una premisa importante para la labor a desarrollar en el presente trabajo, por la relación que establece la autora entre la literatura y las construcciones subjetivas y sociales sobre las mujeres alrededor de una de las obras de Virginia Woolf. No obstante, si bien la autora forja sus apreciaciones en la obra *Una habitación propia*, el artículo traza las reflexiones de la autora según lo permite el estatus de un artículo reflexivo, no producto de investigación.

El artículo de (Kurvet-Kausaar, 2004) *Claiming and disclaiming the Body in the early diaries of Virginia Woolf, Anais Nin and Aino Kallas -Reclamando y desconociendo el cuerpo en los diarios tempranos de Virginia Woolf, Anais Nin y Aino Kallas-*, producto de investigación, señala cómo se ha desconocido el análisis del cuerpo dando siempre prioridad a unos asuntos más ideológicos, cuando el cuerpo permite el acceso a ello y a lo subjetivo, según su autora. El lenguaje que prima en la elaboración de este artículo es lingüístico y sociológico, con elementos filosóficos, trayendo nociones de Descartes y Platón que trabajan la oposición binaria de la mente y el cuerpo. La autora señala que el cuerpo se ha vuelto problemático para las mujeres, por lo que su tratamiento aparece en los textos autobiográficos, poniéndose de relieve incluso cuando se esquivo el tema en la escritura. El diario comienza como una experiencia privada, dice la autora, "el modo femenino de escritura...los diarios de las mujeres como fuentes importantes que brindan acceso a la representación del desarrollo de la subjetividad femenina" (Kurvet-Kausaar, 2004, p. 70). Es una investigación sobre la implicación literaria y de construcción subjetiva de los diarios femeninos,

donde se indaga cómo se da el trabajo del cuerpo en esa escritura, descubriéndolo como un lugar donde se puede elaborar una forma de hacer con el cuerpo, la influencia de la política y los organismos públicos y privados en la elaboración corporal, mediante los diarios de las autoras en cuestión que fueron elaborados desde la adolescencia hasta la adultez.

Se trabajan aquí varias cuestiones de sumo interés para mi elaboración, en tanto tienen relación con la escritura de Virginia Woolf, si bien circunscritos a sus diarios. Esta autora muestra una de las tantas vías en las que en la literatura se pueden rastrear contenidos que tienen efectos en las representaciones sobre las mujeres.

Acerca de la pregunta *¿Qué sabía Virginia Woolf sobre las mujeres?*, la psicoanalista brasilera Marcia Szajnbok (2013) responde mediante este ensayo que Virginia Woolf tiene mucho que decir sobre las mujeres y según ella, es muy difícil poner punto final a lo que dijo, pues en su obra la búsqueda es compleja, sus palabras sobre lo femenino requieren auscultación, más aún donde parece ser que no dice nada sobre ello. Este artículo marca un antecedente de gran valor en esta pesquisa que adelanto, en especial porque muestra cómo otros investigadores han podido encontrar en los escritos de Woolf formulaciones sobre las mujeres, por ejemplo, la autora de este artículo encuentra cómo en el *Orlando* es posible distinguir una construcción donde se funde lo femenino con lo masculino, donde se apunta a esta propuesta posmoderna en relación con la mujer. Marcia Szajnbok recuerda que Woolf tuvo relación cercana con el psicoanálisis freudiano, en tanto era amiga del hermano del editor de Freud y más tarde su misma casa editorial publicó algunas de sus obras. Según Szajnbok (2013) y las referencias que cita, Virginia Woolf buscó resolver en la escritura asuntos relacionados con su subjetividad y reconoció en la escritura un modo de tramitarlos. A lo largo del artículo pueden hallarse señalamientos respecto a las elecciones sexuales de Virginia Woolf, bosquejadas en sus escritos, según la autora, así como a los momentos críticos



de sus estados de ánimo, de sus dubitaciones y angustias. Sin lugar a duda este artículo muestra importantes matices alrededor de la pregunta de investigación que aquí formulo.

El artículo de Vélez (1987) producto del ensayo, *El sexo: ¿Comedia, apariencia o ideología? (El) (La) Orlando* (Vélez Saldarriaga, 1987), inicia hablando de cómo el sexo cruza la civilización: uno fuerte y opresivo, y otro débil y oprimido. Refiere que las mujeres han tenido que llevar a cuestras lo que significa ser de un sexo u otro, teniendo como señal que hay una muralla que margina y pretende poner de un lado lo bueno y del otro lo malo, cargándole a lo femenino el signo de este último adjetivo (p.p. 7-13). Bajo ese principio prosigue Vélez (1987), se ha conceptualizado la ideología de los sexos y reconoce que Freud intentó hablar de un “y” que conjugaba lo masculino y lo femenino en el sujeto, un “y” que los relacionaba a ambos, ese “y”, “sumido en las profundidades del inconsciente” (p. 8). Posteriormente le señala a Freud como se horrorizó ante la caída del muro que él mismo estaba produciendo y cerró dicha abertura para volver a signar lo masculino como activo, lo femenino como pasivo, a designar las renunciaciones que debe hacer una mujer, reforzando conductas de uno y otro, creando con ello grandes abismos entre lo masculino y lo femenino. La literatura en cambio dio cabida a todo lo que en el psicoanálisis fue acallado y signado bajo la patología, la literatura nombrada por la autora como “esa loca de la casa” ha tratado en el decir de Vélez (1987), de derrocar dichas fronteras y dar apertura al discurso que ha sufrido el silenciamiento: el discurso de las mujeres. En un principio, según el análisis de Vélez, Orlando era varón. Y luego aparece la confusión en dicho personaje que le permite a esta autora mostrar cómo la cultura hace continuamente el llamado a cierto orden en la elección sexual, aunque el deseo extravíe el objeto una y otra vez, la cultura es orientadora del deseo, fija unos objetos para unos y otros, así como de las estructuras jerárquicas, “...la trampa de su imposible único objeto” (Vélez Saldarriaga, 1987, p. 10). La autora insiste en que el deseo, el amor, la elección, no se fundamentan en procesos biológicos, al contrario, estos mismos metamorfosean la biología en aras

de encontrar expresión como lo demuestran hoy en día las innovaciones de la ciencia en cuanto a las cirugías plásticas que pueden cambiar la apariencia del sexo.

El artículo subraya que la mujer ha recibido la parte del maltrato y del desprecio, situándola del lado desde el cual se supone instaurada una envidia y el intento de persecución de lo que no se tiene (Vélez, 1987). La autora se hace una pregunta al final: “¿Cómo articular el deseo cuando se han rasgado las barreras de un órgano -organizador, normatizador, legislador, para dar paso a una diferencia que no irrumpe ya del aparecer ni del cuerpo, sino que se articula en la concepción de la vida, en el amor, en el ser y en la lucha que eso nos implica? Perder el órgano, he ahí la propuesta” (p. 13). Este artículo establece un claro antecedente para este proyecto, por cuanto extrae del texto literario, de su contenido, elementos que le permiten el análisis y la argumentación que la llevan a la extracción de unas conclusiones, valiéndose de las nociones del psicoanálisis, en su caso. No obstante, también se reconoce unas diferencias de entrada, en tanto la lectura que espera realizarse aquí es intratextual, escuchando el texto por sí mismo y llamando a las nociones con posterioridad.

*Virginia Woolf en los testimonios de Victoria Ocampo: tensiones entre feminismo y colonialismo* (Salomone, 2006), es un artículo producto de investigación, que muestra la manera en que la búsqueda de la escritura de las mujeres se revela, tanto en lo que la dificulta como en lo que la nutre, insistiendo en mostrar ese trazo de singularidad que conlleva la escritura femenina. De esta manera, la autora cuenta que Victoria Ocampo, escritora argentina, en un texto titulado *La mujer y su expresión* “reflexiona acerca de la marginación de las mujeres en el contexto patriarcal y la dificultad en la relación con la cultura moderna” (p.p. 69-70), inquiriendo por una expresión femenina autónoma. Ocampo muestra, citado en Salomone, 2006, de qué manera la conversación en la cultura ha estado dada por el discurso donde el hombre pauta el argumento, en gran parte debido a la falta de la educación de las mujeres, lo cual acarrea la dificultad de hacerse a una voz por parte de ellas. Lo que Salomone (2006) busca explorar es “...el modo como se reconstruye en

los ensayos de Ocampo la relación que la ligó con su primera figura referencial, Virginia Woolf, observando las posibilidades y limitaciones que generó en Victoria el vínculo de ambas” “...esa relación se asienta en una clara “afinidad feminista” que avala en Ocampo la instalación de una escritura sexo genéricamente demarcada” (p. 71), señalando que también se asienta sobre un plano desigual, una inglesa y la otra sudamericana, que afecta la búsqueda de la experiencia propia de Ocampo. La autora del artículo se plantea que Ocampo se subordina ante la influencia de Woolf, especialmente frente al resplandor europeo, a lo que representa su imagen como escritora anglosajona. Ello influyó de tal modo, según la autora, y a quienes cita, que dio por resultado la publicación de unos trabajos donde se puede apreciar la influencia de Virginia Woolf y algo de desvanecimiento de Ocampo como escritora, como consecuencia. El artículo permite pensar en la escritura de una mujer atada a unos referentes, justamente debido a la costumbre de la sujeción, por la poca autonomía femenina al escribir, a la necesidad de tener que igualarse y evaluarse, pese a sus grandes dotes. El artículo posibilita verificar la búsqueda intrínseca y explícita en las escrituras de las mujeres, al mismo tiempo que sitúa a Virginia Woolf como un referente que toman sus lectoras, aquí lo hace una mujer escritora, que encuentra en sus libros -especialmente en *Un cuarto propio*- el punto fulminante donde se disparan las búsquedas y construcciones que tienen que ver con la vida, las decisiones y las vocaciones, en este caso la escritura.

De acuerdo con todo lo anterior, en la búsqueda de antecedentes de investigaciones que tienen afinidad o similitud en referencia a mi propuesta de investigación, se puede concluir que los hallazgos obtenidos en este estado del arte pueden reunirse en dos grupos: los estudios que se centran en el análisis literario y de género y los estudios de análisis literario y psicoanálisis.

En el *primer grupo*, Rodríguez, Lucoti y Fe (2014), siguen a Virginia Woolf en su escritura para mostrar la singularidad de la literatura femenina en la historia, dando cuenta de cómo se refleja el lugar social que ocupan las mujeres y como se evidencia en la escritura de estas.

Errázuris (2010), por su parte, se centra en el ensayo *Un cuarto propio* para pensarlo como un estudio sociopolítico ahincado en la literatura, allí afloran los análisis de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, destacando el lugar menos favorecido de la mujer en la historia. Los escritos de Virginia Woolf, en especial dicho ensayo, apuntan a resaltar estos hechos, según estas autoras.

Por otro lado, el trabajo de Leena Kurvet-Kausaar (2004), pone su interés en la estructura del diario como tal, para pensar la construcción que se hace del cuerpo a través del tejido de la escritura consignada en esa intimidad de una mujer con la tinta y el papel. Se rastrea la construcción de género dada en esos procesos corporales de los que se da cuenta en la escritura del diario, según las búsquedas por ella efectuadas. (p.p. 68-84)

Alicia Salomone (2006), en su trabajo brinda una perspectiva de gran interés, en tanto muestra de cerca la otra cara de la moneda de una mujer cuyo aferramiento identificador a Virginia Woolf, por decirlo así, la gran influencia que esta última tiene en su escritura y en su vida, le llegan a constreñir su libertad de crear y de hacerse con plenitud a una vida acorde con sus orígenes y sus raíces. Pese a esto, o justamente por esto, la autora muestra la magnitud de la fuerza del texto escrito de Virginia Woolf y cómo su transmisión tiene elevados e inusitados efectos.

En el *segundo grupo* cabe nombrar los trabajos que más se acercan a la actual pregunta de investigación y son aquellos artículos elaborados desde la literatura y el psicoanálisis, tales como el de Marcia Szajnbok (2013), quien extrae de la lectura de Virginia Woolf los puntos donde ésta última construye sobre las mujeres, señalando incluso lo singular de la misma en su subjetividad. Martha Vélez, por su parte, toma una de las novelas de Woolf, *El Orlando*, para mostrar una novedad de transmisión en cuanto a la sexualidad, la elección de objeto y una diversidad de apreciaciones entre la diferencia de los sexos.

No obstante, a pesar de la proximidad de estos dos últimos trabajos con la pregunta de investigación de este proyecto, existen diferencias puntuales. Si bien Szajnbok y Vélez hacen uso de algunas nociones del psicoanálisis para reflexionar sobre los hallazgos en la lectura, dista la metodología, en la medida en que en la presente investigación, mediante una lectura intratextual, se pretende que el ensayo literario *Una habitación propia* de Virginia Woolf arroje por sí mismo elementos que, después de la lectura y la construcción de categorías, puedan decir sobre las representaciones de las mujeres, y luego puedan ser pensados y cotejados en la compañía de nociones psicoanalíticas o de alguna noción teórica que sirva a su comprensión, en tanto el texto literario lo requiera. Esto inevitablemente conducirá a diferentes resultados.

Además de esto, se rastreó que de los seis artículos encontrados solamente dos de ellos son producto de investigación, tales como el artículo de Leena Kurvet-Kausaar y Alicia Salomone, lo que ya insta una justificación muy marcada a la realización del presente trabajo. Ha sido llamativo también encontrar que *son mujeres* las que han trabajado alrededor de este tema, conociendo de antemano que es poco probable abordar todas las investigaciones realizadas en este estado del arte.

En estos artículos se ha encontrado que las obras de Woolf que han sido tratadas y nombradas con frecuencia son: *Un cuarto propio*, *el Orlando* y *Tres Guineas*, además de los diarios de la escritora, hallazgo que puede ser orientador en caso de requerir apoyo en otras obras de Virginia Woolf para un momento intertextual en esta investigación o para vislumbrar posibles investigaciones futuras.

Ahora bien, la lectura de estos trabajos indica que la pregunta que desarrollaré en esta tesis es viable debido justamente a que no hay antecedentes sobre investigaciones que se hayan planteado la misma cuestión con la totalidad de sus variables, pero también se encuentran similitudes que instauran la visibilidad de un camino que ya ha sido trazado, esto es, no parto de

una intención totalmente inédita, sino que otras investigadoras se han hecho preguntas similares que han sido respondidas desde diferentes caminos. La similitud augura posibilidades. Sumado a esto puede decirse que las nociones teóricas que se han construido con el psicoanálisis y con Moscovici, en la presente tesis, tales como *las mujeres y representación*, que han permitido la elaboración de la pregunta en un primer momento, ya instauran una diferencia de entrada con estos trabajos que anteceden.

### 3 Justificación

La literatura es un discurso que perdura a través del tiempo, que además de conmover por su belleza, posee la cualidad de ofrecer temáticas, poner discusiones sobre la mesa, hacer llamados históricos, entretener conversaciones con los diferentes saberes, lo cual repercute en el lector, quien como receptor construye a su vez sus propios puntos de vista frente a los elementos dados (Pérez, 1998). Es esto lo que ilustra Freud en *El creador literario y el fantaseo*, donde se pregunta de dónde extrae el poeta su material y cuál es su fin. Él alude a unos versos de Goethe, que permiten entrever una de las funciones de la escritura: la necesidad de decir. Así, Strachey, su traductor, recuerda a pie de página los versos del poeta que inspiran a Freud: «Y donde el humano suele enmudecer en su tormento, un dios me concedió el don de decir cuánto sufro». (Freud, 1986, p. 129). Más adelante Freud dirá también: “Es lícito decir que el dichoso nunca fantasea; sólo lo hace el insatisfecho” (Freud, *El creador literario y el fantaseo*, 1986, p. 129). En concordancia con esto, la necesidad de decir permite deducir en la escritura un acto en relación con lo subjetivo, convirtiéndola en un medio a través del cual una necesidad halla una manera de exteriorizarse. Los versos del poeta que inspiran a Freud, que lo incentivan a escribir sobre la literatura, muestran ese lado singular de la misma, como un modo de decir sobre el sufrimiento, la escritura permitiendo la expresión de un proceso psíquico, una elaboración subjetiva – “el cuánto sufro”- hecha literatura. Puede decirse, parafraseando a Freud, que el poeta o el escritor de cuentos y novelas, seduce en un primer momento con ese placer previo de la belleza que yace en la composición literaria, pero ofrece un segundo momento para que el lector realice sus propias fantasías, esto es, su propia producción. El que escribe, desencadena la construcción y elaboración de quien lee, este último se dispone, en el ejemplo de Freud, a gozar de fantasías que ha creado a raíz de la motivación que le dio la lectura de las fantasías del escritor.

De acuerdo con lo anterior, la literatura es una fuente de palabras, imágenes e historias que movilizan en cada lector algunos asuntos subjetivos, como por ejemplo el advenimiento de la fantasía en tanto expresión de la insatisfacción. La persona lee y ello le permite mediante la creación del escritor, fantasear con unas situaciones que dan cuenta de su insatisfacción. La literatura en esa medida transmite elementos que llevan a la persona a elaboraciones, a interpretaciones y a posibles decisiones.

En relación con esto, Marie Hélène Brousse (2015), al mostrar lo que el psicoanálisis sabe de las mujeres, señala que este saber puede ayudar a arrojar luces “sobre las discriminaciones que sufren las mujeres y de ese modo contribuir a hacer progresar los saberes y las costumbres en este campo” (p. 1). De esta manera puede auscultarse cómo la literatura puede “...modelizar los funcionamientos psíquicos necesarios para encontrar soluciones susceptibles de satisfacer a los sujetos” (Brousse, 2015, p. 1), esto es, frente al enigma inacabado de la pregunta por las mujeres, la literatura puede responder desde las construcciones que en este caso ha realizado una escritora. Modelizar significa en el diccionario “construir el modelo o esquema teórico de algo, modelizar una situación” (Real Academia Española, 2014). Tiene la literatura esta posibilidad en tanto, continuando con Brousse, el psiquismo se forja de palabras, de lenguaje. El inconsciente sexual no es el instinto, los pensamientos de los que está hecho se forjan de las evoluciones del discurso en el que vivimos, en lo cotidiano: “Los procesos de identificación que permiten a cada sujeto representarse sexuado, son procesos de lenguaje” (Brousse, Lo que el psicoanálisis sabe de las mujeres, 2015, p. 1) (Brousse, Lo que el psicoanálisis sabe de las mujeres, 2015, p. 1), tienen que ver con los discursos a los que tiene acceso el sujeto, en los cuales está imbuido, en los cuales bebe fuentes de significantes. Cada uno toma de esa fuente lo que significa ser un hombre o una mujer, y cada época lo hace en términos diferentes, de ahí la riqueza de mirarlo en la calidad y trascendencia de Virginia Woolf, una autora que en una época donde las mujeres todavía no tenían



acceso a los círculos intelectuales y todavía se las resguardaba al territorio del interior del hogar, se abrió paso a terrenos donde el intelecto y la creación pululaban, participó del círculo intelectual de Bloomsbury, y más tarde hizo emerger, junto a su esposo, la editorial donde se publicaron obras suyas y de otros importantes autores, entre ellos Sigmund Freud (Errázuriz, 2010).

María Dolores Ramos (2003) ilustra de manera muy detallada la forma en la que la escritura de las mujeres permite entrever y reconocer la historia de las mismas, no solo en los movimientos sociales, sino también reconocer aquello que las ha constituido en lo subjetivo. En sus trabajos concluye que rescatar la historia de la escritura de las mujeres permite una resignificación de lo que han sido, de lo que ha sucedido con ellas en la historia y cómo los textos y las obras producen una suerte de cambios y reestructuras a nivel político, social, constitucional, que les ha permitido, en Europa específicamente, restitución de derechos personales y sociales (p.p. 19-32).

Las cartas, los diarios, los poemas y las novelas escritas por mujeres constituyen un testimonio y un documento, que como ya lo escribió Freud y lo reiteran los autores aquí citados, pueden constituir una de las entradas al saber sobre la vida subjetiva y social de las mujeres.

Para el contexto educativo en el que está inscrita esta investigación, la respuesta a la pregunta sobre la que se asienta, produce la ganancia de unos elementos que pueden a su vez transmitirse, ponerse al servicio de las intervenciones escolares, de las comprensiones que se requieren día a día en el aula. La escuela es transmisora de inquietudes y respuestas que se efectúan alrededor de las condiciones de las personas, por ello los hallazgos que tuvieron lugar en esta investigación podrían aportar novedades en tanto al buscar las representaciones sobre las mujeres en *Una habitación propia* de Virginia Woolf visualizo la literatura como un discurso que transmite. Las facultades de educación son mediadoras entre la literatura y la cultura, ya que esta última se nutre y se construye de la literatura ofreciéndola en sus espacios de formación. Es el ámbito de la

educación uno de los espacios que permite el paso a la población de contenidos que ofertan elementos de transmisión.

Esta investigación contribuye al ámbito de la pedagogía, a los estudios sobre literatura, al psicoanálisis y a las ciencias sociales en general, en tanto arroja un saber sobre el impacto de la escritura, las consecuencias de la palabra escrita de una mujer, en este caso. La estrategia de la lectura intratextual va a mostrar cómo el texto puede ser tomado en su condición de hablante que tiene un contenido que transmitir.

Por todo lo anterior esta tesis doctoral está edificada sobre la siguiente pregunta: ¿qué representaciones sobre las mujeres pueden encontrarse en la obra *Una habitación propia* de Virginia Woolf?

Esta pregunta y sus posibles respuestas avivará la mirada sobre las consecuencias que trae la lectura en lo particular y lo social, en ese acto de lectura donde se la juegan la intimidad de una persona con el libro, en ese ir y venir de palabras que va tejiendo una red de representaciones donde las personas podrán encontrar acogida para nombrarse y proceder.

## 4 Objetivos

### 4.1 Objetivo general

Reconocer en el ensayo literario *Una habitación propia* de Virginia Woolf las representaciones que la autora transmite sobre las mujeres con el fin de identificar las vías posibles que la obra ofrece a la comprensión de las mujeres.

### 4.2 Objetivos específicos

Identificar en la obra literaria *Una Habitación propia* de Virginia Woolf las representaciones sobre las mujeres que surgen de la lectura de la misma.

Analizar las representaciones con el fin de construir unas categorías que permitan el surgimiento de los capítulos y subcapítulos.

Comprender a partir de las representaciones encontradas en la obra *Una habitación propia* algunas de las vías posibles que ofrece Virginia Woolf a la comprensión sobre las mujeres

## 5 Metodología

“...la significación del leer cuando el texto se asume como algo digno de ser explorado, algo que merece ser oído...” (Pérez, 1998, p. 242).

La metodología que se describe a continuación nombra los referentes de la investigación, tal como el paradigma, el enfoque, el diseño, el tipo de investigación y la técnica, así como las teorías metodológicas sobre las que se apoya el proceso de construcción.

El paradigma en el cual se inscribe esta investigación, en concordancia con lo que se concibe como objeto de estudio, la metodología y la comunicación de los resultados es el ***Paradigma Interpretativo*** (Briones, 2006, p. 86). Constituido por escuelas idealistas de las cuales figuran los filósofos Dilthey, Husserl y Schutz entre otros y cuyas raíces se extienden a Aristóteles (Briones, 2006, p. 107). Puede articularse esta investigación a este paradigma en tanto sus teorías han buscado expresión en la realidad social, la cual está constituida sobre los marcos de referencia de los actores, pensados en su individualidad, por lo cual, la realidad social es diversa. No pretende generalizar ni establecer leyes a partir de lo que indaga, más bien a partir de ello realiza construcciones que den cuenta de lo hallado, a manera de símbolos o representaciones. Debido a esto, no se dan razones de causa - efecto, porque los hechos sociales pueden relacionarse con una gran variedad de factores (Briones, 2006, p. 108). La función principal de una investigación guiada por este paradigma consiste en interpretar (comprender) las conductas verbales y físicas de las personas estudiadas, por lo cual se debe lograr captar el significado que le dan a los acontecimientos que surgen en su medio en referencia a sí mismos y a otros (Briones, 2006, p. 108).

Esta investigación se inscribe en un ***Enfoque histórico hermenéutico*** en tanto la hermenéutica se ha dedicado al estudio de los textos escritos, sagrados, filosóficos o artísticos, pugnando por comprender lo que subyace a ellos más allá del trazo evidente de la palabra escrita

y teniendo presente que ellos pueden circunscribirse a unos contextos determinados que también precisan de su particularidad para ser entendidos. Ausculta en los textos aquello que puede aflorar en el sentido histórico, psicológico, idealista o lingüístico, posibilitando llamados a la interdisciplinariedad, es decir, a la recurrencia a disciplinas que podrían ayudar a la lectura y al análisis.

La hermenéutica se ha definido como la teoría y la práctica de la interpretación, iniciándose en la época medieval cuando los padres de la iglesia discutían la manera de analizar los textos sagrados. Ya en la modernidad empieza a ser definida como disciplina para interpretar los textos, formalizándose como tal en los siglos XVIII y XIX; de esta forma, la hermenéutica textual es propuesta por Wilhem Dilthey como una metodología de las ciencias sociales (Álvarez- Jurgenson, 2003, p. 80). En el siglo XX, nos cuentan Álvarez y Jurgenson, se transforma en su campo y en su metodología, y “se convierte en la base de un enfoque filosófico para el análisis de la comprensión y la conducta humanas” (2003, p. 80).

Esta tesis se adhiere a la Hermenéutica dialógica que Shaun Gallagher [1999] (como se citó en Álvarez y Jurgenson, p. 80) ha nombrado como una de las cuatro corrientes de la hermenéutica, por las siguientes razones:

No se busca plasmar una verdad a partir de lo que se pueda interpretar del texto y lo que el autor se haya propuesto, pues de acuerdo con este enfoque, se concibe la verdad como una introspección reveladora a cada lector, que se devela a medida que se lee y relee. El contexto es de suma importancia y se lo tiene en cuenta al igual que a la actualidad desde la cual se lee. Se cree que existen varias interpretaciones correctas, pero aun así el texto tiene unos límites propios que se imponen a la interpretación subjetiva como una manera de cercar la comprensión. La historia y la lingüística ayudan a evitar los sesgos del intérprete, pero aclara Gallagher, (1999) no los eliminan nunca (como se citó en Álvarez y Jurgenson, p. 82). Ahora que, también aclara, los significados

del texto no pueden obtenerse totalmente. Según estos autores, hay un círculo hermenéutico que protege al texto, esto es, confirma o desconfirma los significados que da el intérprete, mediante lo que arroja la repetición de las lecturas. El texto desde aquí se concibe abierto al lector, a la época en la que fue escrita, a la actualidad en la que se lee y si bien tiene un contenido propio de quien la escribió, en tanto escritura rebasa al propio autor, puede decir más allá de lo que concibió su propio autor.

Es así como hilando con este constructo metodológico, este trabajo se ejecuta mediante un *diseño de investigación cualitativo*. La investigación cualitativa tiene sus orígenes en la investigación social. Sus intereses parten del estudio de los contextos y de las personas que los habitan. Concibe el cúmulo de información obtenida en las poblaciones como material empírico, en otras palabras, información que discurre y se produce en la vitalidad de lo cotidiano, interesándose por la construcción social de las realidades y en la perspectiva que de ello tienen los participantes (Flick, 2015). Visibiliza al mundo y lo sitúa demarcándolo a través de sus técnicas: entrevistas, representaciones, fotografías, en tanto un intento de interpretar el mundo mediante las personas y los objetos que yacen en los entornos.

En concordancia con lo anterior, el *tipo de investigación* será la investigación documental, que según María Eumelia Galeano se inició con autores clásicos como: Karl Marx, Max Weber y Emilio Durkheim (Galeano Marín, 2015, p. 113). Se trata de una estrategia mediante la cual los “...textos pueden ser “entrevistados” mediante las preguntas que guían la investigación, y se los puede “observar” con la misma intensidad con que se observa un evento o un hecho social” (Galeano Marín, 2015, p. 114). La palabra documentación alude a la amplia gama de registros escritos o simbólicos, tales como fotografías, notas de agendas, diarios, artículos de revistas y periódicos y al texto literario. De la información que se adquiere a partir de la lectura de los

documentos, se obtienen los datos (categorías) que habrán de cotejarse entre sí (Galeano Marín, 2015, p. 115).

Como *técnica investigativa* se hará uso de la lectura intratextual y extratextual, según lo propone Juan Fernando Pérez, en los siguientes momentos:

Primer tiempo, lectura intratextual: implica la lectura de la obra escogida, intentando establecer desde el texto mismo lo que este dice, auscultando su contenido.

En este tiempo de lectura se propone situarse como lector, de tal manera que se tenga como único objeto de lectura el texto mismo, en la mayor integralidad y literalidad posible de éste, básicamente sólo a partir del conocimiento por parte del lector de los códigos lingüísticos que allí son utilizados (Pérez, 1998, p. 240).

Se suspende, continúa el autor, toda lectura o referencia adicional, excepto cuando sea obligatorio por necesidad de recurrir al significado de una palabra, por ejemplo, al diccionario. Pérez insiste en que se lea el texto en un primer momento sin la intervención de la lectura intertextual. Se trata de extraer lo que dice el texto *Una habitación propia* desde su literalidad misma. Como lo recuerda el autor, se trata de poder encontrar desde el texto mismo el sentido de la escritura, ateniéndose a sus consistencias e inconsistencias. Con esto puede producirse una interpretación básica del texto (Pérez, 1998, p. 240).

Pérez plantea unos tiempos lógicos para este primer tiempo de lectura intratextual que le sirven a esta investigación para delimitar los momentos del hacer investigativo:

Al primer tiempo lo llama *el instante para ver*, lectura inicial, no analítica, de aproximación al texto. *El tiempo para comprender*, de preguntas, de análisis y cuestionamientos siempre al nivel del texto mismo, “tiempo de definición de las relaciones que lo constituyen”, “de los significados que tienen los términos que constituyen el texto” (Pérez, 1998, p. 241), el tiempo de la inscripción de posibles categorías, del ordenamiento de los hallazgos. *El momento de concluir*, de formular

posibles interpretaciones alrededor del texto mismo, literalidad, desciframiento, construcción de la síntesis, profundidad en aras de acercarse a la significación (Pérez, 1998, p. 242). En esta lectura intratextual Pérez señala que el texto mismo, la lectura a él dedicada, el respeto y la aproximación a su contenido, permiten aprehender y comprender los significados contenidos en su estructura.

Segundo tiempo, lectura extratextual: Un tiempo en el cual puede relacionarse el texto *Una habitación propia*, con otras obras de la autora, cotejar semejanzas y diferencias, ampliar información, indagar por fechas y anécdotas que el texto *Una habitación propia* suscite. En este tiempo también pueden hacerse llamados a otros autores y disciplinas que ayuden en el análisis y explicaciones que se requieran y que iluminen aspectos que la obra literaria por sí misma no alcance a explicitar o la investigación en ese punto requiera de ese auxilio. Finalizado este segundo tiempo el punto de la lectura y el análisis permiten la escritura de los hallazgos obtenidos.



## 6 Resultados y Discusión

En este capítulo mostraré las representaciones encontradas sobre las mujeres en la lectura de la obra *Una habitación propia* de Virginia Woolf, como resultado de la puesta en práctica de la metodología anunciada. He clasificado las representaciones encontradas en categorías que dieron lugar a los capítulos que aquí presento, donde las muestro y llevo a cabo la discusión que permite visualizar sus efectos en cuanto al saber sobre las mujeres propiciado por Virginia Woolf.

### Capítulo 1: La Grava: el Lugar Que Correspondía a Las Mujeres

El Otro es una palabra  
con dos signos redondos  
entrada y salida de un laberinto,  
frontera de la que saldremos diferentes  
(Arango, 2020)

Una habitación figura *un lugar*, un espacio donde circula la vida de los seres humanos, dispuesto a través del concreto que delimita el territorio físico. Para el diccionario es “la acción y efecto de habitar unos espacios destinados a vivienda divididos entre tabiques” (Real Academia Española, s.f., definición 1, 2 y 3). Para Virginia Woolf hay una razón para nombrar *Una habitación propia* al ensayo que habrá de referirse al pedido que le ha hecho la universidad de Cambridge: hablar sobre las mujeres y la novela. La *habitación* para ella y para esta tesis está circunscrita a un lugar, a un hacer, a un rol, a una función, a un espacio que propicia un oficio, concretamente el oficio de escribir. Tiene que ver con la independencia, la soltura y la libertad de habitar un espacio propio. En concordancia con ello Virginia Woolf relatará la historia de ese hacer en las mujeres, nombrará cómo la escritura en ellas ha tenido unas limitaciones a lo largo de la historia que tienen

que ver *con el lugar* que se les ha asignado a través de imperativos, es decir, mandatos que le ordenan dónde situarse, qué lugar ocupar, qué funciones realizar (Pedraza, 2011, p. 73).

Apoyándome en las palabras de Virginia, este primer capítulo tiene como objetivo mostrar las representaciones que en su obra se revelan las designaciones que circunscriben el lugar de las mujeres en sus entornos, en el contexto en el que habitan. ¿Qué lugares les han sido designados a las mujeres como permitidos para ser ocupados por ellas? ¿Por qué una habitación propia podría ser un resguardo o el apuntalamiento para ir hacia un lugar, iniciar la labor creativa, o contemplativa, según la propuesta de Virginia?

Se mostrarán aquí los límites circunscritos a esos lugares que deben ocupar las mujeres, las intenciones de dichos límites, cómo se designan esos lugares en la escritura de los hombres que se apoyan en criterios científicos para justificar el ordenamiento de esos ámbitos y oficios, criterios que han adolecido de asideros razonables. Se traerán en este capítulo pasajes de Virginia en los que interroga los escritos de los hombres que se acompañan de la cólera, como una medida de concretar y reforzar los dichos sobre las mujeres, a la vez que aseguran que ellas ocupen esos lugares. En esta misma vertiente, se persiguen las preguntas de Virginia sobre la educación de las mujeres, la puerta que abre la posibilidad de formarse para la ciudadanía que interroga y dilucida, que produce y **CONSTRUYE**. Posibilidad coartada y en otros momentos, estratégicamente dirigida a dónde convenía lo que suponían era el lugar de la mujer.

El diccionario sorprende con definiciones que vienen a ayudar a comprender lo que será la pesquisa de este capítulo, cuando designa la palabra *lugar* como: “porción de espacio”, pero también: “tiempo, ocasión, oportunidad”, “puesto, empleo, rango u oficio”, “sitio que ocupa cada elemento en una serie” (Real Academia Española, s.f., definición 1, 6, 7, 8). Quiere decir esto que por *lugar* se entenderá aquí el espacio permitido y prohibido, la función que representa ese lugar, función entendida como oficio, hacer, empleo, así como la oportunidad, las ocasiones, los tiempos concedidos y permitidos a dicho hacer.

### ***Lugar: Límite al Hacer***

Así pues, y para darle de una vez la palabra a Virginia desde el inicio del texto, ella hace referencia al lugar asignado a una mujer y a sus límites, a propósito de que ha ido al campus universitario de Cambridge a pensar cómo abordar el tema que le han encomendado, la escritura y las mujeres:

Así fue cómo me encontré andando con extrema rapidez por un cuadro de hierba. Irguióse en el acto la silueta de un hombre para interceptarme el paso. Y al principio no comprendí que las gesticulaciones de un objeto de aspecto curioso, vestido de chaqué y camisa de etiqueta, iban dirigidas a mí. Su cara expresaba horror e indignación. El instinto, más que la razón, acudió en mi ayuda: era un bedel; yo era una mujer. Esto era el césped; allí estaba el sendero. Sólo los «fellows» y los «scholars» pueden pisar el césped; la grava era el lugar que me correspondía. Estos pensamientos fueron obra de un momento. Al volver yo al sendero, cayeron los brazos del bedel, su rostro recuperó su serenidad usual y, aunque el césped es más agradable al pie que la grava, el daño ocasionado no era mucho (Woolf, 2001, p.p 12-13).

La cara del bedel manifiesta enojo al dar por hecho la generalización de la regla que establece cuál es el lugar de la mujer en los espacios físicos, en una universidad, en lo público, en la grava, en aquello que delimita. La línea trazada visiblemente recorta los accesos que las mujeres tuvieron y tienen a estos espacios donde justamente se construye saber y progreso. Y Virginia lo recuerda al instante, y a la manera de un reflejo, se yergue y obedece. Distingue al personaje, un bedel, situado allí para trazar los límites, a ella o a su personaje: una mujer. No asientir de inmediato a esta distinción, a sus funciones y, por tanto, al lugar que cada uno ocupa, trae consecuencias incluso para la preservación de la vida. Salta al instante para librarse del acecho de este hombre

imantado de ley que le indica que está traspasando el lugar que le corresponde, un lugar que es para los hombres, para estudiantes y becarios, no para una mujer.

Virginia permite pensar el poder que tiene el límite, representado en un hombre, en este caso en un bedel, sobre la mujer, la cual ve coartada su posibilidad de avanzar. Los movimientos de ella están vigilados y a la menor señal de dirigirse a un lugar no autorizado, es interceptada y se le recuerda que debe retornar al espacio concedido. Indigna al bedel que esa mujer traspase las líneas imaginarias, tajantes, eficientes, pues al instante le hacen recordar a ella que efectivamente ese no es su lugar. En esta representación también queda plasmado lo que provoca el acto de sublevación de una mujer a los límites establecidos: indignación, horror, por pretender dar un paso afuera de lo permitido.

Para el bedel es clara su función de hacer cumplir los mandatos de los que está a cargo, incluso puede pesquisar en el relato la indagación que le causa la osadía del personaje al cruzar los terrenos no permitidos.

Que el instinto más que la razón acuda en su ayuda, da a entender que ese cumplimiento que hace Virginia Woolf no se debe a que le parezca razonable la imposición del bedel, se debe más bien a que protege su ser de la acechanza de una imposición que podría ser violenta. Ejemplo de ello lo ha dado la historia a través de las mujeres acalladas en la guillotina después de protestar en las calles de Francia, una de ellas, Olympe de Gouges, silenciada para siempre debido a su protesta, enmudecida en ese acto puntual de la decapitación (Pérez, 2011, p. 47). Esto quiere decir que para las mujeres asentir a la limitación ha sido una vía forzada para preservar la vida.

Ese asentir al límite del lugar conlleva, a su vez, a la coartación del hacer, como lo muestra Virginia (2011) en la siguiente frase: “El único cargo que pude levantar contra los «fellows» y los «scholars» de aquel colegio, fuera cual fuere, es que, en su afán de proteger su césped, regularmente apisonado desde hace trescientos años, habían asustado mi pececillo” (p.13). Es decir, en el afán

de proteger el poder, los lugares, lo que simbólicamente instaaura a los hombres en la soberanía (los cargos, las funciones, los lugares, representado en la protección del césped de una universidad), en dicho afán, llevado a cabo a través de la imposición de señalar a una mujer qué lugar ocupar, asustan el ejercicio del pensamiento de la misma (de las mujeres). Para Virginia, el pececillo, es el pensamiento, un símil que ella establece inspirada en las aguas del río que pasaba cerca de la universidad en la cual se encontraba.

Asustan a su pececillo, interrumpen las reflexiones que el personaje de Virginia está efectuando en ese momento, interrumpen su descanso, ese libre albedrio de pausarse y reanudarse en la plenitud de un campus universitario. Esas limitaciones demarcadas -como la restricción de un camino- tienen efectos sobre el libre discurrir del pensamiento de las mujeres.

Así pues, en tanto le limitan un lugar, le han interrumpido su pensar, su reflexión. Pero es posible dilucidar que ese ha sido el objetivo de muchas de las limitaciones que las mujeres han experimentado a lo largo de la historia, las que han luchado por sus derechos a través de las armas y las protestas públicas y las que lo han hecho a través de la escritura, como una manera de hacer historia y de pronunciarse en su descontento. Virginia ejemplariza cómo las escritoras del siglo XIX vieron afectada la calidad de su obra, por esas restricciones que fracturaban su hacer: “Pero también cabe suponer que debieron de perturbar su mente emociones impropias como el temor o el odio y que huellas de estas perturbaciones deben de advertirse en sus poemas” (Woolf, 2001, p.p. 81-82), reflexiona Woolf al acercarse a los escritos de una condesa del siglo XIX.

Puede decirse que una gran mayoría de las mujeres que han hecho parte de la historia de la construcción del feminismo han sido escritoras, pues fue este el medio que encontraron para “liberarse del encierro social y literario” (Gilbert y Gubar, 1998, p. 12). Mujeres ocupadas con un pececillo, que encontraron las letras como una manera de manifestar su rebelión.

El pensamiento de las mujeres interrumpido una y otra vez no data de una época determinada, sino que se reedita y se actualiza en diferentes momentos de la historia. Y es una gran queja por elevar, un cargo a levantar contra los bedeles, el interrumpir y excluir a las mujeres del hacer cultural e intelectual. Dicha interrupción ha impedido el forjamiento de una historia de las mismas, puesto que no han escrito la historia propia ni del mundo tal como la conciben (Ramos, 2003, p.p 19-32). Lo que se sabe de las mujeres, de su mundo íntimo y de su interrelación con él, se atiene a lo que los hombres han escrito. En el afán de preservar el poder han limitado el pensar de las mujeres. Cuando los estudios de este siglo se dirigen al siglo XIX, tratando de averiguar por la escritura de las mujeres de ese tiempo, se dan cuenta de que ellas estaban encerradas, no solo en habitaciones que no les pertenecían, sino además en modelos y dictados donde ellas no tenían participación (Gilbert y Guber, 1998, p.p. 11-12).

El señalamiento del lugar a ocupar por una mujer continúa dándose a medida que el personaje de Virginia se mueve, pues ella, intentando no extraviar el pececillo y apoyarlo con reflexiones y con bibliografía, con textos que le permitan entender a qué se debe ese tejido de redes que tiene a su alrededor, se dirige a la suntuosa biblioteca de Cambridge. En su intento de entrar a este recinto de conocimiento, apenas girada la perilla de acceso, es interceptada y recordada, de nuevo, acerca de los lindes:

Sin duda la abrí, pues instantáneamente surgió, como un ángel guardián, cortándome el paso con un revoloteo de ropajes negros en lugar de alas blancas, un caballero disgustado, plateado, amable, que en voz queda sintió comunicarme, haciéndome señal de retroceder, que no se admite a las señoras en la biblioteca más que acompañadas de un «fellow» o provistas de una carta de presentación (Woolf, 2001, p. 15).

Y son amables, al parecer, estos semblantes que le impiden el paso. Parecen guardianes, ángeles, entre un revoloteo de ropajes que inducen a la tarea de discernir si se trata de un ángel o

de un demonio. Un custodio o un acechador. De nuevo hay una señal de retroceder, de frente, no hay mascarada aquí. ¿Qué hace que una mujer no pueda entrar a la biblioteca? ¿Cuál es la concepción de mujer que imperó en estos contextos y que es posible que en la época actual aún proliferen? ¿Por qué la limitan de esa manera? ¿Qué representación de la mujer tienen?

Lo que insinúa Virginia es que el tema de las mujeres y la literatura está en relación con el prejuicio, un tema tan complejo, dice ella, que ella misma no esperaría dar con la verdad, suponiendo que la verdad sea un camino para responder a estas cuestiones. Así es como pasa a mostrar las consecuencias del prejuicio, cuando narra cómo la obligaron a cambiar de lugar en el campus, a salir del césped y ocupar la grava. Una opinión, un prejuicio construido sobre el lugar que debe ocupar una mujer le hace al bedel obligarla a salir del cómodo césped donde caminaba más confortablemente. También le impide la entrada al recinto donde yace el saber guarecido en papel.

Según Moscovici el hombre tiene una manera de razonar, anclado al lenguaje, que proviene de un reservorio muy propio de su entorno social. Los elementos le son dados a través de sus relaciones con el mundo, constantemente removidos, pero también fijos, lo que permite que exista dicho depósito para pensar y transformar la información que adviene como novedosa (Moscovici, 1979, p. 32). Puede deducirse de ello que el prejuicio aparece a partir de unos razonamientos dados en los vínculos sociales que se fraguan en esos intercambios de lenguaje, intercambios que vienen de afuera, que llegan, pero que también son procesados por las comunidades y los individuos de acuerdo con el discurso que se asentaba allí de manera previa. Esto es, Virginia sabe que sobre las mujeres se han edificado unas concepciones frente a las cuales señalar, interrogar u objetar conlleva a dificultades, de ahí que anuncie la noción de prejuicio. Existen unas representaciones arraigadas en la vía en la que Moscovici muestra esta noción como “una organización de imágenes y de lenguaje, porque recorta y simboliza actos y situaciones que son o se convierten en comunes”

(1979, p.16). Subyacen ciertas obviedades que los grupos conservan de manera permanente, como lógicos, cuando han sido contenidos que han venido de afuera y que, de acuerdo con elementos anteriores, se han ajustado a lo preexistente. Virginia pisa un terreno sobre el que existe un largo tejido de elaboraciones, decir sobre eso es arriesgarse a desenhebrar y quizá tejer de nuevo, aunque la aguja pertenezca a lo que se desteje y los hilos no carezcan de las formas ya trazadas antes.

Prejuicios aferrados y constituidos, que aún una mujer de letras, que puede nombrar y reinventar, se detiene ante la inminencia de las consecuencias. Y es el comienzo del siglo XX, un momento histórico en el que, como ella misma referirá más adelante, las mujeres y los hombres presentan cierta igualdad frente al ejercicio de la escritura, frente a la posibilidad de expresión (Woolf, 2001, p. 109). Y aun así el prejuicio asentado en cuanto lo que eran las mujeres y las mujeres que escribían.

A continuación, Virginia dirá: “que una famosa biblioteca haya sido maldecida por una mujer es algo que deja del todo indiferente a una famosa biblioteca” (Woolf, 2001, p. 15); dicho de otra manera, a la biblioteca qué puede causarle que una mujer entre allí, abra sus libros, beba del saber. Según el relato de Woolf, una mujer con su presencia maldice, detenta cierta fuerza, un poder, su presencia puede maldecir ese lugar del conocimiento donde reposan los libros que han escrito los hombres. Su poder residiría en que, si accede a esa biblioteca, puede absorber y nutrirse de ellos, tal como le puede suceder al otro sexo. Una biblioteca es maldecida por una mujer o porque es muy ignorante para entender lo que allí reposa -lo cual no podría sostenerse bajo ninguna teoría científica- o porque podría alterar lo que allí se resguarda, alterar en términos de comprenderlo, de interpretarlo, de reconstruirlo. ¿Cuál de estas dos posiciones es más peligrosa? Y a pesar de esos límites, de estar por fuera del conocimiento, Virginia contesta: “No te permitiré, por más bedel que seas, que me apartes de la hierba. Cierra con llave tus bibliotecas, si quieres, pero no hay barrera, cerradura, ni cerrojo, que puedas imponer a la libertad de mi mente”



(Woolf, 2001, p. 104). Lo dirá cuando termine su recorrido de obstáculos y haya mostrado lo suficiente de estos diques que obstaculizan el tránsito por el libre pensar.

A medida que experimenta estas reprimendas de los bedeles y los guardianes de Oxbridge, el nombre que le ha inventado a Cambridge, los pensamientos de Virginia divagan hasta los antiguos días en los que el dinero de esa sociedad fue puesto en esos aposentos, para que se erigieran esos muros, para que se educaran los hombres. Un sinnúmero de hombres se educó allí y luego esos hombres continuaron fortificando la valía de esos muros que seguían creciendo y perfeccionándose. Los hombres, forjando los hombres. Las mujeres, por fuera de ese forjamiento.

No había allí un camino para una mujer. Su presencia en dicho recinto, hasta los días de Virginia, siglo XX, sigue dando escozor a sus fundadores. Y de una manera casi imperceptible, la intención de Virginia de indagar en el saber que alberga la biblioteca decae y esa restricción del lugar hace que la intención *de hacer* encuentre su declive: “No sentía deseos de entrar, aun en el supuesto de que tuviera el derecho de hacerlo, y esta vez quizá me hubiera detenido el portiguero para exigirme la fe de bautismo o una carta de presentación del deán”<sup>1</sup> (Woolf, 2001, p. 16). Declara esto, cuando a la salida de la biblioteca, se le antoja entrar a la iglesia donde puede escucharse desde lejos un concierto de piano. Va siendo innecesaria la proclamación de los imperativos que restringen y que vienen de afuera, pues son introyectados. El entusiasmo aminora a medida que esos diques allanan el camino. Esta vez quizá- avizora el personaje- podría avenirse otra dificultad, como ha venido sucediendo.

Al entrever la historia desde este siglo XXI, puede hilarse el claudicar continuo de las mujeres a través del tiempo pasado, al calcular los esfuerzos y tentativas llevados a cabo y siendo a la vez refrenadas ante el condicionamiento de las prohibiciones. El asentimiento continuo a las

---

<sup>1</sup> “Canónigo que preside el cabildo de la catedral” (Real Academia Española, 2014)

interdicciones, anuencias que se incorporan y que causan inmovilidad, se tornan en una imagen que sella los destinos de las mujeres desde el pasado hasta el presente enquistado de aquellas huellas.

Esto me lleva a pensar en una pregunta que se hace Simone De Beauvoir al principio del *Segundo Sexo*: ¿por qué las mujeres no han incurrido en grandes revueltas a través de la historia y en cambio han permitido que se las haga a un lado? “¿de dónde le viene a la mujer esta sumisión?” (De Beauvoir, 2011, p. 20); y una posible respuesta a esta pregunta, que guarda estrecha relación con este capítulo, continúa bosquejándose a través de las reflexiones que me permite la escritura de Virginia: ha sido mucho tiempo en el que las mujeres llevan escuchando el imperativo desde y hasta dónde se puede transitar y hacer. Porque ha sido insistente, a través de la historia, el mandato recibido de actuar solo hasta donde las leyes lo permiten, con claras restricciones que solo existen para las mujeres. Los diques en esos dichos que muestran la carencia a las mujeres y señalan esos lugares fijos, se reactualizan, ayer tenían unas maneras, pero hoy tienen otras representaciones.

Pero si bien esto es posible ahora, semejantes opiniones salidas de los labios de gente importante cincuenta años atrás debieron de sonar terribles (...) Eran legión los hombres que opinaban que, intelectualmente, no podía esperarse nada de las mujeres. Y aunque su padre no le leyera en voz alta estas opiniones, cualquier chica podía leerlas por su propia cuenta; y esta lectura, aún en el siglo diecinueve, debió de mermar su vitalidad y tener un profundo efecto sobre su trabajo. Siempre estaría oyendo esta afirmación: “no puedes hacer esto, eres incapaz de lo otro”, contra lo que tenía que protestar, que debía refutar. La necesidad de hacer frente a esto, de probar la falsedad de lo otro, debe de haber puesto su mente en tensión y mermado su vitalidad. Porque aquí nos acercamos de nuevo a este interesante y oscuro complejo masculino que ha tenido tanta influencia sobre el movimiento feminista; este deseo profundamente arraigado en el hombre no tanto de que *ella* sea inferior, sino más bien de ser *él* superior, este complejo que no solo le coloca, mire uno por

donde mire, a la cabeza de las artes, sino que le hace interceptar también el camino de la política, incluso cuando el riesgo que corre es infinitesimal y la peticionaria humilde y fiel (Woolf, 2001, p.p. 75-77).

No solamente era lo que se escuchaba, se trataba además del enfrentamiento con el material escrito que se publicaba en revistas de circulación y que se ponían como un ejemplo a seguir acerca de aquello que debía o no hacer una mujer. Si alguna se interesaba en interrogar estas aseveraciones, ello le demandaba un gran trabajo, fatigas que había que vivenciar antes de pasar al arte, a la reflexión o a la contemplación de la existencia. Dice Virginia que es entendible este lugar que ocupaban las mujeres debido a la construcción llevada a cabo por dicho “complejo” masculino que es quien crea las gravas, esto es, las indicaciones y los caminos que deben seguir las mujeres, para que, quien está en el lugar de hacerla creer inferior, pueda continuar siendo “superior”. Podría decirse que ésta es otra concepción de mujer que se relaciona con dichas limitaciones: el deseo de ser superior del hombre concibió a la mujer limitada, poniendo en el universo físico esos diques con los que ya las cercaban moralmente.

Complejo masculino, aparece aquí como este deseo de los hombres, a cargo de los hombres, legión de hombres como los llama ella, que podían estar en el poder, y querían asegurarse de seguir allí. No era tanto que creyeran que la mujer no tenía valía, lo sopesaban, “este deseo profundamente arraigado en el hombre no tanto de que *ella* sea inferior, sino más bien de ser *él* superior”, por eso le temían, se asustaban de la posibilidad de que ella asomara un poco su cabeza y vislumbrara eso que era ella y que ellos trataban de postrar. Porque si esto salía a flote, entonces su superioridad dejaba de alumbrar y disminuía el brillo si acaso era compartido o vivido en modos similares.

Y ante ello, la voluntad y la decisión propia amenguan significativamente, dice Virginia. La elección personal, la posibilidad de que cada mujer asuma un lugar diferente a esa propuesta de inferioridad se deja a un número muy reducido de excepciones, esto es, de una que otra que

hace la excepción donde la singularidad de una historia lo permite. Cada mujer construye una posición frente a los discursos<sup>2</sup> que circulan en el contexto que habita, esto es, frente a las palabras, las frases, y los designios que le dictan cómo debe ser una mujer, qué la debe caracterizar, qué funciones debe llevar a cabo. Pero es determinante comprender que esa posición que cada una va a asumir se apuntala en ese discurso social existente, que ya tiene circunscritas unas vías, unos senderos, una grava o un césped, unas prohibiciones, usos y asentimientos. De tal manera que la elección personal se juega aquí una parte de poco grosor en tanto queda sostenida en lo que ese Otro<sup>3</sup> le dictamina. Así, quien libra el forcejeo y puede hacerse a un camino alternativo a esas designaciones se convierte en la excepción, jugada que los hombres no necesitan hacer porque el discurso no tiene para con ellos las coartaciones que tiene para con las mujeres. Algunos estudios en la actualidad (Gallo et al. (2010), p. xii- xiii) interpelan por qué las mujeres todavía hoy en día no pueden asir otras posiciones y decisiones si las legislaciones ya han efectuado unos lineamientos a su favor. Podría pensarse que se requiere que esas leyes aún nuevas, no del todo socializadas, no encarnadas en las crianzas familiares, empapen la cotidianidad diaria desde lo más subterráneo de

---

<sup>2</sup> Discurso: el lenguaje, constituido por sus significantes y significados, que reposan en los contextos sociales en los que habitan los seres humanos. Al adosarse a esos discursos, un ser humano “se sujeta”, se hace sujeto. Esos significantes y significados implican mensajes, imperativos, límites, que, pese a tener particularidades en cada contexto tienen como propósito limitar, demarcar, instruir sobre unas maneras que permitan vivir en comunidad. Lacan gráfica y explica la manera como ese discurso se transmite según el lugar que se ocupe en las relaciones que se establecen (Lacan, 2008, p. 12). El sujeto, para advenir como tal, es atravesado por el discurso, que le viene del Otro pero que pasa por el semejante, su directo interlocutor, esto es, los voceros de su crianza. El acogimiento que realiza el sujeto de lo que se le transmite en estas relaciones funda, a la manera de unas improntas, la particularidad de su psiquis, que dará cuenta de ello en su relación con el mundo. Desde ese acogimiento se adquieren unos semblantes, que es lo que permite hacer vínculo social, según Soler (2007, p. 13). El discurso es producido por el Otro quien aporta los semblantes que permiten unificar, crear lazos, posturas y posiciones.

<sup>3</sup> Otro: Concepto de la autoría de Lacan que ilustra el lugar de dónde se desprenden los significantes que designan ideales, imperativos, formas de proceder para un ser humano inserto en la cultura y que por ende se hace sujeto. En tanto el inconsciente se estructura por el discurso del Otro, toma de ese discurso las palabras, los dichos, que le permiten “ser”, sujetarse, en su particularidad, pero a partir de lo que recogió del reservorio del Otro. De esta manera, la elección personal se acorta, queda circunscrita al caudal de significantes que ofrece el Otro: “Bajo la forma de una palabra inconsciente el sujeto recibe del Otro su propio mensaje” (Lacan, 2008, p. 12).

los discursos familiares hasta los altavoces que circulan en redes sociales, la televisión y el mundo académico, donde todavía, a pesar de esas legislaciones silenciosas, los antiguos dictámenes del Otro circulan y son quienes piensan, escriben y distribuyen la publicidad, la política, la crianza familiar, entre otros discursos de gran circulación. Se requiere todavía un tiempo más para que estas innovaciones de igualdad de derechos permeen los contextos sociales porque están recién llegados, es decir, llevan muy poco tiempo en circulación a través de los medios de comunicación, de los discursos de crianza, y de los saberes académicos. Es difícil que en tan poco tiempo los resultados de los nuevos discursos sobre igualdad de derechos tengan efectos tangibles, especialmente en culturas donde los derechos que ya han sido discutidos, ganados y puestos en funcionamiento, se reversen de acuerdo a los gobernantes de turno (Glenza, 2020).

De esta forma, Virginia Woolf ilustra con sus frases unas escenas que permiten dilucidar cómo han funcionado los límites a lo largo del tiempo, cómo se expanden incluso al espacio físico y distribuyen los mensajes de dónde inicia y hasta dónde avanza una mujer. La significación de esos trazos limitantes que no son invisibles ha procurado un enlentecimiento en el camino que las mujeres han recorrido para hacerse a unos lugares donde puedan despojarse de los límites y de los designios de inferioridad atribuidos.

### ***La Inferioridad de la Mujer: Una Joya Sobre la que el Hombre Escribe***

Cuando Virginia decide indagar sobre la razón por la cual existen los prejuicios sobre las mujeres que ella ha vivenciado en ese día en Cambridge, en relación con los límites y las designaciones de inferioridad acaecidos sobre la mujer y que la circunscriben a la grava, a un lugar fijo, restrictivo, encuentra que las respuestas posibles yacen en la autoría de los hombres, que despliegan su ingenio en explicaciones sobre ello, profundizando aún más en esas características de inferioridad de las mujeres.

Fue en el siglo XIX -muy recientemente si se compara con la historia de la literatura universal- que las mujeres asumieron en nombre propio sus escritos, pues si bien escriben desde antes de Cristo, se han amparado bajo seudónimos que las protegieron por acceder a ese acto subversivo como lo fue la escritura, según lo narra Tusquets en Bollmann, (2011). A pesar de ello, Tusquets subraya que “escribir era una profesión considerada impropia de la mujer” (p. 10), un oficio que la desvalorizaba a los ojos de la sociedad, y aun así no claudicaron en sus intenciones. Virginia lo dice así: “Me aventuraría a decir que Anon, que escribió tantos poemas sin firmarlos, era a menudo una mujer” (Woolf, 2001 p. 69). Se trataba de literatura en referencia a sí mismas, nacida a partir de cartas, de diarios, que luego dio un vuelco a la novela, un género que se caracteriza por la creación de personajes en ambientes íntimos, fijos, determinados y descripciones cerradas dadas en contextos cotidianos. Eran las circunstancias a las que tenía acceso una mujer que se interesara en narrar en ese momento, dado que no tenía las condiciones para viajar y conocer el mundo o hacer parte de asuntos sociales y políticos. De hecho, en las conversaciones sociales, fuera el salón de su casa o una fiesta, una mujer debía limitarse a opinar sobre el clima o temas domésticos. De esta manera puede comprenderse que las mujeres que escribían se atuvieran a dichos y argumentos en referencia a sentimientos y cotidianidades, no a elementos que inquirieran por sí mismas en otros niveles, esto es, a su situación social, económica o política. No podían indagar por su posición en el mundo ni sobre las grandes diferencias que las separaban de los hombres<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Es importante aclarar que esto está dicho en referencia a la literatura producida por las mujeres como un fenómeno reconocido en los ámbitos culturales, pero que ya en el siglo XV Christine de Pisan había dicho y escrito textos que refutaban la posición de las mujeres incluso con el auxilio de la literatura en el libro *La ciudad de las damas*. Olimpia de Gouges escribió en 1791 la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, siglo XVIII; Mary Wollstonecraft en 1792 escribió la *Vindicación de los derechos de la mujer*, siglo XVIII; mientras que, en 1825, comienzos del siglo XIX, Ana Wheeler, junto a su esposo William Thompson, redactó *La demanda de la mitad de la raza humana, las mujeres* (Pérez, 2011, p.p. 30, 46, 49).

Pero los hombres sí se autorizaban a teorizar por las particularidades de las mujeres, por aquello que las caracterizaba, y haciéndolo, desde su sentir y desde su conveniencia, trazaron la imagen de las mujeres desde su propia concepción. Virginia se pregunta por eso:

Las mujeres no escriben libros sobre los hombres (...) ¿Cuál podía ser pues el motivo de tan curiosa disparidad? (...) ¿Por qué atraen las mujeres mucho más el interés de los hombres que los hombres el de las mujeres? (Woolf, 2001, p 40)

Luego ella misma responde que era impensable que las mujeres narraran a los hombres, los describieran, los contaran. Era inconcebible que ellas se miraran a sí mismas y emitieran sus propios juicios, en tanto se les había inculcado que no tenían juicio ni opinión; pero era mucho más inconcebible que dieran una ojeada al otro sexo y emitieran juicios, cuando se tenía por obvio que los hombres no eran sus iguales, eran superiores. Por tanto, qué tendría que decir una mujer sobre ellos en esa situación tan jerárquicamente constituida. Así que la disparidad en cuanto a la producción escrita en literatura y su publicación es entendida desde la historia del lugar que ha ocupado uno y otro sexo.

Según la historia, las mujeres sí interrogaron las desavenencias en referencia a los derechos que tenían unos y otros, pero ese paso adelante tuvo consecuencias mortales, como ya se señaló antes acerca de Olympe de Guoges. Esta autora, en aras de formalizar los derechos de las mujeres, escribe en 1791 *derechos de la mujer y la ciudadanía*, calcando la declaración de los derechos del hombre, de la cual las mujeres no hacían parte (Pérez, 2011, p. 46). No mucho después de la muerte de Guoges, Mary Wollstonecraft interrogó el hecho de que los hombres necesariamente tuvieran que “mandar” en todos los aspectos de la vida de ambos géneros, escribiendo, además, lo que

---

Estas mujeres excepcionales tuvieron que esperar hasta el siglo XIX para que sus obras tuvieran valoración intelectual, al igual que las pioneras del feminismo, según lo refiere Pérez (2011, p. 50).

(Pérez, 2011) considera la partida del nacimiento del feminismo: *Vindicación de los derechos de la mujer en 1792*, mediados del siglo XVIII (p. 49).

Queda claro desde la historia por qué el hombre supuestamente no ha sido tema de interés para las mujeres, por lo menos en el resultado de la pesquisa que está haciendo Virginia, que tiene sus limitantes por los medios de que dispone: porque era inconcebible en tanto no se los permitían, no podían siquiera interrogarlo, corrían grave peligro si ponían allí su interés. Por ello no atraían los hombres el interés de las mujeres, para intentar aproximarse a la pregunta de Woolf (2001) citada anteriormente, dónde de manera reiterativa interroga por esa supuesta falta de interés (p. 11); pero Pérez (2011) da otra respuesta a esa carencia de interés y de escritura en relación con ello, cuando recuerda que ante esos pergaminos contestarios de las mujeres, que sí se produjeron, había desdén frente a la publicación y al despliegue de la misma, lo que sin duda generó escases de producción en cuanto a ello a lo largo del tiempo (p. 50).

Después de estos acontecimientos en el campus de Cambridge, en relación con el césped y a la grava, a la prohibición de entrar a la biblioteca, al contraste vivido entre los colegios masculino y femenino, somos testigos de la visita de Woolf a la Biblioteca del Museo Británico en Londres, los límites impuestos le producen la necesidad de comprender mediante el conocimiento a qué se deben esas limitantes, cómo lo explican los autores que componen el reservorio de la inminente biblioteca. Asistimos con ella a la sorpresa que le producen los catálogos de búsqueda y sus resultados.

Asombrada por la cantidad de libros, ensayos, investigaciones sobre las mujeres, se da cuenta que los hombres se han apurado y esmerado en responder a la pregunta de qué son las mujeres y cómo son. Sus apuntes hablan de inferioridad en cuanto a inteligencia y destreza física y de superioridad en cuanto a moralidad y cualidades para el cuidado del otro (Woolf, 2001, p.p 41-43).



Hace una larga lista de sus hallazgos respecto a lo que escriben los hombres de las mujeres: pensamientos disimiles, donde se las adora, se las maldice, las idolatran y luego las creen indignas de ser consideradas seres pensantes. Para Virginia, en resumen, las opiniones de los hombres sobre las mujeres eran muy diversas. Además de que esos hombres eran muy dispares en sus formaciones, ocupaciones, profesiones:

Hasta los títulos de los libros me hacían reflexionar. Era lógico que la sexualidad y su naturaleza atrajera a médicos y biólogos; pero lo sorprendente y difícil de explicar es que la sexualidad —es decir, las mujeres— también atrae a agradables ensayistas, novelistas de pluma ligera, muchachos que han hecho una licencia, hombres que no han hecho ninguna licencia, hombres sin más calificación aparente que la de no ser mujeres (Woolf, 2001, p 39).

Más allá de la formación o de la trascendencia del investigador o estudioso, aclara Virginia, que el hecho de no ser una mujer, autorizaba al sexo masculino a teorizar sobre las mujeres. Les interesaba todo en referencia a las mismas: su sexualidad, aspecto en el cual quedaban abarcadas, definidas, según el punto de vista de los hombres. Las mujeres parecían tener adosado el concepto de sexualidad a su existencia; en la pluma de los hombres, al parecer uno de sus grandes intereses sobre las mujeres entraba en relación con la sexualidad como tema de interés para ellos mismos. Esa búsqueda sobre las mujeres arrojaba un sinnúmero de autores masculinos, abogando por contestar y teorizar lo que hubiera que decir y explicar sobre ellas: “Era un fenómeno extrañísimo y en apariencia -llegada a este punto consulté la letra H- limitado al sexo masculino. Las mujeres no escriben libros sobre los hombres” (Woolf, 2001, p. 40). Extraño el caudal de material, la abundancia de preguntas que se habían hecho los hombres y solo los hombres habían respondido en lo que encontró Virginia.

Se dirigía uno al mostrador, tomaba una hoja de papel, abría un volumen del catálogo y.....

Los cinco puntos suspensivos indican cinco minutos separados de estupefacción, sorpresa y asombro. ¿Tenéis alguna noción de cuántos libros se escriben al año sobre las mujeres? ¿Tenéis alguna noción de cuántos están escritos por hombres? ¿Os dais cuenta de que sois quizás el animal más discutido del universo? (Woolf, 2001, p. 39)

¿Por qué las mujeres son los animales más discutidos del universo? Los sabios, en aras de ejemplificar con la historia, se han reunido del siglo XIV al siglo XVIII a discutir si las mujeres son seres humanos o no (Pérez, 2011, p. 30). En la actualidad, las reyerías continúan y estudiosas del derecho aseveran que, desde este campo del saber, ese conjunto de principios y normas que sostiene el patriarcado todavía pone a operar el mecanismo a través el cual se sustenta la idea de estructurar una naturaleza femenina que explicaría su inferioridad, esto es, se basan en un pensamiento dicotómico mediante el cual se explica la minusvalía de la mujer ante la superioridad del hombre (Vacca y Coppolecchia, 2012, p. 62).

Pero con lo que se encuentra Virginia es que en esa biblioteca la escritura sobre las mujeres estaba a cargo de los hombres: “Las mujeres no escriben libros sobre los hombres (...) ¿Cuál podía ser pues el motivo de tan curiosa disparidad? .... ¿Por qué atraen las mujeres mucho más el interés de los hombres que los hombres el de las mujeres?” (Woolf, 2001, p. 40)

Más adelante Virginia mostrará la fabulación que hace de una escritora que se atreve a contar escenas de la sexualidad femenina, para poner un ejemplo. Mostrará allí la gran diferencia ocurrida cuando la mujer cuenta sobre la mujer, cómo el conocimiento adquiere tonalidades variadas, diversas, si quien cuenta, si quien investiga, si quien interroga ha logrado situarse en una posición que le permita comprender la extraordinaria diferencia subjetiva que yace entre los seres humanos, sean hombres o mujeres, y que no por ello los hace desiguales frente a sus derechos. Desde una posición de auscultadora, de reconocerse en la diferencia, sería de gran riqueza,

prorrumpe Virginia, acercarse a un sinnúmero de fenómenos que las mujeres no han narrado por sí mismas y que les atañen profundamente a ellas: la sexualidad, su percepción del mundo, la particularidad de su anatomía. Para Virginia, es cautivante la frescura de una voz no pronunciada antes, la voz de una mujer, diciendo lo que nunca habían dicho, describiendo lo que nunca se había contado desde la perspectiva de las mismas. Porque como ella acaba de descubrirlo en esa biblioteca, no se había conocido antes narradora para esos asuntos tan trascendentales (Woolf, 2001, p.p 110-117).

Uno de los hallazgos que presenta Virginia en su trabajo es lo que ella descubre en la indagación bibliográfica que efectúa en el British Museum: que cuanto han dicho los estudiosos sobre las mujeres no tiene fundamento científico. Ya antes había dicho que según lo que encuentra en la biblioteca británica, cualquiera que quisiera estudiar a las mujeres y escribir sobre ellas lo podía hacer, lo único que se requería era no ser una mujer.

Por algún motivo, todos aquellos libros, pensé pasando revista en la pila que había en el mostrador, no me servían. Carecían de valor científico, quiero decir, aunque desde el punto de vista humano rebosaban cultura, interés, aburrimiento y relataban hechos la mar de curiosos sobre los hábitos de las habitantes de las islas Fiji. Habían sido escritos a la luz roja de la emoción, no bajo la luz blanca de la verdad. (Woolf, 2001, p.p. 46-47)

Virginia, tras esta aseveración, convoca a hacerse la pregunta si los textos que han sido escritos sobre las mujeres y que definen aspectos como su carácter o su naturaleza, entran en este mismo orden que ella señala. En lo que Virginia describe según sus hallazgos, fueron escritos bajo la emoción de los autores, pero carecían de valor científico, como si hubieran sido concebidos desde los prejuicios, más que desde la rigurosidad del conocimiento, no bajo la luz blanca de la verdad. Para Gilbert y Gubar (1998, p.p. 11-19), la necesidad ancestral que han tenido los hombres de construir un mundo fabulado donde ellos son los padres de la ley, los creadores, en un intento

por materializar la constancia de su paternidad, los ha llevado a tomar posesión del mundo literario, donde a sus anchas han podido dar a luz un mundo imaginado y plasmado, según sus concepciones. De ahí que en ese reino de “había una vez”, no tenía entrada la mujer, no en ese mundo donde el hombre se daba el lujo de engendrar en un vasto cuerpo de papel que se lo permitía. Y ya que esta era su forma de constatarse en su paternidad, hicieron uso de un elemento contundente y no perecedero: la letra, que hace historia, hace cotidianidad, hace ley, dicta la vida en sus diversas formas.

Según Pedraza, el conocimiento que permitió fundar los conceptos y las definiciones sobre la naturaleza de las mujeres estuvo teñido de las representaciones que esos investigadores tenían sobre ellas. Incluso la medicina, la literatura, la religión y la filosofía contribuyeron a construir teorías donde la inferioridad de la mujer que fue apoyada con preceptos, dogmas y la teorización que se requirió para fijar dichas aseveraciones (Pedraza 2011, p.p. 73-75).

No deja de ser llamativo que hayan existido ciertos hombres, considerados como grandes pensadores por lo demás, que argumentaron e insistieron acerca de la igualdad de los sexos en cuanto a capacidades, siempre y cuando se tuvieran las mismas oportunidades a la educación, y que, no obstante, sus aportes hayan tenido poca o ninguna resonancia en las discusiones de la época, tal como sucedió con Poullain de la Barre, quien en el siglo XVII proclamó la igualdad de los sexos.

Esto lleva a suponer que fue el prejuicio y la intención de disminuir las oportunidades de las mujeres lo que tiñó de irracional las discusiones académicas sobre ellas a través del tiempo.

Virginia, en esa investigación que lleva a cabo en la biblioteca británica, encuentra el prejuicio de los hombres investigadores que esbozan una diversidad de opiniones:

¿Tienen alma o no la tienen? Algunos *salvajes* [énfasis añadido] dicen que no tienen ninguna. Otros, al contrario, mantienen que las mujeres son medio divinas y las adoran por

este motivo. Algunos sabios sostienen que su inteligencia es más superficial; otros que su conciencia es más profunda. Goethe las honró; Mussolini las desprecia. Mirara uno donde mirara, los hombres pensaban sobre las mujeres y sus pensamientos diferían. (Woolf, 2001, p. 43)

Hay una enumeración aquí de lo que hace enigma en los investigadores y estudiosos acerca de las mujeres. Algunos dicen que tienen alma, otros dicen que no, según Woolf estos últimos son unos salvajes. Otros las adoran, reconocen en ellas algo sagrado. Se difiere, no todos piensan igual. Algunos van al límite: o desprecian o enaltecen. Por eso Virginia llama la atención sobre ello, sin ocultar su asombro en cuanto la falta de una base científica que propicie el forjamiento sostenible del saber. Al parecer, los estudiosos despliegan un sinfín de opiniones propias, lo que lleva a Virginia a concluir que no es posible sacar nada en claro. En todo caso algo se dice sobre las mujeres, se bosqueja la necesidad de decir algo a partir de la inquietud de los hombres por el otro sexo. Es enigmático incluso para Virginia, que no logra extraer nada en esa aproximación, excepto aquello de que a las mujeres las dicen los hombres y que difieren en sus apreciaciones.

Quién tiene la verdad, quién no tiene prejuicios. En un primer momento Virginia tiene la expectativa de que la biblioteca alberga el conocimiento de aquellos que por su sabiduría no se han visto implicados en disputas y dado preferencia a su género o a sí mismos y han construido el conocimiento y preferido los razonamientos por encima de toda ambigüedad y prejuicio:

... las respuestas sólo podían encontrarse consultando a los que saben y no tienen prejuicios, a los que se han elevado por encima de las peleas verbales y la confusión del cuerpo y han publicado el resultado de sus razonamientos e investigaciones en libros que ahora se encuentran en el British Museum. Si no se puede encontrar la verdad en los estantes del British Museum, ¿dónde, me pregunté tomando un cuaderno de apuntes y un lápiz, está la verdad? (Woolf, 2001, p.38)

Empieza por develar quiénes son los que han construido los textos, los trabajos, los ensayos sobre las mujeres: los hombres. A pesar de que, a esas alturas de la historia, puede corroborarse que algunas mujeres ya habían escrito sobre las mujeres, acerca de sus derechos, sus condiciones, sus características (Pérez, 2011, p.p. 30-46-49-68). No puedo suponer desde aquí que Virginia no las encontró en los catálogos, pero si puedo suponer que esa ausencia de las mujeres en el British Museum tendría relación con la poca disposición a publicar a las mujeres hasta bien entrado el siglo XX. Si antes de esa época las mujeres eran consideradas, según la *Ciencia de la mujer*<sup>5</sup> un hombre cuya evolución no se había perfeccionado (Pedraza, 2011, p. 75), lejos estaban de tener acceso a la exhibición de sus obras. Si bien algunas mujeres ya publicaban en la época en que Virginia Woolf hace esta pesquisa, para muestra de ello tenemos a la misma Woolf, todavía los restos de la época victoriana enmarcaban las directrices de la cultura, por lo que es posible que en cuanto a racionamientos científicos las construcciones de las mujeres no encontraran cobijo en los magnánimos estantes del British Museum donde reposaba la biblioteca londinense. Además de ello, las que escribieron ensayos y textos teóricos sobre las mujeres yacían en los corredores del siglo XV al siglo XIX, muchas de las cuales fueron perseguidas y asesinadas, no podemos saber desde aquí dónde figuraban sus obras en aquel entonces.

Virginia Woolf seguramente no se tomó el hallazgo muy sorprendentemente, esa falta de escritura de las mujeres desde la ciencia o la filosofía en cuanto a sí mismas, en cambio, el abundante material de los hombres exponiendo un saber sobre ellas sin fundamentos científicos.

---

<sup>5</sup> Se consolidó como campo del conocimiento de la mujer durante el siglo XVIII, en paralelo con la ciencia del hombre. Disciplinas nacientes tales como la antropología, hicieron parte de los saberes que se dedicaron a pensar sobre las mujeres. La medicina acompañó estos estudios y dictaminó unos procedimientos para ellas, apuntalándolas nuevamente en las funciones del ámbito doméstico, argumentando para ello sus características físicas. A pesar de que una vez más los estudios científicos petrificaron a las mujeres en una minusvalía que las redujo al servilismo por el otro, la ginecología tiene sus orígenes en esta ciencia, por ser el nicho dónde se iniciaron preguntas e hipótesis sobre el cuerpo de las mujeres (Pedraza, 2011, p. 74).

Para Woolf es explícito lo peculiar de esa abundancia de la escritura masculina y sus opiniones acerca de la valía de esas hipótesis que ellos encuentran y que ella enumera en su trabajo: que las mujeres no tienen alma, que son inferiores a los hombres, que tienen menos pelo en el cuerpo, que poseen mayor rectitud, entre otros (Woolf, 2001, p. 41-42). Un poco más adelante, en una revisión a su propia biblioteca, se topa con que, en lo que se refiere a la literatura, ya no al saber científico, hay casi tantos libros de hombres como de mujeres, y esos libros de las literatas son, a propósito de lo que Freud enseña, una puerta abierta a la auscultación sobre ellas, aquellas antecesoras del pasado de las que poco podremos saber. Ya lo han dicho las estudiosas de la literatura femenina en la actualidad: la escritura fue el grito que lanzaron esas legendarias que no pudieron hacer tantas guerras como querían en campos de batalla, su espada fue la tinta y el papel (Gilbert y Gubar, 1998, p. 12). Pero además sus obras son el hilo de Ariadna que nos lanzaron, por lo menos a partir del siglo XIX, para que no perdiéramos su rastro.

En esa búsqueda de investigaciones que Virginia desarrolla, además de no encontrar científicidad en los mismos, ella ausculta una constante en el tono, que se repite y que se impone a los contenidos que los autores quieren entregar:

Fuese cual fuese el motivo, el profesor aparecía en mi dibujo muy encolerizado y muy feo, ocupado en escribir su gran obra sobre la inferioridad mental, moral y física de las mujeres ... ¿Cómo explicar la cólera de los profesores? ¿Por qué estaban furiosos? Porque cuando me puse a analizar la impresión que me habían dejado aquellos libros, me pareció presente en todos un elemento de acaloramiento. Este acaloramiento tomaba formas muy diversas; se expresaba en sátira, en sentimiento, en curiosidad, en reprobación. Pero a menudo había presente otro elemento, que no pude identificar inmediatamente. Cólera, lo llamé. Pero era una cólera que se había hecho subterránea y se había mezclado con toda clase de otras

emociones. A juzgar por sus extraños efectos, era una cólera disfrazada y compleja, no una cólera simple y declarada. (Woolf, 2001, p. p. 45-46)

El tono que ella ausculta en esos escritores es de enfado, de enojo, esto es, de cólera. También reconoce que esa cólera no está expuesta, es un afecto soterrado, oculto. Detrás de las investigaciones, de las opiniones, de la expresión de lo que son las características y sentimientos de las mujeres, subyace la molestia que colorea esa escritura, se encuentra debajo de todas las pretensiones científicas con las que se procura acuñar lo escrito, de las razones teóricas, morales y religiosas cuando hablan de su objeto de investigación.

¿Por qué lo están?, ¿cómo se explica esa cólera?, ¿qué les produce malestar acerca de las mujeres?, ¿por qué estaban furiosos?

Mucho más adelante de su narración Virginia va a desconcertarse de nuevo cuando cae en la cuenta de que la literatura escrita por los hombres, esto es, en la invención, los personajes femeninos de esos hombres escritores son fabulosos, son heroicos, engrandecidos, como si a través de la literatura dejaran escapar lo que luego anulan a través de explicaciones filosóficas, psicológicas, biológicas (Woolf, 2001, p. 62). Freud (1986) nos habla de una ambivalencia que la producción literaria deja discurrir, en tanto la escritura ofrece una manera de nombrar el mundo y la posición propia frente a él, aunque no siempre el escritor sea consciente de ello. Virginia lo sigue diciendo así:

No siendo historiador, quizá podría uno ir un poco más lejos y decir que las mujeres han ardidido como faros en las obras de todos los poetas desde el principio de los tiempos: Clitemnestra, Antígona, Cleopatra, Lady Macbeth, Fedra, Gessida, Rosalinda, Desdémona, la duquesa de Malfi entre los dramaturgos; luego, entre los prosistas, Millamant, Clarisa, Becky Sharp, Ana Karenina, Emma Bovary, Madame de Guermantes. Los nombres acuden en tropel a mi mente y no evocan mujeres que «carecían de personalidad o carácter». En



realidad, si la mujer no hubiera existido más que en las obras escritas por los hombres, se la imaginaría uno como una persona importantísima; polifacética: heroica y mezquina, espléndida y sórdida, infinitamente hermosa y horrible a más no poder, tan grande como el hombre, más según algunos. Pero ésta es la mujer de la literatura. En la realidad, como señala el profesor Trevelyan, la encerraban bajo llave, le pegaban y la zarandeaban por la habitación

De todo esto emerge un ser muy extraño, mixto. En el terreno de la imaginación, tiene la mayor importancia; en la práctica, es totalmente insignificante. Reina en la poesía de punta a punta del libro; en la Historia casi no aparece. En la literatura domina la vida de reyes y conquistadores; de hecho, era la esclava de cualquier joven cuyos padres le ponían a la fuerza un anillo en el dedo. Algunas de las palabras más inspiradas, de los pensamientos más profundos salen en la literatura de sus labios; en la vida real, sabía apenas leer, apenas escribir y era propiedad de su marido. (Woolf, 2001, p.p. 61-62)

Una idealización que no concordaba con la realidad, un reconocimiento magnánimo que quedaba obstruido en la práctica nos muestra Woolf aquí. Por un lado, puede decirse que se hace uso de la ficción para idealizar a la mujer, y, a la vez, para velar el desprecio. Por otro lado, también emerge la pregunta que se conecta con la cólera antes mencionada: ¿era esto lo que sabían sobre ellas que los encolerizaba, sabían que ellas tenían características que no podían situarlas en la inferioridad en la que las habían subsumido? Lo que vertían en la literatura, lo que la fantasía de la escritura les dejaba nombrar sobre ellas, ¿era su mayor temor? ¿Por eso escribían con furia, especialmente desde la escritura que no era fabulada, que los conminaba a construir conocimiento?

No se trataba solo de que a través de tal enaltecimiento velaran el desprecio, sino que efectivamente sabían de la certeza de esas cualidades, que aparecían en la literatura, pero que

obstruían en el conocimiento, con ayuda de la ciencia. Un taponamiento continuo a lo que eran las mujeres y que solamente emergía a través de la literatura, esa construcción que desborda diques y que pugna por exponer lo que no habrá de encontrar referencia en otro lugar, en otros escritos como los científicos, y que tampoco habrá de tener expresión en la vida cotidiana. Los hombres se permitían a través de la escritura el reconocimiento del ser humano nombrado mujer, como un compañero de la vida que presentaba al parecer, según su escritura, unas características grandiosas. Virginia Woolf (2008, p. 93), Freud (1986, p. 67), Maray (2016, p. 11), son entre otros, algunos de los escritores que han expuesto cómo la escritura permite revelar unos asuntos subjetivos que dan cuenta de lo particular, de una posición frente a los asuntos del mundo exterior y que, mediante el arte de escribir, resuelven aquello que le concierne a cada sujeto, al escritor, en primer lugar, pero también asienta una posición personal que le sirve al lector para hacerse a unos elementos de lectura del mundo. Aunque se parta de una elaboración que tiene que ver con la persona que escribe, esa construcción se convierte en un producto social que viene a erigir miradas y explicaciones sobre el mundo para un gran número de personas, los lectores.

Ahora bien, no puede dejarse pasar que a pesar de este hallazgo que entrega Virginia acerca de ese reconocimiento de las características de valor e intrepidez de la mujer en la literatura, debe señalarse que también en ese ámbito literario las hacían pagar. Si se hace un recorrido por esas obras, esos clásicos del teatro y de las novelas donde las mujeres son protagonistas, donde las heroínas hablan en voz alta, gritan, traicionan, pelean, hacen justicia, también podemos encontrar el final despiadado que el autor les tenía guardado: son perseguidas, decapitadas, convertidas en monstruos, desterradas, vueltas suicidas. Como si al tiempo que se les reconocieran sus capacidades se advirtiera que acceder a ellas conlleva un precio a pagar, una amenaza envuelta en la fabulación, un dedo levantado que contiene un “si te atreves, esto pasará”. *Madame Bovary* [énfasis añadido] pagó un precio muy alto por beber del placer hasta la saciedad en aquellas aventuras del amor.

Ahora, Gilbert y Gubar (1998, p. 11) recuerdan que a través de la literatura también los hombres modelaron la vida de las mujeres, según sus deseos y caprichos, según sus concepciones del lugar que debía ocupar cada sexo, por lo que en esas pinceladas literarias se pintaban los interiores y los roles en los que debían vivir encasilladas y encerradas las mujeres de los autores masculinos. Esto permite vislumbrar que no todos los personajes femeninos de los escritores fueron la semblanza del valor y el uso de sus posibilidades, sino también arquetipos labrados según la voluntad de los dioses de la pluma.

El enfado de aquellos que escriben con esa cólera en ascensión encoleriza a su vez a Virginia Woolf. Leer sobre esas opiniones, ir a esas descripciones sobre lo que el otro dice que “se es”, al interior de aquellos libros guardados en la universal biblioteca del Reino Unido la lleva a escribir:

Mis mejillas habían ardido. Me había ruborizado de cólera. No había nada de particularmente sorprendente en esta reacción, por tonta que fuera. A una no le gusta que le digan que es inferior por naturaleza a un hombrecito —miré al estudiante que estaba a mi lado— que respira ruidosamente, usa corbata de nudo fijo y lleva quince días sin afeitarse. Una tiene sus locas vanidades. (Woolf, 2001, p 46)

No hay nada de sorprendente en que las mujeres reaccionen a la exclusión que se les ha asignado, para Virginia Woolf. Su sátira apunta a ello, va más allá de una loca vanidad, “no es nada particularmente sorprendente”, alude Woolf en la cita anterior. “Ya no es soportable, ya el golpe y la exclusión no es una obviedad, como sucedía no hace muy poco. Aunque parezca una loca vanidad”, bromea Virginia.

Da la impresión, allegados a este punto de la narración, que Virginia nunca había tropezado con afrentas dirigidas a su sexo. Pero su historia personal advierte que ya antes había sido tocada por la agresión que podía permitirse el otro sexo, por el solo hecho de ser hombres y no ser

interrogados frente a las agresiones efectuadas, incluso por aquellos próximos que la vulneraron hasta el punto de precipitar, según los datos que arroja su biógrafo, los desencadenamientos de su enfermedad (Bell, 1980, p.p 75-78). Ella misma lo recuerda mientras se obstina en relatarse, sin esquivar por supuesto esos episodios mustios de su existencia (Woolf 2008, p.p. 87-89). Aún a esta escritora británica, las palabras la ciñeron y le grabaron unos cuantos caracteres en su historial: “Y luego procedí con cautela, de puntillas (tan cobarde soy, tanto miedo tengo del látigo que una vez casi azotó también mis hombros)” (Woolf, 2001, p. 123). Sigue siendo desconcertante la naturalización con la que las divisiones entre los sexos en cuanto a derechos han vulnerado el lugar y el hacer de las mujeres.

Entonces, para tratar de responder a la pregunta sobre la cólera de los hombres, ese afecto que acompaña la escritura de los hombres sobre las mujeres es posible apuntar, siguiendo a Woolf, que resguarda un desprecio en relación a lo que se presupone sobre ellas y un delineamiento de las celdas donde se las ha enclaustrado. El afecto de la cólera se plasma en razones y descripciones que desvalorizan el lugar, los roles y la valía de las mujeres en general, pugnando porque aparezcan como inferiores para de esta manera preservar los lugares de poder. Ese afecto empuja, propicia la fuerza que se requiere para describir y caracterizar a las mujeres en lugares de inferioridad y catapultar a los hombres a un lugar de superioridad. Ese esfuerzo de menoscabar, llevado a cabo una y otra vez, cuando, bajo la camisa se contiene el saber de la igualdad entre los sexos, igualdad en cuanto a derechos, en cuanto a la capacidad de desarrollar las fortalezas que cada uno porta, pues si no lo supieran, no estuvieran tan encolerizados, lleva a la fuerte ebullición de la cólera. Virginia lo dice claramente: “Por eso, tanto Napoleón como Mussolini insisten tan marcadamente en la inferioridad de las mujeres, ya que, si ellas no fueran inferiores, ellos cesarían de agrandarse. Así queda en parte explicado que a menudo las mujeres sean imprescindibles a los hombres”

(Woolf, 2001, p. 51). Un espejo que refleja el doble del natural en tanto además se encoge para que quien se refleje aparezca doblemente engrandecido.

A pesar de que Virginia ya ha ido construyendo su respuesta sobre el por qué esos profesores que estudia estaban furiosos al escribir sobre las mujeres, la pregunta la persigue en su camino, en su almuerzo, en los periódicos desperdigados sobre una mesa, en uno de los cuales una noticia llama su atención:

Titulares menores anunciaban que Sir Austen Chamberlain se hallaba en Ginebra. Se había encontrado en una bodega un hacha de cortar carne con cabello humano pegado. El juez X... había comentado en el Tribunal de Divorcios la desvergüenza de las Mujeres. Desparramadas por el periódico había otras noticias. Habían descendido a una actriz de cine desde lo alto de un pico de California y la habían suspendido en el aire. Iba a haber niebla. Ni el más fugaz visitante de este planeta que cogiera el periódico, pensé, podría dejar de ver, aun con este testimonio desperdigado, que Inglaterra se hallaba bajo un patriarcado. Nadie en sus cinco sentidos podría dejar de detectar la dominación del profesor. Suyos eran el poder, el dinero y la influencia. Era el propietario del periódico, y su director, y su subdirector. Era el ministro de Asuntos Exteriores y el juez. (Woolf, 2001, p.p. 47-48)

Estas afirmaciones de Virginia me llevan a reflexionar que el discurso en el que habitamos también se compone de palabras que transcurren cotidianas, al parecer sin trasfondo, sin grandes intenciones. Por ejemplo, un periódico, no solo tiene el objetivo de informar. Los gobernantes saben que más allá de “contar” la noticia, esa noticia forma, delinea, conduce a los caminos deseados por quienes guían los procesos. Así aparece suelta esta noticia que Virginia capta enseguida, de seguro aguzada en torno a sus preguntas porque viene de la biblioteca donde ha estado inquiriendo por las mujeres, por su pobreza, por su condición, por los elementos que se relacionan con su escritura. Así que, en tanto tiene las antenas encendidas, puede escuchar las

sutilezas que advienen, así se trate de susurros, que, aunque atenuados, tienen efectos. Todo lo que está descrito en ese periódico, comenta Virginia, que es quien tiene el periódico en las manos, está bajo la dominación del patriarcado<sup>6</sup>, de los hombres, de los profesores de los que viene hablando, de los dueños del periódico, de los jueces que administran los tribunales y los encargados de la ley. Quien esté en sus cinco sentidos, indica Virginia, no podría dejar de percibir esta situación, la influencia y el poder de los hombres sobre las mujeres. Es licito señalar que hoy en día, algunas mujeres situadas en lugares de poder también pueden obstruir el camino a la igualdad de derechos de las mujeres; en la actualidad no solo se puede señalar a los hombres situados en esta posición, pero, es posible corroborar que todavía los lugares de poder tienen un mayor número de hombres asumiéndolos, por lo cual todavía se tiene la asunción del liderazgo en una mayoría de hombres. Todavía hoy los medios de comunicación despliegan el poder del patriarcado, si bien en esta actualidad y dando cuenta de que se ha adelantado cierto camino, se le hace objeción, tanto desde las mujeres como desde los hombres.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Patriarcado: establecido dentro de los marcos legales, el patriarcado es una manera formal de ejercer la superioridad de los hombres sobre las mujeres, superioridad en cuanto a poder, a dominio, a jerarquización de lugares, lo cual ha sido justificado a través de concepciones biologicistas (Vacca y Coppolecchia, 2012, p. 60).

<sup>7</sup> El 31 de Julio de 2019, en la emisora W, a las 5:30 am, Julio Sánchez Cristo dice que tiene una mala noticia, se dirige a un periodista español, esto es, en un principio convoca el apoyo de un hombre: “Rafa, le tengo una mala noticia: *Victoria’s Secret* ya no podrá seguir haciendo desfiles de ropa interior femenina, al parecer quebraron”. Rafa, contesta: “para mí no es una mala noticia. *Victoria’s Secret* es una marca que da cuenta de la “cosificación” de la mujer, está bien que ya no hagan más desfiles”. Otra periodista mujer: “de acuerdo con Rafa, la marca aún no propone tallas más grandes, lo que continúa vulnerando a las mujeres”. A continuación, Julio vuelve a decir: “a mi si me parecen maravillosos esos desfiles, esas mujeres parecen de mentiras”. Otra periodista, mujer: “yo lo lamento, *Victoria’s Secret* es mi inspiración, cuando veo un desfile de esa marca salgo disparada para el gimnasio y me ejercito mucho”. Rafa le contesta: “¿cuándo ves en las noticias un bombardeo, sales corriendo a disparar?” Este dialogo producido “al aire”, muestra un poco la discusión del tema en la radio, los diferentes puntos de vista, pero también el peso de la palabra de un hombre como Julio Sánchez Cristo que tiene una responsabilidad social, sus periodistas, muy jóvenes, lo admiran (Rafa no es tan joven, es español, de un país que interpela a diario sus experiencias al respecto). En mi opinión, la riqueza en esta mesa de trabajo, a primeras horas de la mañana, es esa discusión, de hombres y mujeres, que no sueltan noticias solamente, sino que informan, y la ganancia que media aquí es que más allá de la posición de Sánchez Cristo, es que permite la discusión de sus periodistas, lo que forma a sus escuchas en estos debates cotidianos.

En las siguientes líneas, Virginia sigue enumerando el poder que tiene el patriarcado sobre el dinero, sobre las decisiones y reitera la explicación sobre la cólera:

Y, sin embargo, estaba furioso. Me había indicado que estaba furioso el signo siguiente: al leer lo que escribía sobre las mujeres, yo no había pensado en lo que decía, sino en él personalmente. Cuando un razonador razona desapasionadamente, piensa sólo en su razonamiento y el lector no puede por menos de pensar también en el razonamiento. Si el profesor hubiera escrito sobre las mujeres de modo desapasionado, si se hubiera valido de pruebas irrefutables para establecer su razonamiento y no hubiera dado la menor señal de desear que el resultado fuera éste de preferencia a aquél, tampoco el lector se hubiera sentido furioso. (2001, p. 48)

Nos cuenta Virginia que encuentra en la lectura de los investigadores un alto grado de malestar atravesando las opiniones de estos hombres, de algunos estudiosos de las mujeres, de los que opinan sobre ellas; la furia, dificulta el entendimiento de lo que allí se quiere expresar y continúa la pregunta por lo que subyace a este alto grado de molestia. De paso puede pensarse la reflexión de Virginia acerca de sosegarse frente a lo que apasiona, a lo que incomoda, a lo que conmueve el ser. Seguramente es un asunto difícil para todo investigador, que no se logra del todo, pero que invita a una lectura más tranquila del fenómeno. Paradójicamente Briones, (2006) investigador social y educativo, nos recuerda que no es un problema esa posición del estudioso, esa complejidad íntima que anima en la pregunta del observador, porque sus prejuicios no son solo íntimos y concernientes a él, sino que están imantados de ese contexto social al que pertenece el pensador, lo que puede querer decir que un prejuicio en un investigador hace parte del estado de la cuestión que lleva a cabo en el trabajo que esté adelantando (p.p.73-74). Lo que encuentra Virginia en tanto prejuicio de los expertos, le esclarece los caudales subterráneos que contextualizan aquellos libros y aquellos conocimientos de esos señores de la biblioteca londinense. Ateniéndonos

a ello, esa emocionalidad y apasionamiento de los académicos en relación con el estudio de las mujeres, que encuentra Virginia, traduce mucho de la concepción que se tenía de ellas en aquella época.

No obstante, lo que describe Virginia además del apasionamiento de las disertaciones, es la falta de supuestos teóricos que sostengan la proclamación de la inferioridad de las mujeres que relatan estos autores. Nos dice que los datos encontrados son muy pintorescos, muy atractivos, muy curiosos, serios y proféticos, adosados a la moralidad, pero que allí no se escucha nada de científicidad (Woolf, 2001, p. 47). Aquella biblioteca parece más bien colmada de la furia con la que se describe a las mujeres, a través de tomos, libros, enciclopedias, que va a transmitirse finalmente en el discurso social. Pero, de nuevo, para qué sirve esa furia, la respuesta es un hallazgo de Virginia: la inferioridad de las mujeres asegura el poder de los hombres, pero no siendo suficiente que ya ocupen ese lugar, se ha requerido el asegurarse de que se preserven allí, lo cual convoca al arremetimiento, a la escritura y al acto investido del cuantioso afecto de la furia:

Posiblemente, cuando el profesor insistía con demasiado énfasis sobre la inferioridad de las mujeres, no era la inferioridad de éstas lo que le preocupaba, sino su propia superioridad. Era esto lo que protegía un tanto acaloradamente y con demasiada insistencia, porque para él era una joya del precio más incalculable. (Woolf, 2001, p. 49)

Designarlas inferiores le permitía al hombre ocupar una posición superior, insiste Virginia por largo rato. Su lugar en la pirámide estaba determinado de acuerdo con qué tanto argumentaba la inferioridad de la mujer. Por lo que, siguiendo estas últimas aseveraciones de Virginia Woolf, se puede relacionar la cólera rastreada en los autores con la intranquilidad, miedo o aprehensión que podría suponer que la mujer no consienta a ese lugar inferior, a que no obedezca, a que ose efectuar un movimiento donde se rectifique la desigualdad en derechos:



Y también así se entiende mejor porque a los hombres les intranquilizan tanto las críticas de las mujeres; por qué las mujeres no les pueden decir este libro es malo, este cuadro es flojo o lo que sea sin causar mucho más dolor y provocar mucha más cólera de los que causaría y provocaría un hombre que hiciera la misma crítica. Porque si ellas se ponen a decir la verdad la imagen del espejo se encoge. (Woolf, 2001, p. 51)

Se esclarece por qué las religiones, las teorías filosóficas, el derecho y las ciencias –creadas por hombres- han teorizado sin fundamentos racionales, como decía más atrás Virginia, estos edificios explicativos donde la mujer es menospreciada debido a una caracterización que la ubica en un lugar de bajeza (Vacca y Coppolecchia, 2012, p. 63). Un lugar donde no le queda más que servir. Pero donde, además, le refuerza al hombre su lugar de superioridad. Es otra respuesta para la pregunta de Beauvoir, acerca de dónde le viene a la mujer esa sumisión (De Beauvoir, 2011, p. 20), de una eterna escritura que la fijaba a su lugar sin argumentos sujetos al conocimiento. Y por ello también los hombres han escrito tanto sobre las mujeres, explicaciones sobre su naturaleza, envueltas en el halo romántico que pretende entenderlas porque son oscuras y misteriosas (De Beauvoir, 2011, p 19), procurándose más bien unos cercos explicativos que fundaron las elucidaciones sobre las mujeres, y que todavía hoy en día persisten. En concordancia con esto, ese peso simbólico<sup>8</sup> de las palabras de los hombres con las que fueron forjadas les señala todavía hoy los caminos y las maneras de proceder a las mujeres y el lugar que ocupan en la sociedad.

---

<sup>8</sup> Conjunto de símbolos dotados de significación, que, no obstante, pueden presentar cambios, pero en los cuales se soportan unas representaciones. El orden que tejen ciertos símbolos contribuye al afianzamiento de la regulación en las relaciones humanas. Las palabras bajo esta designación cobran especial relevancia (Laplace y Pontalis, 2004, p. 405)

De esta manera, el poder, en manos de los hombres que lo detentan, el aferramiento a cuidar este privilegio que han tenido por siglos, es lo que parece situarlos en una posición persecutoria: “...no era la inferioridad de éstas lo que le preocupaba, sino su propia superioridad”. Ello también ha hecho que las luchas y las protestas de las mujeres se hayan venido a pique cada vez que se levanta la voz (Pérez, 2011, p. 56). Las han acallado hasta el silencio último. Si se descorre el velo y se muestra la igualdad frente al desarrollo de capacidades y de derechos, los hombres perderían los privilegios frente a la sociedad y frente a ellas. La superioridad de la que han gozado y que forzosamente han mantenido a flote a través de la academia, de la política, del arte, de la escritura, se desvirtuaría, quizá quedaría al mismo nivel para todas las personas.

La igualdad entre los seres humanos en cuanto a sus derechos, el reconocimiento de las diferencias que le atañe a cada uno, en su cuerpo y subjetividad, no como un menos para nadie, sino como la distinción de unas características que contribuyen al desarrollo cultural, acarrearía algunas pérdidas para el discurso social que ha mantenido incólume la desigualdad de derechos, las cuales son algunas de las razones por las que todavía no se logra esa unificación en cuanto a derechos y respeto por las diferencias. En la escritura de Woolf es posible dilucidar esas consecuencias: habría, por ejemplo, una pérdida de seguridad en cuanto al lugar que se supone debe ocupar cada persona según su *sexo* [énfasis añadido], una confianza que se ha basado en la inferioridad o superioridad del otro:

Para ambos sexos —y los miré pasar por la acera dándose codazos— la vida es ardua, difícil, una lucha perpetua. Requiere un coraje y una fuerza de gigante. Más que nada, viviendo como vivimos de la ilusión, quizá lo más importante para nosotros sea la confianza en nosotros mismos. Sin esta confianza somos como bebés en la cuna. Y ¿cómo engendrar lo más de prisa posible esta cualidad imponderable y no obstante tan valiosa? Pensando que los demás son inferiores a nosotros. Creyendo que tenemos sobre la demás gente una

superioridad innata, ya sea la riqueza, el rango, una nariz recta o un retrato de un abuelo pintado por Romney, porque no tienen fin los patéticos recursos de la imaginación humana. De ahí la enorme importancia que tiene para un patriarca, que debe conquistar, que debe gobernar, el creer que un gran número de personas, la mitad de la especie humana, son por naturaleza inferiores a él [sic]. Debe de ser, en realidad, una de las fuentes más importantes de su poder. (Woolf, 2001, p.p. 49-50)

Parece una característica de la humanidad requerir el escalón más alto, por encima del otro, para forjarse cierta imagen de valía, de confianza, que le permita un caminar seguro. Pero vuelve Virginia a mostrarlo en términos del patriarca, por ser este el que siempre ha tenido el lugar del más, posicionarse en la escala de arriba le acarrea una consecuencia al otro, el lugar del patriarca se ha edificado a consecuencia de las mujeres y de la población en minoría. El patriarca para asumir ese lugar, debe asegurarse que hay gente inferior a él, y entre esa gente han estado las mujeres. También las minorías, las clases sociales menos privilegiadas. Pero las mujeres, invariablemente, sin cambios ni sobresaltos en el tiempo, como lo recuerda De Beauvoir (2011, p. 21), siempre han ocupado el escalón más bajo. De acuerdo con Woolf y De Beauvoir habría también una pérdida de la *mujer espejo* [énfasis añadido], en tanto su inferioridad, aumenta la superioridad del hombre, sería drástico el movimiento llevado a cabo:

Durante todos estos siglos, las mujeres han sido espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar una silueta del hombre de tamaño doble del natural. Sin este poder, la tierra sin duda seguiría siendo pantano y selva. Las glorias de todas nuestras guerras serían desconocidas. Todavía estaríamos grabando la silueta de ciervos en los restos de huesos de cordero y trocando pedernales por pieles de cordero o cualquier adorno sencillo que sedujera nuestro gusto poco sofisticado. Los Superhombres y Dedos del Destino nunca habrían existido. El Zar y el Káiser nunca hubieran llevado coronas o las hubieran perdido.

Sea cual fuere su uso en las sociedades civilizadas, los espejos son imprescindibles para toda acción violenta o heroica. Por eso, tanto Napoleón como Mussolini insisten tan marcadamente en la inferioridad de las mujeres, ya que, si ellas no fueran inferiores, ellos cesarían de agrandarse. Así queda en parte explicado que a menudo las mujeres sean imprescindibles a los hombres .... ¿Cómo va a emitir juicios, civilizar indígenas, hacer leyes, escribir libros, vestirse de etiqueta y hacer discursos en los banquetes si a la hora del desayuno y de la cena no puede verse a sí mismo por lo menos de tamaño doble de lo que es? Así meditaba yo, desmigajando mi pan y revolviendo el café, y mirando de vez en cuando a la gente que pasaba por la calle. La imagen del espejo tiene una importancia suprema, porque carga la vitalidad, estimula el sistema nervioso. Suprimidla y puede que el hombre muera, como el adicto a las drogas privado de cocaína. (Woolf, 2001, p.p. 50-51)

Hay un uso de la *mujer-espejo* [énfasis añadido], en las sociedades a lo largo de la historia de la humanidad, claramente establecido. Se requiere de un sostén que refleje la grandeza de los hombres, que haga de apuntalamiento del salto del otro, a la manera de un punto de apoyo o taco de salida como los que requiere un atleta para iniciar la carrera. Si no se apoyara en ese taco su velocidad disminuiría. Un día se decidió quien era el taco, fue elegida para ello la mujer. Beauvoir ayuda a entenderlo, cuando señala que, al parecer, por una obviedad biológica, se situó a la mujer en el centro del otro, donde ella es lo Otro, que para esta autora es lo inesencial, lo que está detrás, lo que es menos. Ella llama a ese momento donde se decidió quién ocuparía cada lugar un *Mitsein*, como un momento estructural donde a cada sexo se le situó a partir de esas designaciones de lugar (De Beauvoir, 2011, p. 18-22). Por su parte Virginia muestra cómo se continúa recalando la inferioridad de un lado para que ese banquillo continúe permitiendo el apoyo. Napoleón y Mussolini, figuras de las que Virginia se sirve, debieron requerirlo aún más, por todo el empuje

que precisaban tras sí en sus empeños propuestos, y por lo que debió significarles aquellas bromas gastadas acerca de su baja estatura, para poner un ejemplo.

El hombre, la cultura, la suma de la ilación que connota el discurso desfallece si este lugar de espejo que ocupa la mujer se suprime. No se trata solo del desfallecimiento del hombre, es el desfallecimiento de una cultura, el venirse abajo de unos estándares propuestos. De alguna manera a ello asistimos en la actualidad, pero más que un venirse abajo, se trata de una reestructuración del discurso, que cambia los lugares y transforma el desfallecimiento en una resignificación, un modo de vivir dónde todos se apuntalan en todos.

De esta manera pueden contemplarse desde este tiempo presente, las razones por las cuales los hombres, detentores del poder, con acceso a los medios por los que se escribía y se publicaba, se ocupaban en escribir sobre las mujeres en aras de narrarlas, describirlas, según los alcances de sus conocimientos y los apremios de sus prejuicios, cualificándolas según estos mismos factores. Parecían cumplirse allí, en la urgencia de esa escritura, en esa abundancia, dos aspectos: uno, declarar la inferioridad de la mujer que permitía caracterizar y disponer un lugar para ella, mediante descripciones y sentencias que se apoyaban en el conocimiento que la época tenía sobre ella y en las intenciones de conminarla, como ya se ha escrito, a un lugar, fijarla allí, sustentándolo en el tiempo. Dos, esa escritura masculina dejaba grabado en caracteres imperecederos unos deber ser que la anclaban a dicho lugar, forjándola de esta manera de un modo imperturbable, en el tiempo.

### ***La Educación de las Mujeres***

Para continuar hilando con Woolf el lugar que se ha señalado a las mujeres en la cultura y viniendo de comprender cómo la escritura de los hombres ha contribuido al establecimiento de esos lugares, buscaré en este subcapítulo rastrear qué nos dice Virginia acerca de la educación de

las mujeres, aspecto que sin duda signa los lugares que ellas pueden ocupar, forjando o impidiendo sus posibilidades.

Poullain de la Barre reconoció desde el siglo XVII que si ellas recibían la misma educación del hombre no había por qué discriminar en aptitudes y capacidades, que lo que hacía falta era equilibrar las oportunidades de formación, citado en Pérez (2011, p. 35). A lo largo de los siglos XVII y XVIII, las mujeres con ideas feministas y los hombres que las apoyaron, trataron de forjar la educación como un derecho para las mujeres, pero los esfuerzos claudicaron una y otra vez (Pérez, 2011, p.p. 53-54).

La educación de las mujeres estuvo fraguada desde dos momentos, el momento de la formación desde lo doméstico, donde se buscó que se dispusieran con excelentes cualidades como madres y esposas, buenas cocineras, comprensivas con el esposo, con conocimientos sobre los niños para poder criarlos; y el momento donde finalmente obtuvieron formación en un hacer profesional que las catapultó al mundo laboral y productivo, pero también al ejercicio intelectual y artístico.

El momento de la educación de las mujeres desde lo doméstico ha tenido como objetivo a partir del siglo XVIII instituir las como servidoras de los otros, ponerlas al servicio de la familia, de quien requiriera cuidado y dedicación. Desde muy niñas debían ser educadas de esta manera, aseguraba Rousseau, en 1762, quien hacía hincapié en que ellas debían cuidar, mimar y servir al hombre citado en Pérez, (2011, p. 55). No estaba permitido educarlas para otros fines. La educación no era pensada como un derecho que les concernía, puesto que, si eran ilustradas, echaban a perder tales subalternas. Es así como los teóricos recurrieron a explicaciones para continuar engrosando las razones por las cuales no debían ser educadas para otra cosa, tan solo servir a los otros, a los hombres, a los niños, a los ancianos, a los enfermos (Pérez, 2011, p. 54).

El momento de la formación profesional e intelectual de las mujeres tuvo un largo proceso que comenzó a finales del siglo XIX, donde se dio inicio a un perfilamiento de formación muy adosado al maternaje, el acceso a las carreras profesionales iba en la dirección del servicio al semejante. Hasta finales del siglo XIX no se crearon los primeros centros de formación universitaria para mujeres, de tal modo que hasta el siglo XX ellas no ocuparon profesiones liberales, esto es, aquellas que requerían el ejercicio del intelecto y el reconocimiento del estado a través de un título académico (Pérez, 2011, p. 65).

Para darle la palabra de nuevo a Virginia Woolf, proseguimos su camino, pues se ha marchado al colegio femenino después de almorzar prolijamente en uno de los colegios masculinos de Cambridge, donde el anfitrión ha desplegado su poder, ha ostentado su desmedido tener. Ya en Fernham, así se llama el colegio femenino, después de haber paladeado una cena que distaba mucho del despliegue de la abundancia del almuerzo, reflexiona con su amiga Mary Seton acerca de las imposibilidades vividas en aquellas edificaciones, en ese colegio para mujeres que tanto costó levantar:

Pero debajo del colegio en que nos encontramos ahora, ¿qué hay debajo de sus valientes ladrillos rojos y de la hierba sin cuidar de sus jardines? ¿Qué fuerza se esconde tras la vajilla sencilla en que hemos cenado y (esto se me escapó antes de que pudiera impedirlo) tras la carne de vaca, el flan y las ciruelas pasas? (Woolf, 2001, p. 31)

La educación de la mujer precisa una fuerza que aparece del menoscabo, de una pujanza soterrada, de unos ladrillos que se erigen en jardines sin cuidar, sin que el apoyo de la comunidad y de los gobernantes ayuden y amengüen el esfuerzo. Salen de la maleza misma esos bríos inventados por las propias mujeres, sin tradición ni pujanza. ¿Cómo aparecen entonces esos muros erigidos sin contemplaciones ostentosas? Aparecen a partir de la terquedad de aquellas que

decidieron educarse y educar a sus congéneres. Esas primeras tentativas de reunir dinero estuvieron marcadas por el ruego y el sufrimiento:

Habían escrito sobres. Habían redactado circulares. Habían celebrado reuniones; habían leído cartas; fulano prometía tanto; en cambio el señor Tal no quería dar ni un penique. La Saturday Review había sido muy descortés. ¿Cómo recaudar fondos para unas oficinas? ¿Organizaríamos una tómbola? .... ¿Podría alguien persuadir al director de... de que publique una carta? ¿Quizá Lady... accedería a firmarla?”. (Woolf, 2001, p. 31)

La historia es diferente a la de los colegios masculinos donde esos muros habían recibido primero oro, luego monedas reales, después dinero de los acaudalados. Toda una historia del tener en cuanto a la educación, en cambio una travesía sinuosa para lo que era la génesis de la educación de las mujeres.

Y fue sólo tras una larga lucha y las peores dificultades que lograron reunir treinta mil libras. Salta pues a la vista, dijo Mary, que no tenemos para vino ni perdices, ni criados que nos lleven las bandejas encima de la cabeza. No podemos tener sofás ni habitaciones individuales. «Las amenidades, dijo citando un pasaje de algún libro, tendrán que esperar”. (Woolf, 2001, p.p. 31-32)

Se irguieron los muros en medio de las carencias y esa medida se conservaba aún en aquellos recintos. Virginia se encuentra las consecuencias de una historia erigida en medio de la insuficiencia. Las comodidades aún irían a tardar. La emprende Virginia contra las mujeres del pasado, puesto que, con todo el trabajo que habían hecho y la dificultad que tuvieron para reunir treinta mil libras para constituir un colegio para mujeres, ¿qué era lo que estaban haciendo? Y se mofa de ellas: “¿Empolvase la nariz? ¿Mirar los escaparates? ¿Lucirse al sol en Montecarlo?” (Woolf, 2001, p. 32). Porque si hubieran hecho negocios, el confort de Fernham, ese colegio en el



que habían cenado tan mal, sería otro, y la charla muy distinta a la que las dos amigas habían tranzado.

Pero eso conllevaría a que las familias desaparecieran, se contesta Virginia, a que esas chicas que conversaban esa noche no existieran. “Porque financiar un colegio requería la supresión total de las familias. Hacer una fortuna y tener trece hijos, ningún ser humano hubiera podido aguantarlo” (Woolf, 2001, p. 34). Virginia se refiere a que según la manera cómo se distribuyen las funciones en la vida doméstica, y, en tanto esto estaba en responsabilidad de la mujer – y para muchas mujeres continúa dándose así en la actualidad- ellas no hubieran podido asumir tremenda responsabilidad, criar a diez niños e ir a la bolsa a negociar para fundar colegios de mujeres. Era imposible. En tanto la crianza y la humanización<sup>9</sup> de la niñez estaban a cargo de las mujeres, ¿qué hubiera sido de la humanidad? Pero, además, prorrumpe Virginia, ellas no tenían acceso al dinero, aunque lo hubieran ganado, la ley no les permitía administrarlo (2001, p. 34). De ninguna manera hubieran podido aportar un solo ladrillo al colegio de mujeres, ellas no podían hacer tradición, esas madres no fundaron la educación de las mujeres porque estaban dando a luz y levantando personas para la misma humanidad. Y hay una reflexión importante aquí sobre esas consecuencias de *no tener educación* que Virginia esboza: “Medité sobre por qué motivo Mrs. Seton no había tenido dinero para dejarnos; y sobre el efecto de la pobreza en la mente” (2001, p. 36). Esa tradición que tiene largo trecho y data de esos tiempos lejanos, de largos siglos: lo que ser pobre, lo que no tener ha ocasionado en la posibilidad de la educación de las mujeres, en sus mentes, en ese menoscabo que todavía habrá de anidar en contextos académicos y en las mujeres mismas en el siglo XXI y

---

<sup>9</sup> El cuidado de la niña y el niño que implica su introducción al contexto social, mientras su cuerpo indefenso es cuidado, se les introduce al discurso social en aras de hacerlos parte de ese contexto al cual pertenecen. En esa introducción a lo existente en tanto discurso del Otro, es que se les humaniza, se les sujeta.

que lleva a retrasar la asunción de derechos y el posicionamiento de espacios que la ley ya ha otorgado.

Es necesario resaltar la importancia que Virginia da a la tradición en cuanto a la mente del escritor y de quien se educa, porque esto permite entender la dificultad que las mujeres todavía tienen de asir las posibilidades de acceder a la educación y a sus derechos, debido a esa falta de costumbre, a esa falta de tradición, “y tras pensar en la seguridad y la prosperidad de que disfrutaba un sexo y la pobreza y la inseguridad que achacaban al otro y en el efecto en la mente del escritor de la tradición y la falta de tradición” (2001, p. 36). Esto es, aquello no otorgado a lo largo de los siglos tiene efectos en la mente, de tal manera que no se debe solo a una “posición personal”, advenida únicamente de una responsabilidad subjetiva, el hecho de señalarse en falta. Se trata de haber sido nombradas en esas carencias desde un cúmulo de siglos atrás, sin cesar, sin tregua, sin importar qué conocimientos y avances científicos iluminó cada época, la luz no penetró el ángulo donde estaban situadas las mujeres (Pérez, 2011, p. 53-54). Esa perpetuidad del carecer asignado dificulta en gran manera asumir los derechos y alcances que la ley insinúa en legislaciones que no se socializan adecuadamente, que no circulan todavía en los altavoces de la cultura, se diría que todavía la voz que corre es la de la sumisión.

Como ya he escrito más atrás, después del día en Cambridge, de la visita al colegio masculino y femenino, Virginia Woolf fue a la biblioteca británica en Londres. Fue a tratar de responder las preguntas que le suscitaron los eventos acaecidos en esa visita. La hemos visto atónita frente al catálogo, frente a lo que encuentra, indignada por lo que lee sobre ella, la mujer escritora, que se supone es una excepción, la mujer que señalarían para decir cómo a pesar de los obstáculos algunas saltan muy alto, aunque se rasguen, se lesionen, pero hacen ese desmedido esfuerzo. No obstante, a pesar de haber efectuado semejantes proezas, ella sabe lo que no pudo tener, una educación universitaria, que solo sus hermanos hombres recibieron:

Ahí empezaron mis dificultades. El estudiante que ha aprendido en Oxbridge a investigar sabe, no cabe duda, cómo conducir como buen pastor su pregunta, haciéndole evitar todas las distracciones, hasta que se mete en su respuesta como un cordero en su redil .... Pero si, por desgracia, no se tiene una formación universitaria, la pregunta, lejos de ser conducida a su redil, brinca de un lado a otro, desordenadamente, como un rebaño asustado perseguido por toda una jauría. (Woolf, 2001, p. 41)

Su talento y agallas la señalaban en ese 1928 como una escritora célebre, sus obras aseguraban el éxito y la marca de una edificación literaria que atravesaba fronteras. Ella fue una columna fuertísima para la tradición de las escritoras, no obstante, no recibió lo mismo que sus compañeros de investigación ostentaban aquella mañana en la biblioteca del British Museum, se encuentra esta escritora consagrada con que no tenía las herramientas que la educación universitaria brinda para señalar y distinguir los hallazgos del conocimiento. El hombrecito que está al lado maneja a su antojo las búsquedas y conduce su pregunta, mientras ella se parapeta en dudas. Así que no basta con ser la excepción que no se sitúa en posición de carecer, porque la carencia tiene consecuencias incluso en quien puede ver lo que le ha faltado.

Lo que encuentra Woolf sobre la educación de las mujeres en la biblioteca es que se ha puesto en duda, como ya lo ha señalado antes, la posibilidad de que las mujeres tengan la capacidad de adquirir conocimiento, recibir instrucción, moldear y crear originalmente a partir de la información recibida. Pero los pensadores oscilaban, sin que las dudas pudieran siquiera ser contestadas o desmentidas por esas mujeres de antaño, como puede leerse en este recordatorio que trae Virginia de sus hallazgos (2001) en esta cita, que aunque traigo de nuevo aquí, muestra de manera precisa las consideraciones sobre la educación de las mujeres que Woolf pudo aseverar en esta obra:

¿Se las puede educar o no? Napoleón pensaba que no. El doctor Johnson<sup>10</sup> pensaba lo contrario. ¿Tienen alma o no la tienen? Algunos salvajes dicen que no tienen (p. 43).

Los hombres sopesaban entre sus manos, en el calibre de sus evaluaciones, si era plausible que una mujer pudiera o no pensar, o desarrollar alguna actividad intelectual. Que tuvieran esa supremacía, dejaba a las mujeres en lugares donde eran evaluadas y sometidas a depreciaciones constantes. Esas valoraciones no estaban ancladas solo en cuanto a su intelecto, allí estaba en juego si eran “personas”, “si tenían alma o no”, si podía dárseles educación o no. Pérez (2011) recuerda aquella discusión planteada desde el siglo XIV y prolongada hasta el siglo XVIII, donde los escritores varones, se preguntaban por la valía de la mujer (p. 30). La pregunta por los motivos de esa calificación del intelecto de las mujeres vuelve a restallar, pero este pie de página de Virginia acerca de Johnson es esclarecedor: “Los hombres saben que no pueden competir con las mujeres y por tanto escogen a las más débiles o las más ignorantes. Si no pensarán así no temerían que las mujeres llegasen a saber tanto como ellos”. Bagwell, citado en Woolf, (2001, p. 43). Se trata entonces de que no se pueden educar porque estarían en el mismo nivel de competencia, se alinearían en una escala de igualdad de derechos execrable para lo conocido e instituido.

Entonces Virginia avizora la posibilidad de la educación de las mujeres a través de su imaginación de escritora, nos brinda el ejemplo de Shakespeare y de su hermana, para contrastar la gran diferencia existente entre cómo podía recibir un hombre educación y cómo no podía acceder a esa educación una mujer entre los siglos XVI y XVII. Shakespeare pudo ir a la escuela secundaria, pudo aprender latín, pudo leer algunos clásicos y aventurarse en un viaje a Londres, donde exhibió esos conocimientos adquiridos hasta lograr el éxito.

---

<sup>10</sup> Importante figura literaria de Inglaterra. Poeta, ensayista, pensador. Tuvo gran influencia en la formación literaria de Virginia Woolf.

Judith, la hermana, una chica arremetida, inteligente, solo podía leer los libros que su hermano dejaba por ahí, no destinados a ella, privada de los clásicos, sin aventuras; de haberlas tenido, las circunstancias le hubieran sido desfavorables por ser una muchacha, no un muchacho, pues el recelo y el afán de cuidar la castidad de una mujer fue uno de los motivos que taponaron la posibilidad de que se educaran.

Este tema de interés profundo, el valor que le dan los hombres a la castidad femenina y su efecto sobre la educación de las mujeres, se ofrece aquí a la discusión y sin duda podría ser la base de un libro interesante si a alguna estudiante de Girton o Newnham le interesara la empresa. (Woolf, 2001, p. 89)

El miedo a abrir ese resquicio de la virginidad que se atribuía como una característica lógica a las mujeres, el temor a resquebrajarlo, aportaba otra de las razones por las cuales educar a las mujeres no era conveniente. Había que limitar todos los visillos posibles dónde la luz iluminase cualquier deseo, cualquier decisión de las mujeres en cuanto a su cuerpo. Las orientaciones e información que recibía una mujer se inclinaban a preservar esa castidad. De tal manera que, si intentaban abrir horizontes, iniciar una aventura, el miedo a que su castidad, su virginidad se saliera de las manos del cuidado del padre, del marido, de un tutor, sellaba las puertas al exterior.

La educación que recibió Shakespeare y no solo la educación intelectual, sino también moral, hace que este hombre haya pasado a la historia, con sus obras, lo cual no sucede con su hermana, perdida posiblemente en anónimos o bajo la autoría de quienes hicieron uso de sus escritos (Woolf, 2001, p. 68-69). ¿Qué decía una autoridad en Cambridge, Mr. Oscar Browning, encargado de evaluar las estudiantes en el colegio de Girton y Newnham?

Oscar Browning dijo, según parece, que «la impresión que le quedaba en la mente tras corregir cualquier clase de exámenes era que, dejando de lado las notas que pudiera poner,

la mujer más dotada era intelectualmente inferior al hombre menos dotado. (Browning, cómo se citó en Woolf, 2001, p. 74-75)

El contexto universitario, en aquel siglo XIX, al que algunas mujeres consiguieron acceder, ya era tosco y desigual en sus valoraciones. Las oportunidades de ser evaluadas en esos espacios educativos las dejaba vulneradas a todas luces. Virginia va concluyendo que enfrentarse a esas críticas, a esas valoraciones desiguales, enfermaban a una persona y terminaban matándola (2001, p. 78). Esto quiere decir que la educación de las mujeres es un acontecimiento reciente, no librado de los prejuicios que devienen de siglos anteriores, lo que dificulta todavía que las mujeres asuman los derechos contenidos en la ley de los contextos a los que pertenecen. ¿Qué se enseña sobre ello en las instituciones educativas de Colombia? ¿Cómo se socializan los derechos de las mujeres en el mundo, además de plasmarlo en leyes a las que difícilmente se accede? Son preguntas que permitirían develar esa lentitud y dificultad de la introyección de lo que la ley hoy en día otorga, aunque en cierto silencio (Lechuga et al., 2018, p. 123).

De acuerdo con todo lo escrito hasta aquí, puede rastrearse con Woolf por qué la grava ha sido el lugar que ha correspondido a las mujeres, por qué los límites impuestos a ellas, la aseveración de su inferioridad y la prolongación de dicha transmisión. Todo ello ha permitido labrarles y asegurarles a las mujeres un lugar que se caracteriza por ser inferior al del hombre. Virginia lo traza en su recorrido y recoge los hallazgos que su aventura le ha permitido discernir. Puede decirse que en la actualidad la grava no es el lugar que corresponde a las mujeres, que ellas pueden transitar por los anchos senderos, en tanto las prohibiciones han cesado. Pero, de acuerdo con los eventos, noticias y estudios citados, todavía la grava es el sendero que se indica a muchas mujeres para su tránsito, y todavía para algunas, la voz de muchos años de recorrido de ese Otro, en el sentido psicoanalítico, que ordena la grava, retumba en sus decisiones, haciendo que muchas aún surquen esos terrenos inhóspitos donde sus derechos vuelven a declinar. Mudar de lugar

permite el accionar del cuerpo y el ensanchamiento del intelecto, cambiar de lugar, es una metáfora para esa propuesta que Virginia hará más tarde, a cierta altura del texto en las que está trenzando su pregunta que fue desatada en el momento mismo que padeció una limitación. La propuesta de Virginia va a desprenderse desde su tiempo y la presentará de una manera tan lógica que es difícil no continuar interrogando por qué continúa siendo tan inverosímil llevarlo a cabo si ya esta mujer, pensadora y escritora del siglo veinte, pero que tuvo que padecer el siglo diecinueve, la enhebró con la soltura de su análisis.

## **Capítulo 2: Es curioso lo que lo Cambia a Una una Cola: Tener o No Tener**

Una carta de un notario cayó en mi buzón y al abrirla me encontré con que mi tía me había dejado quinientas libras al año hasta el resto de mis días. De las dos cosas —el voto y el dinero—, el dinero, lo confieso, me pareció de mucho la más importante (Woolf, 2001, p.p. 52-53)

En este capítulo trabajaré un aspecto que he encontrado como centro y de gran importancia en las expresiones de Virginia Woolf en *Una habitación propia*: el tener y no tener, dos elementos que posicionan y definen a las mujeres tanto para sí mismas como para el otro sexo. Para Virginia tener o no tener quiere decir, tener o no tener bienes materiales que le posibiliten el hacer, tales como el dinero o una habitación propia que propicie la privacidad y la libertad para crear. Tener o no tener quiere decir también, el acceso o no al desarrollo del intelecto que permite ser parte activa de una sociedad, en tanto se reflexiona y se propone en beneficio del desarrollo cultural. Tener y no tener alude además al derecho o no de elegir y desarrollar esas elecciones.

Con ayuda de Virginia indagaré aquí por los orígenes de ese no tener, sus manifestaciones, sus consecuencias y la génesis del tener, cómo fue posible que a partir de las precursoras y precursores se diera el inicio de las posibilidades. De esta manera se presentan a continuación dos

subcapítulos: uno, el no tener y, en segundo lugar, seguiremos el advenimiento de lo que Virginia señala con su dedo y luego termina de marcar con su impronta escritural: el tener.

El tener y no tener es una revelación que se impone desde el comienzo del ensayo *Una habitación propia* y si bien se trabaja a profundidad en este capítulo, atraviesa todas las elaboraciones de esta tesis, mostrando su relevancia en los diferentes contenidos que se trabajan en ella. Virginia encabeza el ensayo con la premisa de que tener es clave, esencial, determinante: “Cuanto podía ofreceros era una opinión sobre un punto sin demasiada importancia: que una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir novelas” (2001, p. 10); y, a lo largo de su trabajo, continúa deslizándose en ella, mostrándola en sus diversos momentos, verificándola como la hipótesis que la ayuda a responder unas preguntas que se hace desde el inicio cuando le han encomendado escribir sobre las mujeres y la novela. Preguntas como “¿por qué son pobres las mujeres?” (2001, p 41), la llevan a disertaciones donde, lo que ella llama la naturaleza de la mujer, se discute y se argumenta mediante su estilo literario.

Lo que sigue a lo largo de todo el ensayo de Woolf es responder a las consecuencias de ello, del no tener, especialmente en la escritura, y al mismo tiempo, y aunque dijo que no daría sobre ello respuestas totales -como toda buena investigadora-, dice sobre aspectos esenciales de las mujeres que tienen que ver con sus características y el lugar que han ocupado en el mundo, todo esto desprendido de tener y no tener. Sí, Virginia procede a la manera de la hermenéutica: consciente de que su pregunta y su disposición a buscar respuestas es una perspectiva, tiene la claridad de que sus hallazgos no serán una verdad, solo un punto de vista, como todo forjamiento llevado a cabo en el hacer investigativo (Vélez y Cuartas, 2012).



## *El No Tener*

En este apartado trabajaré la pesquisa que hace Virginia Woolf acerca del no tener de las mujeres en cuanto a dinero, bienes materiales y autonomía frente a sus decisiones y actos, la historia de tal carecimiento en la humanidad y las consecuencias que ello ha traído consigo en la vida de las mujeres.

Virginia muestra los antecedentes de su pregunta por el no tener de las mujeres (2001, p. 31, p.32, p. 37, p. 41), señalando aquellos accidentes que la ayudaron finalmente a trazar su incógnita: como sabemos, sus reflexiones comienzan un día en el cual yace en Cambridge a punto de almorzar, en el colegio de hombres. Hace unos días le han pedido que escriba sobre las mujeres y la novela, y ella aprovecha aquel ambiente académico y místico para pensar sobre el contenido de su charla. Cambridge se divide por colegios, unos son de mujeres y otros de hombres. Es la hora del almuerzo. Viene de caminar por el campus, de dónde la ha hecho levantar el bedel, porque las mujeres no pueden pisar el césped. Está almorzando. El almuerzo es espléndido, succulento, prolijo. Sus preguntas, rondándole incluso el paladar, la circundan. La limitación impuesta por el bedel la persigue, la ronda, una bola de pelos que crece sin parar. Comienza por preguntarse cómo es que los escritores en las novelas no describen la comida, si dice tanto de los lugares, del tener o no tener. El colegio es masculino, no hay que perder este dato de vista.

Que dulce es tener, va diciendo, que buena es la abundancia, que facilita el pensar mientras el vino va y viene. Con un ambiente así, el vino, la conversación, la comida, ¿quién se percata de alguna falta? Pregunta Virginia en su narración (2001, p.19). Pero entonces, ve al gato: “La visión de aquel animal abrupto y truncado cruzando suavemente el patio con su andar acolchado cambió para mí, por una carambola de la inteligencia subconsciente, la luz emocional. Era como si alguien hubiera dejado caer una sombra” (2001, p. 20). El recorrido del pensamiento de Virginia, que me atrevo a trazar, podría ser este: esa tarde, en la que estaba pensando qué escribir acerca de las

mujeres y la novela, se ha encontrado con circunstancias adversas, que le han dificultado su trasegar, su hacer, su pensamiento, revelándose ese preciado pececillo, como nombra ella al pensamiento que esta por advenir. Luego se encuentra con lo absurdo de esa imagen del gato, truncado, en falta, diría yo, todo lo cual le surtió un cambio emocional, como lo dice ella, en ese maravilloso almuerzo del que disfrutaba. ¿Qué la lleva a pensar ese gato? Elucubraciones fascinantes, tales como: ¿qué hay aquí de diferente? Por ejemplo, respecto a los almuerzos del pasado, ¿Eran iguales o qué ha cambiado? ¿Las conversaciones? ¿Las canciones? ¿Las cosas que se decían los unos a las otras? ¿Lo que decían las otras a los unos?

Los poetas le ayudan a pensar la diferencia entre las épocas, a decantar los interrogantes surgidos. Qué decían, qué pensaban los hombres, las mujeres, de antes de la guerra, en aquellos almuerzos. Y cómo son en ese tiempo presente de Virginia, en 1928, siglo XX, en que ella los está mirando. Es llamativo el por qué antes de la guerra y parece marcar aquí un tiempo a partir del cual se produce un cambio importante. Al citar a los poetas, sus versos memorables, se echa a reír, pues he aquí lo que cantaba, por ejemplo, Christina Rosseti, citada por Virginia a pie de página. Hablaban de esa espera, de la ilusión llevada a cabo, de una posición firmemente sustentada en la quietud y la decisión del otro<sup>11</sup>. Extasiada, Rosseti da cuenta de que se maravilla en tanto presente un amor que vendrá a ella.

---

<sup>11</sup> Traducción de los versos de Tennyson y Christina Rossetti que Virginia está citando:

Tennyson: Ha caído una espléndida lágrima de la pasionaria que crece junto a la verja. Está en mi camino, mi paloma, mi amor; está en camino, mi vida, mi destino. La rosa roja llora: “cerca ésta, cerca está” y la rosa blanca solloza: “llega tarde”; la espuela de caballero escucha: “oigo, oigo”; y la azucena murmura: “espero”.

Rossetti:

Mi corazón es como un pájaro que canta, cuyo nido se halla sobre un brote rociado; mi corazón es como un manzano cuyos brazos están cargados de frutos apiñados; mi corazón es como una cáscara de arco iris que chapotea en una mar serena; mi corazón es más feliz que todos ellos porque mi amor ha venido a mí.

¿Era esto lo que las mujeres canturreaban en los almuerzos antes de la guerra? Resultaba tan absurdo imaginar a alguien canturreando estas cosas, aun por lo bajo, en los almuerzos de antes de la guerra que me eché a reír y tuve que explicar mi risa señalando el gato, que efectivamente tenía un aire un poco absurdo, pobre bicho, sin cola, en medio del césped. ¿Había nacido así o habría perdido su cola en un accidente? El gato sin cola, aunque dicen que hay algunos en la isla de Man, es un animal más raro de lo que suele creerse. Es un animal extraño, más pintoresco que hermoso. Es curioso lo que lo cambia a uno una cola. (Woolf, 2001, p. 22)

La explicación de su risa señalando la imagen que le sirve de coyuntura para atar sus ideas es propicia y no se debe al azar: un gato sin cola, en ese espacio verde del campus donde antes estuvo ella, en medio del césped. Ese gato al que al parecer le falta algo, la distinción de su cola, atreviéndose a merodear donde se destaca su falta, según el juzgamiento del otro. Virginia leyó a Freud y la editorial que tenía con su esposo publicó las obras del psicoanalista, lo que indica que no era ajena a la materia (Woolf, 2008, p. 150), pero me atenderé a lo que ella hace con esa imagen: la de un gato sin cola cuando se está riendo de lo que canturreaban las mujeres y los hombres en los almuerzos antes de la guerra, antes de 1914. Efectivamente lo que aparece como careciendo de algo es absurdo, “pobre bicho”, ¿habrá nacido así?; se pregunta, porque pudo haber acaecido en él una intervención, ella presume que una acción externa pudo haberse efectuado. Deja dicho que los gatos sin cola son animales pintorescos, raros, no comunes. Es curioso lo que lo cambia a uno una cola. Es curioso que el tener le ha haya sido arrebatado al gato, porque si tuviera cola, sería otra cuestión. Es una metáfora de Virginia, la falta de cola de este gato, que le permite señalar cómo una característica física entabla una asignación de tener o no tener.

Adviene para Woolf también la pregunta de por qué la poesía en su tiempo, en la actualidad de ese almuerzo en Cambridge, ya no se escribe como antes, por qué los poetas de ahora no

producen este tipo de poemas a los que se les cree, a los que, al leerlos, se les adhiere efectivamente el sentimiento. Ella argumenta que tiene que ver con esa diferencia de tiempo, cierto sentimiento que estaba antes de la guerra, que era muy preciso. Cierta completud, donde se sabía con exactitud quien decía y quien respondía. Estaban asegurados los lugares, se sabía qué decía un hombre, qué respondía una mujer (Woolf, 2001, p.24). “Pero los poetas modernos expresan un sentimiento en formación que está siendo arrancado de nosotros en este momento ... ¿por qué hemos dejado de canturrear por lo bajo en los almuerzos?” (Woolf, 2001, p.24). Y para ella, en esos poemas, el poeta hombre canta, la mujer poeta contesta. Eso ha cambiado, esos lugares y esos roles, yacen en transformación y, por ende, los poemas de Rossetti y de Tennyson ya no se ajustan a lo que se preguntan y se contestan las personas entre sí. La guerra disparó el arsenal de cambios que desestabilizarían esos lugares fijos y consabidos, forjados a partir de quien tenía o no tenía la cola.

Cuando la tarde cae, Virginia cambia de escenario, se dirige al colegio femenino, allí cenará con una amiga, Mary Seton. El escenario, la calidad de la cena, las comodidades tan exiguas las lleva a interrogar por esas diferencias entre el colegio femenino y el masculino:

Si por fortuna Mrs. Seton y su madre y la madre de ésta hubieran aprendido el gran arte de hacer dinero y hubieran dejado su dinero, como sus padres y sus abuelos antes que éstos, para fundar cátedras y auxiliares, y premios, y becas apropiadas para el uso de su propio sexo, quizás hubiéramos cenado muy aceptablemente allí arriba un ave y una botellita de vino; quizás hubiéramos esperado, sin una confianza exagerada, disfrutar una vida agradable y honorable transcurrida al amparo de una de las profesiones generosamente financiadas. Quizás en aquel momento hubiéramos estado explorando o escribiendo, vagando por los lugares venerables de la tierra, sentadas en contemplación en los peldaños del Partenón o yendo a una oficina a las diez y volviendo cómodamente a las cuatro y media para escribir un poco de poesía. (Woolf, 2001, p. 32-33)

Ese no tener espejado aquí como una herencia, un legado de falta que se perpetúa para el mismo sexo. Woolf le hace el señalamiento en un primer momento a sus congéneres ancestrales: si hubieran hecho esto, si hubieran hecho aquello. Volvamos la mirada hacia ellas, hacia estas mujeres del pasado, señalémosles con Woolf todo lo que hubiera posibilitado la educación de las mujeres, la posibilidad de que accedieran al dinero, la posibilidad de que hubieran enfrentado una elección. La producción de los hombres, no obstante, fue heredada a los hombres, con sus ocupaciones, sus productos y resultados. Si hubiera sido posible que, de una generación a otra, las mujeres hubieran podido dejar frutos materiales, entre otros, a sus hijas, la situación en ese colegio femenino sería distinta. Estas dos amigas narran la historia de las dificultades para que pudieran erigirse esos muros en los cuales estudiarían las mujeres, el reparo de la comunidad en invertir dinero en la educación de las mismas (Woolf, 2001, p. 21). Recibieron una herencia que, de tiempo en tiempo, impone la confirmación de que no se tiene. Siendo una de ellas directora de ese colegio de mujeres<sup>12</sup>, llevando adelante semejante empresa, y la otra una escritora con un nombre y una obra, y, aun así, reunidas en una “salita”, indignándose de esa pobreza reprensible:

Pensando en todas estas mujeres que habían trabajado año tras año y encontrado difícil reunir dos mil libras y no habían logrado recaudar, como gran máximo, más que treinta mil, prorrumpimos en ironías sobre la pobreza reprensible de nuestro sexo. (Woolf, 2001, p. 32)

Increparon en burlas sobre esa pobreza reprensible, aludiendo a un asunto que debe corregirse. Es desconcertante para estas mujeres, en ese comienzo del siglo veinte, ese

---

<sup>12</sup> Al tratar de realizar un rastreo de estas *marys* que presenta Virginia Woolf, tratando de pesquisar quienes son, si son totalmente fabuladas, los diarios de Virginia Woolf permiten entrever que toman caracteres o realidades de algunas de sus conocidas. Adoptan nombres o posturas de sus allegadas, pero las presunciones que se hacen en este texto, al respecto, son hipotéticas.

despojamiento en el que atisban a sus madres, a sus antecesoras y luego de señalarles esa parvedad van más allá e interrogan a qué se debe ello. De Beauvoir también se hace esa pregunta que vale la pena repetir: ¿de dónde le viene a la mujer esta sumisión? (De Beauvoir, 2011, p. 20). A lo largo de todos los tiempos, dice De Beauvoir, se necesitó un sistema de oposición, uno en el cual se tuviera claro que el negro se oponía al blanco, el mal al bien, que abajo era opuesto a arriba. La alteridad, en un principio no estaba restringida a los sexos, operaba en torno a materias donde la cuestión de los sexos no estaba implicada. Se trataba de unas maneras de edificar cultura en torno a la propia fortaleza en comparación con otro: “Ninguna colectividad se define jamás como Una sin colocar inmediatamente al frente a la Otra” (2011, p. 19). La alteridad siendo ejercida por el Uno, y la sujeción a dicha alteridad, encarnada en lo Otro. Para De Beauvoir se trata de dos categorías: lo Otro<sup>13</sup>, como diferente a lo que era esencial, absoluto. Definido por lo Uno, segunda categoría, que es quien somete a lo Otro, ya que someterse es requisito para que siga siendo lo Otro. Sostiene que quizá la cultura precisa de estas oposiciones en aras de fraguarse, podría pensarse en aras de la competitividad, de la comparación, de la sumisión, de la obediencia, del funcionamiento práctico y político. Para afirmarse como esencial, el Uno postula al Otro como no esencial.

Podría plantearse una reciprocidad, que es como finalmente se zanján las diferencias en el mundo, lo señala De Beauvoir (2011, p. 20), esto es, reconociendo en el otro lo extranjero, lo diferente, la esencialidad que a cada uno le concierne. A través del reconocimiento de la alteridad, de la esencialidad del semejante, se han logrado los pactos, las negociaciones entre culturas y naciones. (De Beauvoir, 2011, p.p. 19-20). Pero no sucede así entre los sexos, pues en este campo

---

<sup>13</sup> Diferente a la noción del Otro del psicoanálisis, para De Beauvoir lo Otro es lo que se sujeta a la Uno, lo que se requiere para que exista un Uno. Lo Uno es esencial en tanto exista lo Otro, que es no esencial y sometido por este Uno.

uno de ellos se declaró esencial, según lo expresa aquí De Beauvoir, cuando aclara que no es lo Otro lo que se define así, es lo Uno lo que define a lo Otro. En el caso de los sexos, no hay dos entidades negociando sus diferencias y reconociéndolas, puesto que uno de ellos, carece de la voz, es alteridad en tanto es diferente del Uno (Lévinas, citado en De Beauvoir, p. 18), carece de su esencia en tanto ha devenido plegada al Uno esencial.

Entonces, para regresar a Virginia, estas mujeres del pasado no tenían, aunque tuvieran, aunque pertenecieran a familias adineradas o de rango, la posibilidad de tomar decisiones sobre sus bienes, porque no contaban con ello. La ley lo prohibía. En ese punto era imposible *o muy difícil* [énfasis añadido] moverse del lugar asignado, porque no tener *materialmente* [énfasis añadido] las posibilidades de decisión y crea ataduras *inmateriales* [énfasis añadido].

Virginia trae este elemento de la ley como el potencial señalador de sus imposibilidades, “La ley les denegaba el derecho de poseer el dinero que hubieran ganado” (Woolf, 2001, p. 34), de esta manera difícilmente la elección de cada una podía llevarse a cabo, a no ser bajo la aparición, de tiempo en tiempo, de alguna heroína dispuesta a crucificarse. La ley, puntualiza Woolf, como ordenadora de las relaciones y de los bienes de la humanidad, limita y violenta a una parte de la población, a las mujeres, e instaura esa limitación como un discurso lógico:

Cada penique que gane, dijéronse, me será quitado y utilizado según las sabias decisiones de mi marido, quizá para fundar una beca o financiar una auxiliaría en Balliol o Kings<sup>14</sup> de modo que no me interesa demasiado ganar dinero. Mejor que mi marido se encargue de ello. (Woolf, 2001, p. 35)

Han sido tan pobres las mujeres que Virginia compara la libertad intelectual de las mujeres con los hijos de los esclavos atenienses (2001, p. 146). Las lleva al nivel de la esclavitud, y aún

---

<sup>14</sup> Colegios universitarios de varones.

más, al nivel de los niños esclavos, infantas esclavas, el nivel más bajo en la pirámide social que puede imaginarse. El lugar de las mujeres compuesto de la carencia del tener, lo que resta toda posibilidad de construir un hacer intelectual, una creación de cualquier tipo: político, profesional, artístico. Podría establecerse la premisa, de acuerdo con lo que dice Virginia, que de acuerdo con esos limitantes y esos roles establecidos la mujer asumió un lugar de *no hacer* frente a esos oficios ya que no tenía, no tenía para hacer y no recibía un tener frente a ese hacer. Se retiró, de acuerdo con la lógica que la ley le exigía. En primer lugar, la cultura lo determinaba, estableció unas formas de relación de los sujetos con los objetos, los discursos, las leyes. De esta manera, cada sujeto puede elegir, pero dentro de los rangos de la ley, frente a aquello que ya está determinado.

No tener, es una característica de las mujeres hace tiempo determinada, cuando en esa escena primordial se fijaron las posiciones (De Beauvoir, 2011, p. 2). Ha sido sumisa y asiente a ello, además porque la palabra sumisión ha sido construida en el corto tiempo, sostenida en el devenir, anclada al mismo presente. No era parte de la transmisión<sup>15</sup> de hace apenas unos siglos,

---

<sup>15</sup> La cuestión de la transmisión si bien hace parte del corazón de la educación, yace en el corazón de la vida, del tejido social, y es condición de la construcción, inscripción e identidad cultural, puntualizan Frigerio y Diker (2004, p. 9). Es un acto que se lleva a cabo entre las personas, vehiculizado por las palabras, donde confluyen unos requisitos objetivos y otros que no lo son. En todo caso, la transmisión es indispensable para el lazo social y la inserción de las personas en el mismo. Para Frigerio la transmisión no es un acto completo, está constituido de fragmentos, “rasgos parciales sobre los que se lleva a cabo la posibilidad identificatoria, propia a la siempre inconclusa producción de identidad” (Frigerio, 2004, p. 12). Entonces, lo que se transmite tiene función de formar identidad que a la vez vincula a la persona a su espacio social. No obstante, hay que atender al señalamiento de Frigerio: no todo es transmisible y no todo es resignificado por el sujeto. Hay una parte de lo que se recibe que se extravía, y hay una manera particular de recibir el contenido de dicha transmisión. Incluso, con lo que no se tiene, también se transmite. Más allá del contenido,



esto es, hasta el siglo XIX la palabra sumisión no encarnaba significado alguno para la mujer porque su lugar y los límites que ello conllevaba eran lógicos. Esos límites imperaban incluso para una mujer excepcional como Virginia, que asintió a ser lo no merecedor del césped, maltratada por los hombres de su familia que por mucho tiempo la doblegaron a unas funciones indignantes, tal como ella lo reconoce (Woolf, 2008, p. 214-220). Incluso siendo escritora, esa subordinación la perseguía. Pero finalmente, aunque se la ve obedeciendo al bedel, también vemos sus preguntas erigirse y disponerse a buscar respuestas. Ella interroga por su lugar frente a esa transmisión y resueltamente describe esas carencias:

La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres siempre han sido pobres, no solo durante doscientos años, sino desde el principio de los tiempos. Las mujeres han gozado de menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. Las mujeres no han tenido, pues, la menor oportunidad de escribir poesía. Por eso he insistido tanto sobre el dinero y sobre el tener una habitación propia. (Woolf, 2001, p.p.145-146)

El imperativo del no acceso a los bienes materiales que tuvieron las mujeres hasta hace muy poco y que aún hoy en día tiene su presencia en ciertos sectores de manera muy diversa, tales como salarios más bajos para las mujeres, o falta de reconocimiento a las labores que ellas desempeñan,

---

yace esa línea *entre-dos*, como lo nombra Frigerio, donde lo que se transmite, por estar *entre-dos*, es que cobra toda su relevancia (2004, p. 15). Cornu (2004, p. 27) refiere que la ley y la tradición se transmiten en tanto se portan y se vivencian, a través del amor, las palabras, la mirada, las historias, de uno a otro. Para esta autora transmitir es acoger a un sujeto en la cultura, hacerlo portador de la herencia cultural que le concierne. De esta manera también se puede transmitir lo nuevo, lo que el recién llegado tiene para decir. Darle al otro la posibilidad de que su voz emerja, es transmitir la construcción de cultura (Cornu, 2004, p. 35).

asientan unas huellas indelebles, casi tinta sobre papel, en cuanto a las concepciones de sí mismas. Los efectos de la pobreza en las mujeres influyen en el tejido social y, por ende, de una manera tajante, en su destino. Virginia lo muestra aquí en lo que atañe al oficio de escribir:

...y tras pensar en la seguridad y la prosperidad de que disfrutaba un sexo y la pobreza y la inseguridad que achacaban al otro y en el efecto en la mente del escritor de la tradición y la falta de tradición... (Woolf, 2001, p. 36)

Muestra cómo se sitúa la escritora, la mujer que escribe que no tiene tradición, que no sabe sobre sus antepasadas escritoras. Qué pasa en la mente de una mujer que escribe, si no tiene seguridad sobre su oficio, porque durante siglos eso ha sido prohibido, las mujeres no tuvieron, durante mucho tiempo una voz, un modelo, un tono que llegar a sus congéneres que se aventuraran a escribir. Sobre todo, cargaban con la prohibición de escribir, con el señalamiento de no poder hacerlo, no autorizadas en relación a sus capacidades y al reforzamiento de ocupar un lugar que no podían franquear escribiendo.

Hay un efecto de la pobreza en las mentes de las mujeres, por cuanto han asentido, lo han creído, en parte porque levantar la cabeza les costaba el cuello mismo. Y ahí radica una parte considerable de su responsabilidad, que podría decirse, las preservó con vida. El discurso de la ley que circula por las entrañas, los recovecos y los caminos expuestos de lo social difunde el mensaje de un menos, por lo que el efecto de esa pobreza designada alcanzó para que la cabeza de esas mujeres no se levantara. De esta manera podría conjeturarse que las elecciones están supeditadas. La responsabilidad del sujeto tiene unos lindes.

Esto es, hay un *no tener* [énfasis añadido] para las mujeres, pese a que hubo un hacer, un esfuerzo de producción en pro del semejante y sin recompensas, el hacer de la mujer dedicado al hombre, a los hijos, al entorno social, pero sin unas posibilidades de elección en cuanto al deleite: “Ni un penique para dedicar a “amenidades”: a perdices y vino, bedeles y céspedes, libros y

cigarros puros, bibliotecas y pasatiempos. Levantar paredes de la desnuda tierra es cuanto habían sabido hacer” (Woolf, 2001, p. 35). Las mujeres eran elegidas para renunciar a una gran mayoría de los placeres que la cultura ofrece a los seres humanos. En las sociedades se dictamina que una persona habrá de dedicar unas horas de su existencia a la labranza (a construir, a edificar, a inventar), pero también al maravilloso ocio, al sorprendimiento de la aventura. No ha sido posible para las mujeres en esa empresa de “parir” seres humanos y sostenerlos hasta que devenga para ellos el sostenimiento propio, pero además en los tiempos pasados esa empresa les exigía prácticamente toda su existencia productiva. Ella lo interroga: ¿quién puede tener trece hijos y hacer una fortuna, cuando se supone que la crianza de un pequeño lleva tantos años?, ¿qué persona puede aguantarlo? (Woolf, 2001, p. 34). La crianza, el cuidado del otro, una labor a cargo de las mujeres, les ha llevado largo tiempo de ocupación, sin que entonces su labor creativa, forjadora de inventiva pudiera desplegarse. ¿Ha sido necesario que sean las mujeres las que estén a cargo de dicha crianza y de los cuidados de quien lo requiera? Poner el cuerpo para la gestación ¿requiere una prolongación de cuidados que se debe solo a la madre? Una labor que implica renuncias a otras ocupaciones y, no obstante, sin reconocimiento monetario cuando se ha puesto el esfuerzo en entregar seres humanos para la edificación de la cultura: “Desde luego nuestras madres no nos habían proporcionado nada por el estilo, nuestras madres que se habían visto negras para reunir treinta mil libras, nuestras madres que habían dado trece hijos a ministros de la iglesia de St. Andrews” (Woolf, 2001, p. 36). Forjar la vida y sostenerla en el tiempo, y pese a ello, las manos vacías en cuanto al tener. He aquí la respuesta de Woolf al interpelar por la responsabilidad de esas mujeres de antaño: el discurso dictaminaba su lugar y sus haceres y las constriñeron hasta el punto de forjarlas a funciones precisas donde quedaban irremediabilmente limitadas, porque llevaban el designio perentorio de no tener.

## *El Tener*

En este apartado se puede leer en algunas citas de Virginia su ilustración respecto a cómo, cuando las mujeres acceden a los bienes materiales, adviene también ese tener en otros contornos que permite el forjamiento de una obra, una profesión, el regocijo en la apreciación de la vida.

A pesar del acceso que tenía Virginia Woolf a un tener desde su hacer literario, a pesar de que ella pueda tener admisión a ese almuerzo, por ejemplo, y a que pese a los obstáculos ella se siente a la mesa y sea atendida por los mismos bedeles que antes la restringieron, las preguntas continúan: ¿qué pasó después de la guerra? Nos va contando que los hombres se fueron a la guerra y las mujeres ocuparon los puestos que ellos dejaron vacíos en las fábricas, asumieron lugares de mando, de creación, de inventiva. Las mujeres fueron otras después de las dos guerras, porque ellas tuvieron que quedar a cargo. Era un imperativo, no había opción, de nuevo no les dieron a elegir. (Pérez, 2011, p.p.115-116). No fue un pacto, ni una decisión, fue a causa de la tragedia de la guerra, un evento contingente que, no obstante, les permitió situarse en el lugar de la ganancia. La catástrofe puso la verdad en su lugar: “¿Por qué no celebrar la catástrofe, fuese cual fuese, que destruyó la ilusión y puso la verdad en su lugar?” (Woolf, 2001, p. 25). La guerra otorgó un tener a las mujeres, que ya no quisieron soltar, como lo afirma Pérez:

La guerra había abierto espacios antes vedados a las mujeres y eso ya resultaba irreversible. Si, por ejemplo, las médicas y abogadas se multiplicaron en Francia desde 1914, obviamente ya resultaba muy difícil mantener cerradas las escuelas de ingenieros a las mujeres y tuvieron que abrir su acceso en 1918. Las mujeres, no cabe duda, se hicieron visibles en los espacios públicos, no solo en el sector servicios sino también en la vida política y sindical y desde luego en las letras. Por eso la conquista del voto se logró en cascada a partir de 1918. (2011, p. 122)

Destruyó el impedimento que les negaba a las mujeres salir de la domesticidad y que pudieran desarrollar sus facultades en las múltiples ocupaciones de la sociedad. Destruyó la pureza de esos versos que eran tan fáciles y obvios de entender, porque apuntaban a desplegar los ideales que habían existido siempre: Rossetti esperando en la rosada encarnación de un jardín.

Para Woolf, sobre la que también cayeron los efectos de la época victoriana en la que creció, donde las familias disponían un dinero para la educación de los hombres, pero no para las mujeres,<sup>16</sup> que su tía le dejara la herencia, le regalara ese tener material, la liberó de empleos no deseados y límites a las que no obstante estuvo expuesta un tiempo. De allí que el dinero que le han dejado, le permite escribir:

Ninguna fuerza en el mundo puede quitarme mis quinientas libras. Tengo asegurados para siempre la comida, el cobijo y el vestir. Por tanto, no sólo cesan el esforzarse y el luchar, sino también el odio y la amargura. No necesito odiar a ningún hombre; no puede herirme. No necesito halagar a ningún hombre; no tiene nada que darme. De modo que, imperceptiblemente, fui adoptando una nueva actitud hacia la otra mitad de la especie humana. Era absurdo culpar a ninguna clase o sexo en conjunto. Las grandes masas de gente nunca son responsables de lo que hacen. Las mueven instintos que no están bajo su control. También ellos, los patriarcas, los profesores, tenían que combatir un sinfín de dificultades, tropezaban con terribles escollos. Su educación había sido, bajo algunos aspectos, tan

---

<sup>16</sup> Por su biógrafo se sabe que Virginia sí tuvo las restricciones personales que ella refiere en este texto, es decir, por ser una mujer también se le negaron oportunidades que su familia y su condición económica hubieran podido darle y que en cambio fueron dirigidas a sus hermanos hombres. Su sobrino señala que ella lamentó siempre no haber podido tener una mejor educación. No obstante, ella muestra una salida posible, un movimiento que permite entrever los giros a los que ella invita en este texto: se esforzó en adquirir por si misma los elementos que le fueron negados, aunque también ha de señalarse que dicho giro contó con su posición social y con una herencia que apareció de parte de su tía. Contó de todas maneras con elementos excepcionales y ella supo apropiárselos. Lo que no deja de señalarse aquí es, por qué las mujeres requieren estas excepciones para tener y hacer. (Bell, 1980, p.p. 117-118)

deficiente como la mía propia. Había engendrado en ellos defectos igual de grandes. Tenían, es cierto, dinero y poder, pero sólo a cambio de albergar en su seno un águila, un buitre que eternamente les mordía el hígado y les picoteaba los pulmones: el instinto de posesión, el frenesí de adquisición, que les empujaba a desear perpetuamente los campos y los bienes ajenos, a hacer fronteras y banderas, barcos de guerra y gases venenosos; a ofrecer su propia vida y la de sus hijos .... Estos instintos son desagradables de abrigar, pensé. Nacen de las condiciones de vida, de la falta de civilización. (Woolf, 2001, p.p. 53-54)

He aquí el tener asegurado, posibilitando un piso firme del cual asirse. La seguridad en cuanto a la existencia en un primer lugar: la comida, el techo, el guarecimiento del cuerpo y luego el auge del espíritu. Cuando cada uno tiene, cuando la libertad es reconocida, el odio hacia la diferencia, en cuanto a lo que en cada uno es diferente, sea físico o emocional, no es necesario. Y explica: no se trata de que la culpa o la entera responsabilidad la tengan los hombres o las mujeres. La masa lleva a cuestas el discurso que circula y teje las fibras de las palabras de las que estamos hechos, forjando así designios tales como quién tiene y quién no tiene, cómo se es un hombre y cómo se es una mujer. Las masas, se mueven bajo esos “instintos” como los llama Virginia, que no están bajo su control. Podrían entenderse esos instintos en Woolf como fuerzas internas que acogen maneras particulares de padecer, de relacionarse con el otro, pero sin duda influenciadas por todo aquello que le fue dado en el nicho del lenguaje: imperativos, rótulos, que les han sido impuestos y que los hace echar a andar con el libreto a cuestas. Unos tienen el guion de la superioridad y otros el de la inferioridad. Enseñado y repetido desde la antigüedad, cuesta despojarlos de sus nombramientos. Aquí señala la educación de los hombres, su posición, que a pesar del tener está teñida del constante temor a perder lo que también es de las otras personas, condenados a arrebatarse como una imposición venida del discurso. Ese proceder es señalado por ella como una falta de civilización, efectos de la transmisión que nos circunda.

Tener, además de las monedas que resuenan y pueden usarse al sacarlas de un monedero, significa también el acceso a las posibilidades, participación, libertad intelectual y oportunidades de creación. Ofrece nuevas perspectivas para leer el mundo, para relacionarse con los otros:

Aquel edificio, por ejemplo, ¿me gusta o no? ¿Es bello aquel cuadro o no? En mi opinión, ¿este libro es bueno o malo? Realmente, la herencia de mi tía me hizo ver el cielo al descubierto y sustituyó la grande e imponente imagen de un caballero, que Milton me recomendaba que adorara eternamente, por una visión del cielo abierto. (Woolf, 2001, p. 55)

La independencia económica de Virginia le hace tener una visión despejada, ver claramente, bosquejar deseos y trazar proyectos. Es el acceso al tener más la singularidad de lo que cada persona recrea con ello desde su inventiva. Cada persona hace apuestas particulares en torno al tener. Insistiré a lo largo de esta tesis, que la singularidad, esto es, la manera en la que cada quien actúa y elige, no es completamente responsabilidad de cada persona, en tanto esa posición adviene a partir del cúmulo del discurso que dispone unas elecciones a las cuales el sujeto se adhiere. También insistiré en un constante parafraseo de Virginia, de que quinientas libras al año apuntalan las decisiones íntimas de cada persona. Esto es, el solo deseo y la sola decisión no bastan o reclamarían acciones audaces que no habría que seguir exigiendo a las mujeres. Una habitación propia, que representa en Virginia el tener, expande las posibilidades de hacer, de moverse intelectualmente, de acceder al conocimiento que vigoriza la creatividad humana.

Para Virginia el tener les propicia a las mujeres el hacer, la creación, la posibilidad de obrar según la opción que determinen. Ella hace énfasis, por la particularidad de su oficio, en que tener les procura a las mujeres escritoras las herramientas que requieren en ese ejercicio de creación: "... que una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir novelas..." (Woolf, 2001, p. 10). Apuntalada en el ejercicio de la escritura para empezar a nombrar la

importancia de tener, introduce el asunto de la independencia económica, de la independencia que ofrece esa habitación íntima a la que no tenían acceso las mujeres todavía en ese tiempo. La escritura, nos señalará Virginia a medida que esgrime su construcción, era la primera manera que encontraron las mujeres para decir, para expresarse, para nombrar ese pequeño mundo circundante, para abrirse camino a tener una opinión, perspectiva, visión propia del mundo. No había otro arte que lo permitiera mejor que la escritura por la posibilidad de llevarlo cabo en medio del disimulo, del silencio a que estaban sujetas (2001, p. 93). Una mujer debe tener, para poder escribir en el silencio y la comodidad de una habitación y en la despreocupación que la prolijidad del dinero asegura.

Virginia reconoce su insistencia con la importancia de tener: "...puede que me reprochéis el haber insistido demasiado sobre la importancia de lo material" (Woolf, 2001, p.p. 143-144), pero es que al mismo tiempo explica que esa falta de asidero tangible fue clave para despojarla también de su palabra, su existencia, su obra. El tener el recurso monetario asegura un mejor lugar para moverse, para actuar, para crear. Para ser más libre que los hijos de los esclavos atenienses, que son la especie con la que Woolf compara a las mujeres (2001, p. 146). Ahora, debe tenerse y hacer uso de ello, imantar dicha posesión del poder de obrar y decidir.

Tener dinero posibilita libertad frente al hacer, frente al pensamiento y ese libre albedrío donde discurre el pensamiento, las ideas, la creación. La intelectualidad entendida como la creación de ideas y concepciones sobre el mundo a partir del cúmulo de lo que ya se ha dicho en el pasado e impregnándolo de lo propio. Para dedicarse a esos destinos de dilucidación e invención, se requiere la libertad que propicia el dinero. El dinero es posibilitador. Clarificando la tesis de Virginia sobre el tener: el dinero es el punto de partida, no se queda allí, no es lo único y no basta con tenerlo, pero las oportunidades, la preparación, el estímulo y el tiempo, advienen a partir de ese tener material, y recalca Woolf que puede que insistamos en que "la mente debe elevarse por



encima de estas cosas” (2001, p. 144), esto es, el ímpetu de cada uno por escribir, por hacer, por lograr sus objetivos, esas fuerzas subjetivas deberían bastar o yacer por encima de la importancia de los bienes materiales, puede ser que le enrostremos esto a Woolf, y entonces ella cita a un profesor de literatura con el que concuerda y que la lleva a concluir que las mujeres siempre han sido pobres y que por tanto eso les ha imposibilitado su camino en la literatura; después de exponernos las ideas de ese profesor sobre porque es esencial tener medios económicos para forjarse un camino en la literatura, ella misma vuelve a increpar:

La libertad intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres siempre han sido pobres, no solo durante doscientos años, sino desde el principio de los tiempos ... Por eso he insistido tanto sobre el dinero y sobre el tener una habitación propia. (2001, p.p. 145-146)

Vale decir que, para tener libertad intelectual, se requieren cosas materiales, dinero, una casa, una habitación. Esa holgura en lo económico permite el discernimiento de lo intelectual que a su vez conduce a la poesía, a la novela. También tener dinero y cosas materiales -Virginia lo nombra así, dice cosas materiales- sostiene las decisiones de una mujer frente a su vida, una elección de profesión, de diversión, de tener hijos o no tenerlos, de construir al lado de otra persona o construir las sola. Poseer esa materialidad, es decir, el dinero, la habitación, viabiliza las otras maneras de tener, que se visualizan en los vínculos, en las decisiones, en la manera de posicionarse en el mundo. Pero si nunca se ha tenido, el arribo a la creación intelectual es más difícil, cuesta y es resbaladizo. Ya más arriba se ha escrito sobre las consecuencias de ir contra la corriente, cuando la vida está en juego.

Dice también Virginia (2001) que la escritura de las mujeres debe producir además consecuencias, entre otras cosas, debe proporcionar el sustento de quien escribe, el dinero y la tradición para las congéneres:

La extrema actividad mental que se produjo entre las mujeres a finales del siglo dieciocho –las charlas y reuniones, los ensayos sobre Shakespeare, la traducción de los clásicos- se basaba en el sólido hecho de que las mujeres podían ganar dinero escribiendo. El dinero dignifica lo que es frívolo si no está pagado. Quizá seguía estando de moda burlarse de las “marisabidillas” con la manía de “garabatear”, pero no se podía negar que podían poner dinero en su monedero. Así pues, a finales del siglo dieciocho se produjo un cambio que yo, si volviera a escribir la historia, trataría más extensamente y consideraría más importante que las Cruzadas o las Guerras de las Rosas. La mujer de la clase media empezó a escribir. (p.p. 90-91)

Este enunciado permite pensar que, cuando se da el giro en el discurso social, en los acontecimientos sociales, políticos, económicos, como lo que permitió la segunda guerra mundial, que se precisa para que la mujer inicie otro tipo de acciones diferentes al hacer doméstico, hay consecuencias y la historia incorpora los cambios a largo plazo. A partir de que en el siglo XVIII las mujeres comenzaron a escribir, se tornó parte de la cultura, si bien, muy lentamente, que las mismas produjeran literatura, espacios académicos donde sus intervenciones se volvieron activas y valederas en lo social. Todo sucedió a fuerza de ultrajes, de ridiculizar esos intentos de producción escrita (Woolf, 2001, p. 74), de arriesgar la integridad de cada una de las predecesoras, pues la que no enloquecía por lo que sucedía en su intimidad y su entorno a causa de escribir, terminaba enajenándose en una vida solitaria, señalada y repudiada por atreverse a hacer aquello que solo era permitido en el hombre (Woolf, 2001, p.p. 90-92).

Hubo un acceder aquí al lugar del derecho a ganar dinero por la propia construcción, por la obra creada. Deja de ser frívolo aquello que tiene un pago, dice Woolf, por lo que se recibe una recompensa, y es un cambio radical de lugar el poder ser recompensada por crear.

El hacer intelectual de las mujeres tiene efectos, contradiciendo todo lo que se había dicho hasta ese momento acerca de los límites de las mujeres respecto a su invalidez frente al pensar, su desvalorización en cuanto a sus facultades cognitivas. Cuando se produjeron consecuencias frente al hacer intelectual de las mujeres y entonces ellas pudieron crear, usar su intelecto, fue posible la emergencia de un “producto”, de un “arte”, de la novela para el caso de la literatura.

Si por fortuna, dice Virginia, nuestras madres hubieran iniciado antes y con mayor prisa esa revuelta que se requería para que la mujer fuera introducida en el tener (2001, p. 33); pero ha tardado mucho el giro, porque el límite impuesto a ese intento lo ha enlentecido haciendo paulatina una marcha que debería ser veloz. Si hubiera sido de otra manera, la historia de las mujeres tendría ahora otros matices. Estaríamos en condiciones de igualdad entre los sexos respecto a derechos y deberes, forjando y recogiendo la cosecha de la creación individual, que finalmente hace obra universal. No obstante, para cerrar este subcapítulo, hay que festejar con Virginia el acceso al monedero propio, el pasar un pestillo a esa puerta y tener asegurado el bienestar del cuerpo que también asegura el bienestar del alma, y dirigirse al teclado con suma concentración. Porque ese tener que empieza a universalizarse, permite crear, forjar, desde lo que cada persona puede labrar.

### **Capítulo 3: Forcejeo de las Escritoras Contra los Impedimentos**

¿Cómo se puede ser artista y no reflejar la época en que uno vive?

(Nina Simone, 2015, citada en Garbus)

Este capítulo tendrá como objetivo dilucidar con Virginia Woolf cuáles son las consecuencias del no tener en la escritura de las mujeres, cómo ese producto refleja y queda marcado por las carencias materiales e inmateriales que se manifiestan en el resultado de sus textos literarios. Esto es, escribiré en este capítulo sobre la escritura de las mujeres influenciada por la marca del no tener.

En el principio de *Una habitación propia*, Woolf dice que no puede responder acerca de la relación entre las mujeres y la novela, que no puede decir una verdad absoluta sobre ello. No obstante, en los capítulos cuatro y cinco ella dice, profundiza y se detiene para hacer un análisis de lo que ha sido la historia de la escritura de las mujeres, acerca de los estilos, de la falta de tradición y el estado de ese arte hasta el momento en el que ella escribe el ensayo. De acuerdo con esto, en aras de desarrollar el objetivo escrito anteriormente, trabajaré en este capítulo el siguiente contenido: el forcejeo de las escritoras contra los impedimentos que les impuso su tiempo y por ende cómo recayó dicho forcejeo en la escritura, convirtiéndose en hiedra invasora de la obra; la tradición en la escritura de las mujeres, por qué es necesaria y como último subcapítulo, la novela como género que permitió a la mujer escribir, sin tener.

### ***Hiedra que Trepa y Carcome la Obra***

Lady Winchilsea, es una poeta que escribe a mediados del siglo XVII. Materialmente hablando, parece tener algunas comodidades, tiene un esposo comprensivo, según lo relata Woolf (2001), no tiene hijos que le exigen grandes esfuerzos de tiempo. En su caso, la carencia tiene que ver con aquello que no es material, ella está indignada por ser privada de los progresos de la mente por el hecho de ser una mujer, por las limitaciones a las que intelectualmente se ve expuesta, por ser criticada por escribir.

Claramente, su mente dista de «haber consumido todos los obstáculos y haberse vuelto incandescente». Al contrario, toda clase de odios y motivos de queja la hostigan y la perturban. Ve a la especie humana dividida en dos bandos. Los hombres son la «facción de la oposición»; odia a los hombres y les teme porque tienen el poder de impedirle hacer lo que quiere, que es escribir. (Woolf, 2001, p. 82)

Desde ese siglo XVII efectivamente estaba siendo señalada por los otros, que le criticaban el coger la pluma y producir literatura. Eran necias e imprudentes las mujeres que se aventuraban a ese arte. Y Lady Winchilsea tenía el ojo y la atención puesta en esas frases y en las críticas a sus expresiones literarias. Refiere Woolf: “Y sin embargo es evidente que, si hubiese podido liberar su mente del odio y del miedo y no hubiese acumulado en ella la amargura y el resentimiento, el fuego ardería con calor dentro de ella” (, 2001, p. 84). Puso en esas desaprobaciones su esfuerzo, asintió a las críticas y tejió la enredadera con la hiedra que invadió lo que hubiera podido florecer. Si hubiese logrado liberarse de eso, dice Woolf, si hubiera puesto el ojo en esas frases que ella le admira tanto, en los versos sublimes que sus poemas vertían pese a su esfuerzo de dislocarse mirando el malestar.

Es una lástima tremenda que una mujer capaz de escribir así, con una mente que la naturaleza hacía vibrar y dada a la reflexión, se viera empujada a la cólera y la amargura. Pero ¿cómo hubiera podido evitarlo?, me pregunté, imaginando las burlas y las risas, las alabanzas de los aduladores, el escepticismo del poeta profesional. Debió de encerrarse en una habitación en el campo para escribir, desgarrada por la amargura y los escrúpulos, aunque su marido era la bondad en persona y su vida matrimonial una perfección. (Woolf, 2001, p. 84)

Porque aquí la carencia, el no tener, no parece ser -por lo menos no es anunciado así- como la falta de recursos materiales, económicos. Parece que su vida matrimonial era pacífica, con un compañero que era bondadoso, por lo menos esa atmósfera familiar parece contener un primer asomo posibilitador para la escritura. “Pero no supo concentrarse, dice Mr. Murry. Invadieron su talento las malas hierbas y lo cercaron los rosales silvestres” (Woolf, 2001, p. 86). Se tiene aquí, un discurso en el contexto social que invade incluso un ambiente familiar prolífico para la mujer que tenía el talento para escribir, las herramientas, el don de las palabras, pero el mensaje del “tu

no debes” se cuelga por las rendijas de aquel hogar, donde bien hubiera podido sostenerse la pluma. El no tener en el caso de esta condesa escritora es un señalamiento que le hace la sociedad avisándola de no traspasar funciones que a ella no le han sido asignadas. Y ella asiente. Y la escritura se detiene y se pierde para la historia. Woolf dice, que es muy poco lo que puede rastrearse de ella. A pesar de la pulcritud de aquellos versos, bien escritos, bellamente compuestos, se deshacen en tanto no se les permite continuidad.

Luego, Woolf hace pasar a la duquesa Margaret of Newcastle. Pese al título y a que algunas mujeres con ese rótulo de nobleza podían darse algunos lujos que otras mujeres en ese siglo no se hubieran podido permitir, como la de escribir algunas frases y exponerlas al público, también ella se quejaba del lugar que ocupaba, Virginia la cita: «Las mujeres viven como Murciélagos o Búhos, trabajan como Bestias y mueren como Gusanos...» (Of Newcastle, M. Citada en Woolf, 2001, p. 86). Expresión que despierta el asombro al creer que una mujer en su posición accedería a lugares donde las búsquedas y la creación tendrían accesos más tranquilos. No importa la clase social, la calidad de los muros en esas habitaciones espléndidas de las que no eran dueñas y los compromisos infaltables hostigan a esta condesa que nombra metafóricamente esa sombra a la que es relegada, las tinieblas que le otorgan para vivir, los esfuerzos a los que debe enfrentarse a diario, aunque no sean los esfuerzos físicos de una mujer de clase baja. Virginia Woolf, que contó siempre con nanas e institutrices, con servidumbre dispuesta para sus necesidades, se quejó con amargura de las largas noches a las que su hermano la sometía en su capricho de hacerla entrar a la sociedad según él lo consideraba (Woolf, 2008, p.p. 224-225). La fatigaban con fiestas y largas veladas a las que ella rogaba no tener que asistir. Las mujeres de clase alta eran ataviadas con vestidos que las hostigaban hasta el martirio y parecían ser las únicas capaces de servir adecuadamente un té. Una mujer podía vivir en la opulencia, pero estaba sujeta al capricho del otro que organizaba sus horarios y actividades según el mandato social y según los deseos de los hombres.

Le hubieran tenido que enseñar a mirar las estrellas y razonar científicamente. La soledad y la libertad le hicieron perder la razón. Nadie la controló. Nadie la instruyó. Los profesores la adulaban. En la Corte se burlaban de ella. Sir Egerton Brydges se quejaba de su tosquedad, «impropia de una hembra de alto rango educada en la Corte». Se encerró sola en Welbeck. (Woolf, 2001, p. 86-87)

*No tener* [énfasis añadido] también implica no recibir la formación intelectual que hubiera podido pulir su genio. “Hubieran tenido que enseñarle” cómo hacer magia con el oro que tenía en las manos. El raciocinio debe orientarse para que produzca frutos a nivel intelectual y artístico. Nadie orientó eso. Aunque la adulaban algunos, aparecían también burlas y críticas a su hacer. Se consideraba tosca por ejecutar un arte que les parecía impropio para una dama de la corte. La libertad mal administrada se corroe, se desdibuja y se desborda, en tanto desperdicia la esencia que por no ser encausada no ve los frutos.

¡Qué espectáculo de soledad y rebelión ofrece el pensamiento de Margaret Cavendish! Parece como si un pepino gigante hubiera invadido las rosas y los claveles del jardín y los hubiera ahogado. Es una lástima que la mujer que escribió: «Las mujeres mejor educadas son aquellas cuya mente es más refinada» perdiera el tiempo garabateando tonterías y hundiéndose cada vez más en la oscuridad y la locura, hasta el punto que la gente se agrupaba alrededor de su carroza cuando salía. Naturalmente, la loca duquesa se convirtió en el coco con que se asustaba a las chicas inteligentes. (Woolf, 2001, p. 87)

La maleza eran esos pensamientos con los que se extraviaba y que inundaban de bichos lo que debió ser una obra benévola. Porque, a pesar de aquellas restricciones, la soledad y la rebelión hubieran sido alimento a sus construcciones literarias, la soledad, que cuando es voluntaria sirve al silencio de la contemplación y luego al silencio de la edificación en la armazón de las letras. La rebelión, resignificante de lo aprehendido en el mundo, la hubiera conducido a interpretaciones

coloridas e inéditas, pero no las usó de esta manera. Las tomó como escudo para defenderse de la multiplicidad de críticas recibidas. Y entonces, la cuantiosa dispersión de residuos ahogó las plantas que se erigían en su jardín de letras. Y la imagen de la mujer que se enloquece por atreverse a pensar y a dolerse incluso de lo que no tiene, sirve una vez más a las viejas transmisiones para constreñir a las mujeres jóvenes que acaso hubieran vislumbrado la idea de seguir los pasos de la duquesa. Estas mujeres caídas eran ofrecidas como ejemplo a las otras en aras de que a ninguna se le ocurriera siquiera levantarse.

Woolf nos pone el ejemplo de Dorothy Osborne, la británica que escribió cartas a su novio y esposo de manera constante y con gran maestría, hasta el punto que hoy en día se conserva su obra epistolar en la biblioteca británica. No quiso escribir más, porque temía recibir oprobios como los que ella lanzaba a las escritoras de su tiempo, por ejemplo, a la duquesa que acabe de mencionar, Cavendish. Su oficio además de escribir cartas, fue criticar a todas las que escribían, por lo cual, no hizo obra literaria como tal, “las cartas no contaban”, puntualiza Woolf (2001, p. 87). No obstante, aquí volvemos a encontrar la nostalgia de Woolf ante el talento maltrecho, frente a la belleza de aquella correspondencia donde anida la beldad. Pero Osborne aseguraba que por nada del mundo iba a escribir:

El que una mujer con mucho talento para la pluma hubiera llegado a convencerse de que escribir un libro era una ridiculez y hasta una señal de perturbación mental, permite medir la oposición que flotaba en el aire a la idea de que una mujer escribiera. (Woolf, 2001, p. 88)

Era tan inhóspito el ambiente en cuanto a la escritura de las mujeres, que ellas mismas se adelantaban a cumplir el imperativo que las sacaba de esa construcción. El imperativo había sido introyectado y ella servía además de transmisora de ese mensaje para las otras mujeres que decidían emprender el oficio de escritoras. No se tiene más obra de esta mujer que ese discurrir de noticias



y sentimientos hacia su marido, pero era tal su garbo con la pluma que no pasó desapercibida para la historia que la reconocería muchísimo tiempo después.

Se duele Woolf a medida que recorre esta historia y nos presenta a otra mujer literata que sucumbió al discurso impuesto e hizo que su arte pagara esa desidia de contexto donde se erigía: Charlotte Brönte la magnífica autora de *Jane Eyre*. La obra de Brönte contiene las quejas y los reproches que esta mujer le hace al mundo por increparla a ella misma, por constreñirle su visión de un mundo más amplio.

Se diría, proseguí, posando el libro junto a *Orgullo y prejuicio*, que la mujer que escribió estas páginas era más genial que Jane Austen, pero si uno las lee con cuidado, observando estas sacudidas, esta indignación, comprende que el genio de esta mujer nunca logrará manifestarse completo e intacto. En sus libros habrá deformaciones, desviaciones. Escribirá con furia en lugar de escribir con calma. Escribirá alocadamente en lugar de escribir con sensatez. Hablará de sí misma en lugar de hablar de sus personajes. Está en guerra contra su suerte. ¿Cómo hubiera podido evitar morir joven, frustrada y contrariada? (Woolf, 2001, p. 96-97)

El no tener traza “la suerte”, para decirlo con Woolf, que puede contrariar el mismo talento. Charlotte Brönte no pudo esquivar las circunstancias de su época, no tuvo la fuerza del giro, como Woolf, para convertirse en la excepción. Pero he aquí que su suerte yace echada. Se subía al tejado y contemplaba desde la lejanía sus propias ansias, sus expectativas y sin contenciones, perdió de a poco la concentración que requiere la escritura, por desear más allá de los límites que pusieron a sus acciones. Es una suerte de castración -en el sentido de asignar adjetivos de inferioridad- ese destino lanzado a las mujeres, con el que ellas tenían que habitar a diario y que para una mujer escritora o artista o con dotes intelectuales representaba una dificultad aún mayor. Desde aquí, el presente de este siglo XXI, le decimos a Brönte que se baje del tejado y recree sus visiones a través

de la escritura, que nos hable de esos límites y de esos sueños y que de manera testaruda tome un tren a la ciudad más próxima y luego a la más lejana. Pero no somos los que soportamos el vendaval de palabras que resuenan a sus espaldas y la carcomen. Junto a sus posibilidades muy íntimas de elección, yacen las ataduras sociales que se ciñen a su existencia. Es una guerra constante de tire y afloje con ese discurso que la llama a habitar los territorios de los domesticos. Ya fuere que se tratara de una dama de la corte o de la esposa de un clérigo, el interior de las habitaciones, la preparación del lugar para el otro, el mostrarse como un objeto más de esos palacios, esos cuartos o esas cocinas, era el destino a cumplir. Nadie quería perder al ángel de su casa y representaba ser una grandísima excepción el que una mujer matará a ese ángel que le habían encomendado encarnar (Woolf, 1981, p.p. 68-70). Que una mujer escribiera era una rebelión insultante a ese ámbito social.

Me entretuve un momento, no pude impedírmelo, con la idea de lo que hubiera ocurrido si Charlotte Brönte hubiese tenido, pongamos, trescientas libras al año ... si hubiera tenido más conocimiento del mundo activo, y de las ciudades, y de las regiones llenas de vida, más experiencia práctica, si hubiera tenido contacto con gente de su tipo y tratado a una variedad de caracteres. Con estas palabras señala ella misma no sólo, exactamente, sus propios defectos de novelista, sino los de su sexo en aquella época. Sabía mejor que nadie cuántísimo se hubiese beneficiado su genio si no lo hubiese desperdiciado en contemplaciones solitarias de los campos distantes; si le hubieran sido otorgados la experiencia, el contacto con el mundo y los viajes. (Woolf, 2001, p. 97)

Qué hubiera pasado con su obra, que ya contaba con la genialidad y la capacidad inventiva, si esta autora hubiera podido echar mano del tener económico, el dinero asegurado permitiéndole movimientos en pro de enriquecer su obra. Esta libertad de posesión habría posibilitado acceder a un mundo con diversas experiencias, observar aquello que enriquece la narrativa: contemplar caracteres, costumbres, paisajes, opiniones de seres que habitan el extranjero. Se hubiera

encontrado quizá, con personas que como ella ejercían la literatura como oficio y hubiera intercambiado las formas y las maneras del otro de hacerse a la prosa o a la poesía. Esas ganancias que se obtienen cuando se escucha al semejante que ejerce el mismo oficio.

Pero no le fueron otorgados, le fueron negados; y debemos aceptar el hecho de que estas buenas novelas, *Villette*, *Emma*, *Cumbres borrascosas*, *Middlemarch*, las escribieron mujeres sin más experiencia de la vida de la que podía entrar en la casa de un respetable sacerdote; que las escribieron además en la sala de estar común de esta respetable casa y que estas mujeres eran tan pobres que no podían comprar más que unas cuantas manos de papel a la vez para escribir *Cumbres borrascosas* o *Jane Eyre*. (Woolf, 2001, p. 97)

Woolf permite hacerse la pregunta de cómo fue que lograron escribir lo que escribieron, si fue con tan pocos cimientos, cómo aquella obra logró surgir de la casi nada a la que la reducían los recursos con los que se contaban. Qué relatar si las escenas escaseaban, si las experiencias eran nimias, reducidas a esos espacios medidos, limitados y aprobados. El contenido de esa escritura ya estaba destinado a la estrechez de miras de la escritora que se circunscribía a frases moralistas de sacerdotes y por ende a disertaciones religiosas. Cómo se sucedían esas horas de trabajo donde un texto literario exige concentración, distanciamiento, silencio, para que los personajes se formen y cobren vida a partir de la imaginación que la autora puede darles. Cómo sucedía aquello en una sala de estar común, con múltiples interrupciones. En tanto había la estrechez económica, uno puede imaginarse a estas escritoras ahorrando sus párrafos en aras de no aumentar el costo del papel de las cuartillas.

Cuan costoso y dispendioso era aquello de escribir para una mujer. Trae Woolf el ejemplo de cómo algunas se las ingeniaban para hacer la excepción, pero no siempre salía bien, se pagaba muy caro, como le aconteció a la escritora que trae a continuación: “Una de ellas, es cierto, George Eliot, escapó tras muchas tribulaciones, pero sólo a una villa apartada de St. John's Wood. Y allí

se estableció, a la sombra de la desaprobación del mundo” (Woolf, 2001, p. 97). Se refiere a Mary Anne Evans, escritora británica que recurrió al seudónimo masculino, y que se atrevió a vivir experiencias que se consideraban inapropiadas y de tajo sacaban a una mujer del círculo social donde habitaba. Ella vivió con un hombre ya casado y se apartó del mundo tras esta decisión, porque sabía que iba a ser señalada y criticada. Pero la experiencia de esta relación amorosa no la condujo a vivencias que hubieran podido producir movimientos interesantes en su escritura, sino, como lo deja entrever Woolf, la volvió huraña y solitaria, apartada de otras experiencias. Woolf aprovecha y hace la comparación de que, en otra parte del mundo, un escritor hombre protagonizaba la misma escena y en vez de apartarse, volcaba toda esta intrepidez en sus narraciones, sin que ello lo condenara a la soledad:

Al mismo tiempo, en la otra punta de Europa, un joven vivía libremente con esta gitana o aquella gran dama, iba a la guerra, recogía sin obstáculos ni críticas toda esta experiencia variada de la vida humana que tan espléndidamente debía servirle más tarde, cuando se puso a escribir sus libros. Si Tolstoi hubiese vivido encerrado en The Priory con una dama casada, «apartado de lo que se suele llamar el mundo», por edificante que hubiera sido la lección moral, difícilmente, pensé, hubiera podido escribir *Guerra y paz*. (Woolf, 2001, p. 98)

Es posible visualizar aquí esos intentos de las mujeres de moverse y ensayar otras maneras de posicionarse, de experimentar, pero el medio seguía siendo muy hostil. Las consecuencias de esos ensayos recaían una vez más en la escritura de estas mujeres, que se fracturaba en tanto había un detenerse y ocuparse de esa hostilidad que desprendían sus acciones. La algarazca de esas vivencias no iba a convertirse en sustancia y materia de las obras literarias, porque había que ocuparse de las consecuencias para la vida misma de esas aventuras, si se era mujer. De esta manera la labor ejercida en torno a aquellas consecuencias le quitaba ímpetu a la obra literaria, le restaba

elementos que hubieran podido alimentarla, porque incluso para la escritora ya no era una experiencia vivificante, sino al nivel del desasosiego y la tortura.

Virginia introduce una propuesta para pensar la escritura de las mujeres, en relación con la novela específicamente, que está muy conectada con el no tener en la escritura: *el efecto del sexo sobre el novelista* [énfasis agregado]. Primero, nos recuerda cómo está compuesta una novela literaria:

En todo caso, es una estructura que imprime una forma en el ojo de la mente, una forma construida, ora con cuadrados, ora en forma de pagoda, ora con alas y arcos, ora sólidamente compacta y con un domo como la catedral de Santa Sofía de Constantinopla. Esta forma, pensé, recordando algunas novelas famosas, suscita en nosotros el tipo de emoción que le es adecuada. Pero esta emoción en seguida se funde con otras, pues la «forma» no se basa en la relación entre piedra y piedra, sino en la relación entre seres humanos. (Woolf, 2001, p.p. 98-99)

La forma de la novela, nos explica Woolf, obedece a unas intenciones, esas superposiciones no son gratuitas, porque la estructura trata de dar cuenta de una lectura e interpretación del mundo, de la realidad. Los hombres, que son sus autores, la diseñaron así para que les permitiera decir lo que necesitaban, lo que iba con sus preguntas y sus respuestas del universo donde los seres humanos trataban de ser descifrados. De igual manera que el escultor transmite con la forma su decir acerca de las preguntas que lo ciernen. La forma, el contorno, la línea es expresión misma, al igual que las letras del texto, y las columnas que forman las letras armonizan en sus intenciones. Ahora, se pregunta Virginia, cómo se sostiene este armazón, por lo menos algunas novelas, qué hace que las preguntas del autor y sus tentativas de respuesta o su posición frente a esos fenómenos del mundo, calados en ese bastidor de letras, se sostenga frente a un lector y supere el tiempo hasta inmortalizarse:

Y lo que los aguanta en pie, en estos raros casos de supervivencia (pensaba en *Guerra y paz*), es algo que llamamos integridad, aunque no tiene nada que ver con el pagar las facturas o el comportarse honorablemente en una emergencia. Lo que entendemos por integridad, en el caso de un novelista, es la convicción que experimentamos de que nos dice la verdad. (Woolf, 2001, p. 99)

La *integridad* [énfasis añadido], que logra sujetar la realidad y mostrarla hasta el punto de conseguir que el lector asienta, se figure que esa es la impresión que siempre ha tenido de ciertas circunstancias, que se convence ante esa escritura, que esa misma es su percepción del mundo o de esa situación, pero que no encontraba manera de decirlo tal cual lo lee allí. Encuentra una voz que le narra lo que quisiera decir de manera fidedigna del mundo. Y es ahí, en esa expresión de integridad, donde Woolf encuentra que la escritura de estas autoras que nos ha traído como ejemplo desfallece, perdiéndose su integralidad y dejando ver cómo el sexo aquí tiene efectos sobre la novelista de una manera negativa:

Ahora bien, en los fragmentos de *Jane Eyre* que he citado se ve claramente que la cólera empañaba la integridad de Charlotte Brontë novelista. Abandonó la historia, a la que debía toda su devoción, para atender una queja personal. Se acordó de que la habían privado de la parte de experiencia que le correspondía, de que la habían hecho estancarse en una rectoría remendando medias cuando ella hubiera querido andar libre por el mundo. La indignación hizo desviar su imaginación y la sentimos desviarse. Pero muchas otras influencias aparte de la cólera tiraban de su imaginación y la apartaban de su sendero. La ignorancia, por ejemplo. El retrato de Rochester está trazado a ciegas. Sentimos en él la influencia del temor; del mismo modo que percibimos constantemente en la obra de Charlotte Brontë una acidez, resultado de la opresión, un sufrimiento enterrado que late

bajo la pasión, un rencor que contrae aquellos libros, por espléndidos que sean, con un espasmo de dolor. (Woolf, 2001, p. 101)

En Brontë, Woolf ejemplariza los elementos que hacen que la escritora pierda su integridad, uno de ellos es el malestar por esas restricciones, un dolor constante que no dejaba pasar la construcción literaria de manera fidedigna, en lo que podía ser posible. Esa fotografía emocional que transluce la lectura que hace el escritor del mundo, siguiendo ese trazo invisible de los que habla también Woolf al referirse al ojo auscultador del escritor que percibe lo invisible, que escapa al hombre común, dónde pesquisa mediante su ojo de artista las vertientes de la singularidad humana, esa ilación atenta y fastuosa se pierde cuando la atención se pone constantemente en ese sentimiento que parte de sí misma, aunque sea causado en el exterior. Se pierde la historia, se abandonan los personajes y se persigue el sentimiento doloroso y devastador que corroe. Efectivamente hay un sinnúmero de aspectos que han sido llevados a cabo y que son suficientes para que la escritora pierda la ruta de la creación, muchas puertas cerradas para Brontë, no inventa su sufrimiento, pero éste se superpone dejando la obra malograda. Es a través de Brontë como explica Woolf que el sexo, el sexo femenino, tiene efectos en esa novelista que le hace desvirtuar su obra. La palabrería, los gestos, en suma, el discurso, agujerean la integralidad de la novelista que recae por supuesto en su obra.

Otro elemento donde se muestra el quiebre de la integridad es la ignorancia, la falta de conocimientos de esta mujer que no pudo ir a la escuela, que no le fue permitida la formación y entonces sus elaboraciones carecen de ciertos elementos, pues cómo describir lo que se desconoce, cómo articular sobre impresiones que no tienen bases académicas, “el retrato de Rochester está trazado a ciegas”. Hasta en ese personaje se siente lo que le han impedido a Brontë, sus personajes reflejan toda esa limitación impuesta a la escritora. El dolor de la narradora que no encuentra traducción en el sortilegio de la palabra y pasa intacto, superponiéndose a la edificación literaria.

Nos explica Woolf que las novelas tienen una analogía con la vida real, y por ende también toman sus valores de la vida real, mostrando así otro elemento donde la integridad se resquebraja: la prevalencia de los valores masculinos determinando lo que es de valía o no en la escritura “Pero muy a menudo, es evidente, los valores de las mujeres difieren de los que ha implantado el otro sexo; es natural que sea así. No obstante, son los valores masculinos los que prevalecen” (2001, p. 101). Se tiene aquí que las mujeres han estado impelidas a seguir un hilo de valores que es probable que no les conciernan, que no les interesen o que se interponga a aquello que podría serle de mayor deleite en su escritura, persuadida a observar de acuerdo con parámetros que no son de su interés, que no llaman su atención:

Hablando crudamente, el fútbol y el deporte son «importantes»; la adoración de la moda, la compra de vestidos, «triviales». Y estos valores son inevitablemente transferidos de la vida real a la literatura. Este libro es importante, el crítico da por descontado, porque trata de la guerra. Este otro es insignificante porque trata de los sentimientos de mujeres sentadas en un salón. Una escena que transcurre en un campo de batalla es más importante que una que transcurre en una tienda. En todos los terrenos y con mucha más sutileza persiste la diferencia de valores. Por tanto, toda la estructura de las novelas de principios del siglo diecinueve escritas por mujeres la trazó una mente algo apartada de la línea recta, una mente que tuvo que alterar su clara visión en deferencia a una autoridad externa. (Woolf, 2001, p.p. 101-102).

Esto implica haber escrito sobre temas que no eran de importancia para la autora, haber dejado de pintar escenas sobre las que ella hubiera podido decir con mayor soltura por serle de agrado y de inquietud. Ha sucedido que lo que han escrito las mujeres está en relación exclusivamente con lo que conocen en términos de lo que les fue asignado, esto es, con lo doméstico y sus interiores, con los caracteres que socialmente podían circular por allí. Han sido



“dirigidas” acerca de lo que ellas pueden escribir y lo que no deben escribir. De esta manera en esa escritura del siglo XIX restalla la limitación del tema, la falta de visión de un más allá donde era difícil ser fiel a lo que se quería escribir. Brönte lanza esta queja de manera muy puntual. Y, aun así, cuando escribían sobre aquello a lo que eran circunscritas, sus temas carecían de interés, era difícil clasificar en el rango de las editoriales.

Basta hojear aquellas viejas novelas olvidadas y escuchar el tono de voz en que están escritas para adivinar que el autor era objeto de críticas; decía tal cosa con fines agresivos, tal otra con fines conciliadores. Admitía que era «sólo una mujer» o protestaba que «valía tanto como un hombre». Según su temperamento, reaccionaba ante la crítica con docilidad y modestia o con cólera y énfasis. No importa cuál; estaba pensando en algo que no era la obra en sí. (Woolf, 2001, p. 101-102)

Estas incisiones a la integridad vividas por las autoras son lo que hace decir a Virginia que el sexo tiene efectos en el novelista, en el caso de las mujeres, ha sido un efecto de distorsión, de extravío del camino. Todos estos elementos que entorpecen la escritura de las mismas se originan a causa de su sexo, los hombres no transitan estas experiencias condicionantes a la hora de escribir. No perdemos de vista que Virginia pese a asignarles esta defectuosidad en cuanto a la integridad, comprende el momento histórico por el que atravesaban las escribientes:

Pero debió de serles imposible a las mujeres no oscilar hacia la derecha o la izquierda. Qué genio, qué integridad debieron de necesitar, frente a tantas críticas, en medio de aquella sociedad puramente patriarcal, para aferrarse, sin apocarse, a la cosa tal como la veían. (Woolf, 2001, p. 102)

Estas escritoras que sucumbieron y mostraron las dificultades, expusieron también coraje y valentía, señalaron lo difícil y desigual que conlleva elegir aquello diferente a lo que se ha asignado.

Es lo que continuamente se les pide a las mujeres: ser excepción a un discurso que a todas luces dificulta el acceso a la igualdad, en este caso del tener para hacer.

En 1828 una joven hubiera tenido que ser muy valiente para no prestar atención a estos desdenes, estas repulsas y estas promesas. Hubiera tenido que ser un elemento algo rebelde para decirse a sí misma: Oh, pero no podéis comprar hasta la literatura. La literatura está abierta a todos. No te permitiré, por más bedel que seas, que me apartes de la hierba. Cierra con llave tus bibliotecas, si quieres, pero no hay barrera, cerradura, ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente. (Woolf, 2001, p. 104)

La subjetividad cohesionada por ese discurso que se pregonaba y que determinaba la absolutez, encontrando estrechos los senderos de las elecciones particulares, como lo era la escritura. Esto es lo que Virginia Woolf piensa que les sucedió y les hubiera sucedido a esas grandes excepciones, porque ella sabe qué es ser una excepción, cuánto le costó dar ese paso y qué larga fue su estancia en los terrenos del renunciamiento, donde tuvo que aceptar lo que el otro imponía (Woolf, 2008, p.p. 214-220). Ella encontró finalmente, porque hay que repetir que no fue esa su resolución desde un principio, cómo protestar frente al Otro, en su escritura, tanto mediante sus ensayos como en sus novelas y cuentos.

### ***La Importancia de la Tradición en la Escritura de las Mujeres***

En este apartado revisaré aquellos pasajes de Virginia Woolf donde dice acerca de la tradición de la escritura de las mujeres, por qué es importante para las escritoras y cuáles han sido las consecuencias para ellas de tenerla o no tenerla. La tradición en la escritura será entendida aquí como el legado que las escritoras antepasadas le han dejado a las del presente y las del futuro, que marca además de un estilo y un interés temático, una historia en el hacer que les permite a las escribientes del hoy anclarse a la historia, tener un punto de partida. ¿Pero tienen o no tienen

tradicción? ¿Cómo se ha caracterizado esa tradición? Serán estos los interrogantes que permitirán construir los antecedentes de ese hacer literario de las mujeres de acuerdo como lo expone Woolf.

Para decirlo de una vez con Woolf y dar inicio a la exposición de su decir, las escritoras han tenido una tradición nimia y poco influyente que les sirva de apoyo en su construcción literaria:

Pero fuese cual fuese el efecto del desaliento y de la crítica sobre su obra — y creo que debió de ser muy grande—, tenía poca importancia junto a la otra dificultad con que tropezaban (sigo pensando en las novelistas de principios del siglo diecinueve) cuando se decidían a transcribir al papel sus pensamientos, la de que no tenían tras de sí ninguna tradición o una tradición tan corta y parcial que les era de poca ayuda. Porque, si somos mujeres, nuestro contacto con el pasado se hace a través de nuestras madres. (Woolf, 2001, p. 104)

Tal como leímos en el apartado anterior, ya era difícil tener auestas el desaliento y la crítica que las voces externas les proferían a las escritoras, y cuya atención puesta allí por parte de ellas arrebatava el ímpetu de la creación a la misma obra. Pero aquí Woolf esgrime que había otra cuestión de mayor arraigo que hacía compleja la tarea de las escribientes, y era carecer de la ayuda de las congéneres del pasado. Hay una huella de mujeres escribiendo desde la antigüedad, tal como lo han rastreado los historiadores actuales, pero se ha denotado, por la enumeración que de ellas se hace a lo largo en el tiempo, que se trata de una tradición corta y parcial, parafraseando a Woolf. Así, Pérez (2011) nos habla de Safo, la poetisa griega ubicada en el siglo XI antes de Cristo y hace mención de Hiparquia de Atenas, la filósofa en ese antiguo siglo III antes de Cristo, cuyos escritos no han logrado conservarse. También nos permite conocer que a principios de nuestra era surge a finales del siglo IV y principios del V, Hipatia de Alejandría (p. 25); mujeres excepcionales, filosofas, escritoras, maestras que se instalaron en la adversidad de

su tiempo y estudiaron, leyeron y escribieron cuando era del todo inaudito. Pese a ello, sus obras no se han conservado para la posteridad o lo que se conserva es poco.

Ethel Smith (citada en Bollmann, 2011, p. 42) narra que Hildegard Von Bingen, en el siglo XII, recibió la autorización del cielo para escribir, una orden que le dijo que debía escribir todo aquello que oía y escuchaba. Hasta que no recibió esta autorización celestial, ella temía escribir por miedo a desafiar el mismo evangelio, que según la epístola de San Pablo estaba prohibido. Esa voz venida del más allá le concedió la posibilidad de pasar al acto en la escritura. Era en esa intermediación de ser visionaria, mística y religiosa que podían dedicarse a funciones intelectuales. También cuenta Smith (citada en Bollmann, 2011, p. 46) de Madeleine de Scudery, escritora del siglo XVII, quien eligió trabajar uno de los temas sobre los que Virginia les insistirá a las mujeres escritoras que construyan: el amor, argumentado según sus propias concepciones, trazado en una escritura que postula nuevas formas en la literatura.

Para Sánchez (2019), educadora española y que se ha encargado de visibilizar a las escritoras y sus obras a lo largo del tiempo, con el objetivo de que sean incluidas en los libros de texto que las niñas y los niños estudian en la básica primaria (p. 206-207), se ha tratado también de una desigualdad en la bitácora de la historia; esto es, en los libros de texto de literatura que las niñas y niños hoy en día estudian, no se encuentran los trabajos literarios de estas mujeres de antaño que contribuyeron a forjar tradición en la escritura, que allanaron todo un camino. Esta autora las encuentra ubicadas en un tiempo muy expandido, pero desde el comienzo del medioevo: como autoras teatrales, juglarescas o trovadoras, poetisas cultivadas en la misma corte del siglo XV.

Ya en anteriores capítulos de esta tesis se ha mencionado la importancia que tuvieron escritoras como Olympe de Gouges o Wollstonecraft, ambas del siglo XVIII y cuyas obras no solo tuvieron como objeto la creación literaria, sino, además, que fueron escritoras de manifiestos y promulgación de derechos. Retomando a Sánchez:

La Historia y la Historia de la literatura ha sido, por lo general, escrita por hombres, y este punto de vista masculino ha sido imparcial, como se acredita en la ausencia o casi inexistencia de personajes relevantes femeninos. No es que no existan mujeres notables, es que no se conocen porque nunca se han nombrado. (2019, p. 206)

Hay una estela, un camino que puede visualizarse, así se trate de una tradición “corta y parcial” para decirlo con Woolf, pero es menester anotar que nunca han dejado de hacer el intento, de escribir, de levantar el andamio de la escritura que forja la tradición de las letras hechas por mujeres. Lo que sucede es que este hacer, tal como lo subraya Sánchez, fue “ocultado” y para el año 2019 que ella hace esta investigación, todavía encuentra un vacío respecto a la historización del hacer literario de las mujeres. Es entonces comprensible que en ese siglo XX Woolf a medida que escribe *Una habitación propia*, reflexione sobre esa falta de tradición y sobre las consecuencias de ello para las mujeres:

Lamb, Browne, Thackeray, Newman, Sterne, Dickens, De Quincey —cualquiera— nunca han ayudado hasta ahora a una mujer, aunque es posible que le hayan enseñado algunos trucos que ella ha adoptado para su uso. El peso, el paso, la zancada de la mente masculina son demasiado distintos de los de la suya para que pueda recoger nada sólido de sus enseñanzas. El mono queda demasiado lejos para ser de alguna ayuda. Quizá lo primero que descubrió la mujer al coger la pluma es que no existía ninguna frase común lista para su uso”. (Woolf, 2001, p. p. 104-105)

¿Por qué Virginia considera que la tradición de los hombres no puede ser usada por las mujeres? ¿Por qué esas frases no le son útiles? ¿Ella cree que hay una diferencia entre la mente del hombre y la de la mujer?

Textualmente para Virginia, la mente del hombre y de la mujer se diferencian. ¿En qué? En el hacer literario, en la escritura. Lo muestra en el avance que posiciona al hombre a una gran

distancia en cuanto a esa escritura; en el desarrollo de su mente, en la escritura y en otras ciencias, hay pasos del hombre en la misma luna que más que pasos, son zancadas. Ese avanzar más vertiginoso de un sexo, lo tiene que situar diferente en la historia. Esto es, en el desarrollo, en la historia que el hombre ha tenido en cuanto a la escritura en comparación con el trasegar de la mujer, los sitúa a niveles muy bien diferenciados. Y eso tiene consecuencias en el estilo, en la tradición y por ende en la continuación del oficio. Por eso ni Lamb, ni Browne, ni Thackeray, ni Newman pueden ayudarla en esa profesión que recién comienza porque cuando ellos balbucean la enseñanza, esas palabras le son ajenas a las mujeres, desconocidas a las recién escritientes. No esta nombrada la diferencia de capacidad cognitiva ni se hace referencia a ningún elemento neurológico que le impida a ella aprender, se trata aquí de la diferencia temporal y espacial de un hacer donde la práctica que ha ejercido un sexo sobre un arte le da gran delantera y por ende gran diferencia en la tradición.

La mujer no ha sido introducida o ayudada, como dice Woolf, a esas formas, a esas estructuras de escritura y ahora le son ajenas. No fue introducida a través de ritos y enseñanzas por sus congéneres, como sí lo fue el hombre. También puede decirse que esas herramientas que han estado disponibles no estaban dirigidas a ellas, no saben qué hacer con esas enseñanzas, “demasiado distintas de las suyas”, no les dieron la clave de acceso a esa utilidad. Y la mente de las mujeres, podría decirse, queda distante de la mente de los hombres, porque no fue participe de ese balbuceo “escritural”, me atrevo a decirlo así, y esos primeros asentamientos en el papel, esas primeras obras, las necesidades que convocaron a los hombres a esa génesis literaria, no eran las de ellas, la historia no la llamó a asentar en papel su pensamiento. Si la mujer no estuvo participando en el comienzo de las bases de la escritura, en los acuerdos, en los ensayos de los estilos y en ese emerger de las escuelas literarias, no le pertenece esa tradición, y entonces, cómo la transmite a sus hijas o a sus hijos, si no sabe nada de eso. ¿Podemos aprender algo de lo que

hizo Hiparquia de Meronea, la filósofa cínica<sup>17</sup>, para poner un ejemplo? “Desgraciadamente, nada, o casi nada, sobrevive de la literatura cínica antigua sobre Hiparquia” (Zamora, 2018, p. 112).

Ese hacer no autorizado por la edición y la imprenta impide la orientación a las mujeres que continuaron forjando los intentos. Las mentes, en cuanto a entrenamiento, esto es, la formación que se requiere para la creación literaria sí difiere. Y justamente debido a la disimilitud de las necesidades, la diferencia de pedidos, la necesidad de gritar fuerte para que también el pedido le sea escuchado, las necesidades y deseos son diferentes y necesitan plumas, papel, tiempo, silabas y armazones izadas a capricho de tal emergencia. Porque unos y otros requieren decir cada cosa a su manera, ya que, desde un principio se produjo la diferenciación, unos hacían con la literatura y otras no. Un grito aparecido en el hoy, es difícil que se parezca a un grito aparecido desde hace doscientos años. Imaginamos esas primeras escribientes, tanteando maneras de exorcizar el mundo que pugnaba por verterse al papel; pero, sin escuchar la algarabía de sus predecesoras que vitoreaban sus esfuerzos, cada palabra escrita se forjaba con una orden de silencio y secreto. No sucedió de esta manera para los escritores, cuyo apoyo tradicional los empujaba y los cohesionaba a la labor de narrar en papel; bellamente Woolf lo explica así:

La prosa de los grandes escritores está basada en esta frase: «La grandeza de sus obras era a sus ojos un argumento en favor, no de detenerse, sino de proseguir. No podía conocer mayor emoción ni satisfacción que el ejercicio de su arte y la generación inacabable de la verdad y la belleza. El éxito impulsa al esfuerzo; el hábito facilita el éxito.» Esto es una frase de hombre. (2001, p. 105)

---

<sup>17</sup> Perteneciente al movimiento filosófico contestatario de finales del siglo IV a C. (Zamora, 2008, p. 11).

Quiere decir Woolf, que, si se aguza el oído, se puede oír a los hombres aplaudiéndose unos a otros, dando apoyo, reconociendo el esfuerzo que unos y otros hacían para que la pirámide, el edificio de la literatura universal se esgrimiera y se apuntalara cada vez más. La crítica entre ellos, positiva o negativa, delineaba su forma y de acuerdo con esas palabras que se dirigían entre hombres, se formaban, se pulían, se immortalizaban. La obra de las primeras escritoras está perdida, los restos que se han rescatado adolecen de pasajes y tesis que se fueron disipando por falta de escuelas y de formación.

Es importante aquí puntualizar que, si bien existía un pasado de mujeres que escribían, de escritoras de tal importancia como Safo, Hiparquía, e Hipatia, mujeres filósofas y pensadoras antes de Cristo, es clave comprender que las obras de ellas fueron disgregadas, perdidas, no transmitidas, no enseñadas y especialmente, su oficio no fue expuesto como una vía posible para las mujeres que las advinieron. Hiparquía fue criticada día tras día por habitar con los filósofos y por escribir. Sus compañeros la interrogaban, ¿qué haces aquí, en vez de estar hilando? Ella contestaba que prefería educarse intelectualmente que tejer (Zamora, 2018, p. p. 114-115). Tenía que detener sus disertaciones filosóficas cada vez que un hombre le interrumpía para preguntarle qué estaba haciendo ahí y no haciendo tejido, asunto que no les acontecía a sus compañeros, quienes sin tener que hacer ese esfuerzo, podían dar “zancadas”, “grandes pasos”, “correr”, ir a toda prisa a través de la historia.

Debido a este desdén, a la crítica que las perseguía y que no admitía estos desempeños, no es gratuito que sus obras no hayan perdurado en el tiempo. De nuevo Woolf lo expresa puntualmente: “No cabe duda que, siendo la libertad y la plenitud de expresión parte de la esencia del arte, esa falta de tradición, esa escasez e impropiedad de los instrumentos deben de haber pesado enormemente sobre las obras femeninas” (2001, p. 105). Poder decir lo que se desea nombrar, mediante la mirada que la escritora necesita plasmar, realizado a través de la libertad de expresión,



es el asunto más básico e importante del ejercicio de la escritura. Hacer uso de ello, mediante el respaldo del legado de generaciones atrás, que alumbran como faros el camino de la creación, asegura la fortificación del arte, de la escritura. La obra de las mujeres recibió seria afectación al verse privada de estas características.

Sumado a ello, la lógica de la estructura del texto enajena a quienes no han participado de su edificación:

Además, los libros no están hechos de frases colocadas unas tras otras, sino de frases construidas, valga la imagen, en arcos y domos. Y también esta forma la han instituido los hombres de acuerdo con sus propias necesidades y para sus propios usos. No hay más motivo para creer que les conviene a las mujeres la forma del poema épico o de la obra de teatro poética que para creer que les conviene la frase masculina. Pero todos los géneros literarios más antiguos ya estaban plasmados, coagulados cuando la mujer empezó a escribir. Sólo la novela era todavía lo bastante joven para ser blanda en sus manos, otro motivo quizá por el que la mujer escribió novelas. Y aun ¿quién podría afirmar que «la novela» (lo escribo entre comillas para indicar mi sentido de la impropiedad de las palabras), quién podría afirmar que esta forma más flexible que las otras sí tiene la configuración adecuada para que la use la mujer? No cabe duda que algún día, cuando la mujer disfrute del libre uso de sus miembros, le dará la configuración que desee y encontrará igualmente un vehículo, no forzosamente en verso, para expresar la poesía que lleva dentro. (Woolf, 2001, p. 106)

Escribir no exige la adaptación a las formas ya existentes, como se sugería en otros momentos donde se requería circunscribirse a un género y seguirlo fielmente, tal como pasaba con la estructura del cuento, donde se precisaba aquel orden sucesivo de principio, medio y final. Hoy en día ya presenciamos cómo las escritoras han llevado a cabo esta innovación propuesta por

Woolf, dónde la forma, el domo, el arco, da cuenta de la frase requerida y necesitada. La forma depende de lo que se necesita decir. Esto es, el cuadro o la columna se forman dependiendo de la historia y su tono, su extensión tiene el alcance de la tensión de la fuerza que la escritora le imprime. En esa medida la literatura se inventa en sus formas, dependiendo de la necesidad que tiene cada sujeto para contar su historia. Esto es lo que hace que la escritura de las mujeres sea tan llamativa en estos días, y es que con el auge de sus letras surgen también nuevas maneras de narrar, estilos, géneros que mutan según la historia relatada por la escribiente.

Hay que señalar que la escritora a partir del tiempo de Woolf, siglo XX, requirió y sigue requiriendo unas maneras específicas de construir literatura, por lo cual requiere aún más soltarse de los esquemas impuestos inventados por el hombre. A causa del entorno en el que habita, por los roles que todavía desempeña, por las funciones que aún se le asignan en el mundo tangible. En consonancia con (Pedraza, 2011), la estructura familiar no se alinea todavía de acuerdo con los roles que ella asume, por ejemplo, de escritora, rezagándose en conservar la estructura del modelo familiar burgués asumido en el siglo XIX (p. 73-74), lo que la lleva a asumir esfuerzos descomunales, siendo profesional, artista, sostén económico y al mismo tiempo la encargada de la funcionalidad doméstica de tiempo atrás. Escribir, en estas circunstancias, exige no solamente una decisión, el asumir un talento, cultivarlo y conducirlo como una profesión, sino también extender fuerzas y voluntad más allá de la capacidad productiva de un sujeto. Virginia Woolf lo sabía, así que prescribió:

El libro tiene que adaptarse en cierto modo al cuerpo y, hablando al azar, diría que los libros de las mujeres deberían ser más cortos, más concentrados que los de los hombres y contruidos de modo que no requieran largos ratos de trabajo regular e ininterrumpido. Porque interrupciones siempre las habrá. (2001, p. 107)

De acuerdo a las realidades concretas que nos rodean, todavía se hace preciso convocar al alivio de las situaciones que las mujeres enfrentan, esto es, a las circunstancias frente a las cuales se las tienen que arreglar las mujeres en general, pero aquí específicamente las escritoras. La elaboración de la escritura lleva tiempo, es una laboriosidad que exige concentración, y un tiempo de dedicación. ¿Qué va a inventar ella para acomodarlo a rutinas que todavía exigen su presencia? Hay variaciones entre el tiempo de Virginia y este tiempo, pero todavía los imperativos del pasado se anclan al subsuelo del presente. De ahí que también Woolf haga una diferencia entre los nervios de las mujeres y los nervios de los hombres:

También, los nervios que alimentan el cerebro parecen ser diferentes en el hombre y la mujer y si queréis que la mujer trabaje lo mejor y lo más que pueda, hay que encontrar qué trato le conviene, saber si estas horas de clase, por ejemplo, que establecieron los monjes, supongo, hace cientos de años, les convienen, cómo alternar el trabajo y el descanso, y por descanso no entiendo el no hacer nada, sino el hacer algo distinto. Y ¿cuál debería ser esta diferencia? Habría que discutir y descubrir todo esto; todo ello forma parte del tema las mujeres y la novela. (Woolf, 2001, p. 107)

Si es innegable que las mujeres todavía están a cargo de asuntos domésticos como el mantenimiento de una casa, donde se tienen que preparar unos alimentos, donde se deben disponer unos cuidados para los niños, ¿por qué las universidades y las empresas, no disponen de horarios especiales para ello? Se supone que avanzamos hacia el tiempo en el cual esas responsabilidades domésticas no sean solamente encargo de las mujeres, pero todavía no estamos ahí. Todavía habitamos el tiempo donde no se ha socializado la igualdad de responsabilidades, ampliamente y cómo se requiere, el discurso social no lo hace circular. “Todo ello forma parte del tema de las mujeres y la novela”, porque si no se piensa en el tiempo y en la forma, ¿qué mujeres van a escribir?

El discurso que ordena las múltiples ocupaciones, qué hace un hombre, qué hace una mujer, es decir, todos esos ordenamientos simbólicos, debe iniciar un desanudamiento; de hecho, lo estamos presenciando, la estructura familiar no ha cambiado totalmente, pero ha iniciado unos giros donde esos roles empiezan a compartirse y ya no están solamente a cargo de la mujer. No obstante, mientras se llega a un punto donde la balanza este más equilibrada y se distribuyan más equitativamente esos haceres domésticos, cómo posibilitar que las mujeres estudien, se preparen y escriban en unos ritmos acordes con la realidad.

A ello obedece que Woolf haga de nuevo el llamado a que investiguemos sobre las mujeres en torno a todos los temas que precisan ser indagados: “¿dónde encontraré este estudio detallado de la psicología femenina hecho por una mujer?” (Woolf, 2001, p. 107). Y si bien aboga por el reconocimiento de unas diferencias físicas ineludibles propias del organismo femenino, que habría que considerar dentro de la particularidad de cada uno, señala que ello no amengua las capacidades y el rendimiento físico de las mujeres. Pero incluso esas diferencias físicas y lo que concierne a su hacer literario, requieren indagación.

Para el regocijo de Woolf y de la literatura universal, la producción literaria de las mujeres durante el siglo XX se visualiza con cierto aparejamiento, donde si bien ella todavía vislumbra una mayoría de autores hombres, festeja que las autoras hagan parte del izamiento de las torres donde se perfilan las obras de unas y otros:

Había llegado por fin, en mi recorrido, a los estantes en que se hallaban los libros de autores vivientes, de autores de uno y otro sexo; porque ahora hay casi tantos libros escritos por mujeres como libros escritos por hombres. O, si esto no es del todo cierto todavía, si el varón sigue siendo el sexo locuaz, sí es cierto que las mujeres ya no escriben exclusivamente novelas. (Woolf, 2001, p. 109)

Desde la mirada de Virginia, eternizada en aquella mañana de octubre de 1928, donde la acompañamos en su pesquisa, corroboramos con ella, que la tradición de las mujeres escritoras se forja visiblemente y con contundencia desde el siglo XIX, porque ha habido ilación y continuación y porque las mujeres no solamente están escribiendo, sino además innovando en cuanto a estilos, haciendo sus propias propuestas. Hiparquia nos diría que ella ya era escritora antes del medioevo y tiene derecho a sus reclamos. Pero tendríamos que responderle que, si bien sabemos de sus proezas, su legado se ha extinguido por esa falta de continuación y de transmisión en el tiempo. La tradición de la escritura de las mujeres hasta el siglo veinte estaba invisibilizada, lo que dejaba sin asidero en cuanto a herencias literarias a las escritoras a lo largo del tiempo. En la actualidad las investigadoras y los investigadores en la literatura han desenterrado las obras de las antepasadas, librándolas de la confinación y creando con ello perspectiva, caminos que permiten avizorar los alcances de este arte por parte de las mujeres. Porque como dice Virginia, una mujer hoy en día no hace obra ella sola, se apuntala en las que vienen detrás y deja estela para las que habrán de continuar.

Puede ser cierto, como lo sospecha Woolf, que aún nos circunden grandes diferencias entre escritores y escritoras y todavía el guiño se haga a favor de ellos, pero es imposible dar marcha atrás: ellas escriben y he aquí sus obras.

### ***La Novela: Género que Permitió a las Mujeres Escribir sin Tener y las Catapultó al Tener***

Allegados a este punto, como diría Woolf (2001), puedo decir que la autora de *Una habitación propia* dice mucho de la naturaleza de la novela, así como ha hablado cuantiosamente de la naturaleza de la mujer. Vale la pena repetir sus palabras de advertencia cuando al inicio profiere que va a ofrecer “una opinión sobre un punto sin demasiada importancia: que una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir novelas” (p. 10). A continuación, dirá

que eso deja sin resolver el gran problema de la naturaleza de la mujer y de la novela. Según la pesquisa de esta tesis de doctorado, no dejó sin resolver ninguna de las dos; hemos visto cómo a través del tener y no tener nos reveló aspectos de la naturaleza de la mujer que explican el lugar ocupado durante siglos, así como el surgimiento del posicionamiento de otros lugares y cómo nos ha ido conduciendo a mostrarnos en qué consiste la esencia de la novela escrita por las mujeres, el por qué las escritoras se allegaron a este género, cómo les fue posible usarlo y atravesarlo. En este apartado revisaré las palabras de Woolf que conducen a señalar cómo la novela permitió a la mujer escribir, sin tener, evidenciando la manera en que las novelistas allí situadas direccionaron su escritura.

Ya nos ha dicho Woolf, según lo que trabajé en el apartado anterior, que cuando la mujer empezó a escribir, el género más nuevo, más maleable, más fácil de amasar por su frescura, era la novela (2001, p. 106). Aun cuando las poetisas parecieron haber hecho primero el intento (2001, p. 92), fue la novela la que consolidó los primeros escritos de las mujeres. Las cuatro grandes novelistas: George Eliot, Emily Brontë, Charlotte Brontë y Jane Austen, ¿Qué tenían en común? Eran disímiles, cuatro personajes incongruentes, lo único que quizá las unificaba era que ninguna de las cuatro tuvo hijos. Pero las cuatro escribieron novelas. Woolf trae a colación a Miss Davies, la escritora feminista, en pro de ayudar a explicar esta elección. Mis Davies asevera que las mujeres en el siglo XIX no contaban más que con una sala de estar, el espacio físico donde una mujer tenía permitido confluír era el salón principal, donde se reunía con su familia y en sociedad según se le permitía. Allí también leía, escribía cartas, despachaba la correspondencia y escribía literatura. En estos espacios comunes, de continuas interrupciones, escribir poemas era difícil, en tanto, según Woolf, para trazar esa estructura se requiere concentración, silencio, privacidad. La novela en cambio puede ser interrumpida, puede dejarse por un tiempo y regresar más tarde y ello no afecta la cadencia ni corta la musicalidad que suele advenir en un solo momento en el poema. “De todos

modos, debió de ser más fácil escribir prosa o novelas en tales condiciones que poemas o una obra de teatro. Requiere menos concentración” (Woolf, 2001, p. 93). Es así como puede deducirse que no fue solo el hecho de que la novela fuera arcilla maleable, sino que la estructura de este género permitía la escritura a esas mujeres convocadas para otros oficios domésticos, familiares, sociales. He aquí otro motivo práctico para esta elección:

Por otro lado, toda la formación literaria con que contaba una mujer a principios del siglo XIX era práctica en la observación del carácter y el análisis de las emociones. Durante siglos habían educado su sensibilidad las influencias de la sala de estar. Los sentimientos de las personas se grababan en su mente, las relaciones entre ellas siempre estaban ante sus ojos. (2001 p.p. 93-94)

Las herramientas que tenía a disposición la escritora eran aquellas que había adquirido en su sala de estar: la observación de lo cotidiano, la apreciación del carácter, la importancia de las emociones. Se trataba de una red de historias que se tejía en la cotidianidad de las familias y que eran contadas y repasadas una y otra vez en ese salón, de boca de las mismas mujeres que más tarde se sentaban a pasarlo al papel. Es posible recordar, ya que Virginia Woolf nos señala con el dedo este peculiar hallazgo, que las abuelas en la familia han hecho de narradoras de las historias familiares cuando en torno de sí reproducen historias reales que permiten alcanzar la génesis familiar y no olvidarla. En *Orgullo y Prejuicio* (Austen, 2018), relata una historia seguramente nutrida de las impresiones de las mujeres que se sentaban en torno a la intimidad del hogar. No obstante, la escritora se turbaba cuando era descubierta en su hacer y Woolf lo recuerda ilustrando ese ambiente donde estas narradoras se cuidaban de no ser cogidas en falta:

En todo caso, a uno no le hubiera avergonzado que le sorprendieran escribiendo *Orgullo y prejuicio*. No obstante, Jane Austen se alegraba de que chirriara el gozne de la puerta para poder esconder su manuscrito antes de que entrara nadie. A los ojos de Jane Austen había

algo vergonzoso en el hecho de escribir *Orgullo y prejuicio*. Y, me pregunto, ¿hubiera sido *Orgullo y prejuicio* una novela mejor si a Jane Austen no le hubiera parecido necesario esconder su manuscrito para que no lo vieran las visitas? Leí una página o dos para ver, pero no pude encontrar señal alguna de que las circunstancias en que escribió el libro hubieran afectado en absoluto su trabajo. Éste es, quizás, el mayor milagro de todos. Había, alrededor del año 1880, una mujer que escribía sin odio, sin amargura, sin temor, sin protestas, sin sermones. (Woolf, 2001, p. 94)

Es una novedad encontrar esta escritora que se pone a salvo de los obstáculos a pesar de caminar sobre ellos. Escondía sus manuscritos, la incomodidad asediaba esa labor, eran difíciles las circunstancias de ese bordado de palabras de Austen y pese a ello, la obra navega a través de más de un siglo y se posiciona allí por el resto de la eternidad. La pregunta de Virginia Woolf no hay que soltarla, me sigo preguntando con ella: ¿hubiera sido aún mejor *Orgullo y prejuicio* si Austen hubiera tenido ciertas libertades, si hubiera estado cómoda y no expuesta a interrupciones? Sin duda. Pero, me quedo con la impresión de Woolf cuando sugiere que a esta novela no la afectaron las circunstancias de su elaboración, porque ya sabemos que Jane Austen es una excepción. Pasa por encima de los vidrios rotos:

Así es como escribió Shakespeare, pensé mirando Antonio y Cleopatra; y cuando la gente compara a Shakespeare y a Jane Austen, quizá quiere decir que las mentes de ambos habían quemado todos los obstáculos; y por este motivo no conocemos a Jane Austen ni conocemos a Shakespeare, y por este motivo Jane Austen está presente en cada palabra que escribe y Shakespeare también. (Woolf, 2001, p. 94)

Y es importante analizar en qué punto Woolf resalta la gallardía de Austen, y es que pese a las circunstancias en las que se sienta a escribir, no pone su ojo allí, su mente se logra apartar de la adversidad y se centra en lo que quiere contar, en su relato, en la obra. Todo el tiempo Woolf nos



muestra la disimilitud entre escritura de mujeres y escritura de hombres, en tanto los hombres van a su obra sin entretenerse con los obstáculos, en gran parte porque nadie se los ha puesto. Pero aquí lo que resalta de la brillantez de Austen, seguramente en relación con su posición subjetiva, es que ella salta victoriosa y sus rondas son un acierto cada vez. “Quizá por carácter Jane Austen no solía desear lo que no tenía. Su talento y su modo de vida se acoplaron perfectamente” (Woolf, 2001, p. 95), se explica Woolf; pero ¿qué hubiera pasado si no hubiera tenido que hacer ese esfuerzo colosal? ¿De qué tamaño inaudito hubiera sido su obra? Me lo sigo preguntando con Woolf.

La novela, en todo caso, brilló gracias al abono de esta escritora quien dio un giro y un tono inesperado a ese género. Y fue un inicio que apuntaló la tradición para las que iban a llegar después. Woolf proclama a una de ellas con gran entusiasmo y anuncia algo que parece increíble para ese pasado rústico en literatura hecho por mujeres: una mujer escritora del siglo XVII, audaz y desafiante, aplaudida por la crítica y que incluso ganó dinero con sus letras, la valiente Aphra Behn:

Mrs. Behn era una mujer de la clase media con todas las virtudes plebeyas de humor, vitalidad y coraje, una mujer obligada por la muerte de su marido y algunos infortunios personales a ganarse la vida con su ingenio. Tuvo que trabajar con los hombres en pie de igualdad. Logró, trabajando mucho, ganar bastante para vivir. Este hecho sobrepasa en importancia cuanto escribió, hasta su espléndido «Mil mártires he hecho» o «Sentado estaba el amor en fantástico triunfo», porque de entonces data la libertad de la mente, o, mejor dicho, la posibilidad de que, con el tiempo, la mente llegue a ser libre de escribir lo que quiera. Porque ahora que Aphra Behn lo había hecho, las jóvenes podían ir y decir a sus padres: «No necesitáis darme dinero, puedo ganarlo con mi pluma.» Naturalmente, durante años, la respuesta fue: «Sí, llevando la vida de Aphra Behn. ¡Mejor la muerte!» Y la puerta se cerraba más de prisa que nunca. (Woolf, 2001, p. 89)

Puede verse aquí un buen ejemplo de cómo una mujer se situó en un lugar de tener por medio de la escritura, cuando no tenía. Las vicisitudes de la vida no le fueron fáciles a esta mujer, aunque ella siempre tuvo el ímpetu de emprender aventuras desmedidas, sin tener bienes materiales ni noble cuna. Fue espía, amante de un rey y finalmente escritora. Cuando las deudas la llevaron a la cárcel, tomó la pluma y convocando su ingenio, escribió obras de teatro, poemas, recitales, y la novela que la llevó a su cúspide creadora. Con lo que escribió pagó sus deudas y se liberó de la cárcel y del yugo de ser dependiente. Woolf resalta este tener por escribir, lo sitúa por encima del hecho de escribir estrofas magníficas, lo destaca más allá del ingenio, pues escribir le permitió ser independiente, liberarse. Woolf viene de hablarnos de escritoras lucidas en cuanto a la creación, poetas de frases para la posteridad, pero que Aphra Behn haya ganado dinero con su escritura, inaugura posibilidades de laboriosidad y sustento desde el arte para las mujeres. Ahora, en esa época no bastaba a la mirada de la sociedad, pues la peligrosidad de una mujer viviendo de su arte amenazaba todo lo conocido como limitante para las niñas, las mujeres, las ancianas. Por ende, era procedente para el discurso social difundir las actividades de esta escritora como impropias: “«Sí, llevando la vida de Aphra Behn. ¡Mejor la muerte!»

No obstante, puede verse el camino tendido, la apropiación de un género que impulsa y a la vez es impulsado por estas pioneras que también ya iban izándose en un contexto social que empezaba a reconocer que era necio ocultar los alcances creativos de las mujeres:

La extrema actividad mental que se produjo entre las mujeres a finales del siglo dieciocho —las charlas y reuniones, los ensayos sobre Shakespeare, la traducción de los clásicos— se basaba en el sólido hecho de que las mujeres podían ganar dinero escribiendo. El dinero dignifica lo que es frívolo si no está pagado. Quizá seguía estando de moda burlarse de las «marisabidillas con la manía de garabatear», pero no se podía negar que podían poner dinero en su monedero. (Woolf, 2001, p.p. 90-91)

El cambio en la economía debió afectar el discurso social de esa época que entrevió consecuencias positivas en la actividad de las mujeres. Esa demostración de lo que podía ganarse materialmente, como el dinero, tuvo una afectación no solamente en los contextos sociales, que siempre reciben con grandilocuencia el capital ofrecido, sino también en las subjetividades de las mujeres que dieron rienda suelta a sus ejercicios intelectuales, hicieron cotidianos sus procederés artísticos, estéticos, “su actividad mental”, como dice Woolf. Para Virginia el tener en cuestión de dinero, es muy importante porque ello libera la creación intelectual, de manera muy especial a las mujeres, atadas por un largo tiempo a un no tener. Si bien hay que tener presente que la novela, el hacer de las mujeres con su escritura a través de la novela, les dio un tener mucho tiempo después de iniciado el intento, a su vez ese tener abrió las puertas de un hacer más autónomo y propiciador de libertades. De esta manera la novela otorgó un muy buen punto de partida a las escritoras que Woolf recalca que se debe rastrear, cuando invita a su audiencia a investigar más a fondo las facetas de las mujeres, si bien en nuestro presente ya muchos estudios existentes lo exaltan:

Así, pues, a finales del siglo dieciocho se produjo un cambio que yo, si volviera a escribir la historia, trataría más extensamente y consideraría más importante que las Cruzadas o las Guerras de las Rosas. La mujer de la clase media empezó a escribir. (Woolf, 2001, p. 91)

Tal es la envergadura de lo que significa la escritura en los contextos sociales y culturales, la escritura en cuanto a literatura, filosofía e historia, que Woolf recalca que ese hecho en la historia debe registrarse y servir como parte de la construcción de la tradición de la escritura de las mujeres. Por ello es preciso señalar el valor de este texto de Virginia Woolf, escrito en un momento de la historia donde las tecnologías no facilitaban las búsquedas bibliográficas, no acercaban los datos que ahora obtenemos sin importar las distancias y, no obstante, la diligencia que ella realiza, le permite hilar la secuencia del impacto de las escritoras en la novela y viceversa, en el siglo XIX.

Pese a esas restricciones ella supone un más atrás que puso en marcha el imparable vendaval de cuartillas de puño y letra de las escritoras:

Porque si *Orgullo y prejuicio* tiene alguna importancia, si *Middlemarch* y *Cumbres borrascosas* tienen alguna importancia, entonces tiene más importancia que lo que es posible demostrar en un discurso de una hora el hecho de que las mujeres en general, no sólo la aristócrata solitaria encerrada en su casa de campo, se pusieran a escribir. Sin estas predecesoras, ni Jane Austen, ni las Brönte, ni George Eliot hubieran podido escribir, del mismo modo que Shakespeare no hubiera podido escribir sin Marlowe, ni Marlowe sin Chaucer, ni Chaucer sin aquellos poetas olvidados que pavimentaron el camino y domaron el salvajismo natural de la lengua. (Woolf, 2001, p 91)

Lo que no se cultiva no es posible de recoger, las migas de pan intentaron auxiliar a *Hansel y Gretel* para que no extraviaran su camino. Pero el sendero fue borrado, así como a veces se tiene la impresión de que las huellas de las escritoras antepasadas pudieron perderse. Aun así, insistió la determinación de narrarse -esa terquedad de nombrar con trazos la vida, de dejar cierta constancia, de darle palabras a los sucesos, insistencia que ya tenía el hombre de las cavernas- y de nuevo el carbón forjó los caracteres y se reanudó la historia que una antigua mujer parloteaba en la entraña de alguna montaña y su hija la pasó en limpio al papel y su nieta tecleó en una máquina recién inventada. Porque la obra individual resuena en la pluralidad de todas:

Porque las obras maestras no son realizaciones individuales y solitarias; son el resultado de muchos años de pensamiento común, de modo que a través de la voz individual habla la experiencia de la masa. Jane Austen hubiera debido colocar una corona sobre la tumba de Fanny Burney, y George Eliot rendir homenaje a la robusta sombra de Eliza Carter, la valiente anciana que ató una campana a la cabecera de su cama para poder despertarse temprano y estudiar griego. Todas las mujeres juntas deberían echar flores sobre la tumba

de Aphra Behn, que se encuentra, escandalosa pero justamente, en Westminster Abbey, porque fue ella quien conquistó para ellas el derecho de decir lo que les parezca. Es gracias a ella — pese a su fama algo dudosa y su inclinación al amor— que no resulta del todo absurdo que yo os diga esta tarde: «Ganad quinientas libras al año con vuestra inteligencia.». (Woolf, 2001, p.p. 91-92)

Es así que el hacer que otorgó con el tiempo el tener, y con ello la tradición que comienza a surgir a partir de estas mujeres escritoras, es un tener invaluable. Lo que escribe hoy en día una mujer, se transmitirá como posibilidad a las mujeres del porvenir, gracias a que una escribiente del pasado, si bien no de un pasado muy lejano, determinó su acto y le dio forma. Con ello además restituyó derechos por los que lucharon sin tregua mujeres guerreras y visionarias. Virginia Woolf les recuerda a las universitarias de Cambridge que ese encuentro que sucede en esa universidad, que esa conversación y esas sugerencias que ella, Virginia Woolf, les está brindando, son posibles gracias a Aphra Behn y gracias a la mujer de las cavernas, aunque de la mujer de las cavernas no tengamos sus trazos. No ha dejado de repetir a lo largo y ancho de su habitación, que le debemos todo al coraje de las pioneras, so pena de haber perdido el rastro de la mayoría de ellas. Una mujer puede ganar dinero con su inteligencia, algo inaudito hace apenas dos siglos. Si, nuestra tradición es corta. En el capítulo anterior, Virginia decía que era casi nula, pero hace poco, hace apenas dos siglos, la bola de fuego dio inicio a un envolvente trasegar que no podemos dejar apagar. Porque esa historia nuestra tan reciente, esos hechos que son puro hacer, nos llena las manos de posibilidades.

Ya que la novela fue iniciada por las mujeres sin tener y se constituyó a pesar de ello en el punto de partida del tener en la escritura y con ello fueron introducidas al universo de la literatura, cómo lo direccionaron, cómo hicieron uso de ese tener, Woolf lo percibe así: “El impulso hacia la autobiografía quizá ya se haya consumido. Quizás ahora la mujer está empezando a utilizar la

escritura como un arte, no como un medio de autoexpresión” (2001, p. 110). Woolf considera que ya ha pasado el tiempo en el cual la escritura fue herramienta de denuncia, de queja, de demanda, solamente. Que es el tiempo, también, de hacer uso de la escritura como creación que da cuenta de la mirada de una mujer sobre el mundo. Es posible que no se tenga que abandonar la escritura como una manera de denuncia frente a lo que una mujer observa y siente que debe objetar, pero Woolf hace énfasis en contribuir, en expresar lo que deleita, lo que asombra, lo que sorprende. Porque es esto lo que hace falta; que una mujer escritora no solo diga de qué adolece, sino que también cuente qué es lo que ve, cómo percibe el mundo con sus ojos nuevos de escritora, que ahora se abren para disparar un flash sin tregua.

Woolf toma un libro: *La aventura de la vida*, de Mary Carmichael, con el que va a mostrarnos cómo una escritora del presente tiene relación con las del pasado, desde Winchilsea hasta Austen (2001, p. 110). ¿Qué dice Woolf de esa novela? Encuentra fallas, la novela flaquea en algunos puntos, tiene problemas en el deslizamiento de una frase a otra, la autora parece asustada, teme a ser juzgada porque ha escuchado las críticas sobre el estilo femenino, así que trata de no ser florida -nos dice Woolf- y añadir espinas y asuntos rocosos (2001, p. 111). ¿Es ella misma o trata de ser otra persona? Pero Woolf, que más parece una maestra que una lectora frente a la novela de esa Mary, se da cuenta de que Mary hace un giro, hace una jugarreta: “Primero rompió la frase; ahora ha roto la secuencia. Muy bien, está en su pleno derecho de hacer ambas cosas, mientras no las haga con la mera intención de romper, sino con la de crear” (Woolf, 2001, p. 112). Y se encuentra con esta novedad, con este dato anónimo, inédito, que es introducido así:

Siento interrumpirme de modo tan abrupto. ¿No hay ningún hombre presente? ¿Me prometéis que detrás de aquella cortina roja no se esconde la silueta de Sir Chartres Biron? ¿Me aseguráis que somos todas mujeres? Entonces, puedo decir que las palabras que a continuación leí eran exactamente éstas: «A Chloe le gustaba Olivia...» No os sobresaltéis.

No os ruboricéis. Admitamos en la intimidad de nuestra propia sociedad que estas cosas ocurren a veces. A veces a las mujeres les gustan las mujeres. (Woolf, 2001, p. 112)

No se queda Woolf en el hecho de la elección de objeto amoroso como la sorpresa que la obnubila, su énfasis radica en que ello fue escrito por una mujer y es literatura. Porque antes ninguna mujer ha escrito sobre esto, porque las escenas y las emociones sobre una relación amorosa entre dos mujeres no ha sido contada por mujer alguna. Nos habíamos perdido de ello, señala Woolf, porque era inaudito. Y señala aquí cómo la presencia de un hombre podría ser el juzgamiento en tanto han sido ellos los encargados de escribir sobre la totalidad de las cosas. Comencemos por admitir que eso ocurre, recalca Woolf, para que pueda ser escrito. Tenemos entonces una conclusión valiosa de Virginia, y es que la escritura le ha permitido a la mujer narrarse, decirse en su particularidad y generalidad, pudiendo entregarle al mundo un saber sobre las mujeres que no se tenía. Aquí no se cuenta una queja, no hay lamentos, se trata de la palabra escrita que ronda un fenómeno y lo describe desde el sentir de la particularidad de la autora. Que inmenso cambio representaba aquello, sigue diciendo Woolf, qué hubiera pasado si en la literatura se hubiesen contado estos hechos antes, cómo hubieran sido los movimientos, los domos, las estructuras, los virajes en la literatura. Lo convencional hubiera sido cambiado mucho antes de cuando sucedió. “Todas las relaciones entre mujeres, pensé recorriendo rápidamente la espléndida galería de figuras femeninas, son demasiado sencillas. Se han dejado tantas cosas de lado, tantas cosas sin intentar” (Woolf, 2001, p. 113). Ahora ella puede narrarse y narrar el mundo, a partir de que toma la palabra en la escritura, mientras el forjamiento de la literatura se enriquece con aquello novedoso que ella va a decir desde su percepción inédita. También dirá sobre los hombres, opinará sobre ellos, mostrará una perspectiva no conocida que sin duda beneficiará su comprensión y el saber sobre los sexos.

Se pregunta Woolf cómo hubiera sido que en la literatura los hombres solo hubieran sido amantes, novios, bordadores, tomadores de té y no soldados, amigos, guerreros, inventores, científicos, “La literatura se empobrecería considerablemente, de igual modo que la ha empobrecido hasta un punto indescriptible el que tantas puertas les hayan sido cerradas a las mujeres” (2001, p. 115). En la medida en que la literatura expande su escenario con el ojo observador y descriptivo de las mujeres y los hombres, se da una abertura a universos incognoscibles hasta el momento. La historia de la humanidad se beneficia a medida que se suman escritoras y escritores diversos. Aquí no solamente entra a tener la mujer, a ganar, al poder decirse y decir lo que ve, sino que también obtiene ganancia el universo del conocimiento, porque faltaba esa descripción de la intimidad de las mujeres desde ellas mismas. Woolf acentúa que es ganancioso vernos unos a otros, porque cada quien no alcanza a verse:

Porque todos tenemos detrás de la cabeza un punto del tamaño de un chelín que nosotros mismos no podemos ver. Es uno de los favores que un sexo podría hacerle al otro: el descubrir este punto del tamaño de un chelín que todos tenemos detrás de la cabeza. (Woolf, 2001, p. 123)

Si bien describirnos unos a otros y contarnos, desde la perspectiva que sea necesaria, desde la crítica o la admiración, con el objeto de obsequiarnos esa descripción de la forma y el tamaño del chelín, ese punto ciego que no vamos a alcanzar a mirar por nosotros mismos, si bien este señalamiento contribuye al reconocimiento de quienes somos, las palabras de las mujeres sobre sí mismas y sobre sus intimidades abrirán puertas de par en par de salones donde la mirada del escritor tenía acceso pero de manera muy limitada. La escritora nos dejará pasar a la conversación, a los gestos, a las confidencias, a la lógica de esos espacios íntimos, a los susurros, al por qué de esos colores, por qué el raso y no la seda, por qué el rosa y no el sepia. La investigación que Woolf pide a gritos se inicia en la misma literatura hecha por ellas, de ahí que siga exultante respecto a Mary



Carmichael, esta escritora que la ha deslumbrado por introducir en la novedad el mundo íntimo de las mujeres:

Sí Mary Carmichael sabe escribir, y yo empezaba a saborear cierta calidad en su estilo; si cuenta con una habitación propia, de lo que no estoy del todo segura; si cuenta con quinientas libras al año —esto falta probarlo—, entonces creo que ha sucedido algo muy importante. (Woolf, 2001, p.115)

Woolf hace aquí también una enumeración de aquello que es necesario para señalar un momento contundente en el que las mujeres y su escritura marcan un punto de inicio. Porque a partir de este momento, siglo XIX y XX, es que la escritura de las mujeres echa a andar sin más declives, no hay momentos en la historia que se vuelvan a perder, libros extraviados -seguramente algunos sí, pero deja de ser recurrente- y se despunta una nueva era, podría decirse así, de escritura y publicación. Entonces, si la escritora sabe escribir, y nos dará Woolf unas pautas de cómo saberlo, si tiene el talento, que Woolf saborea en su estilo, si tiene una habitación propia, que se refiere al espacio, al tiempo, a la libertad de expresarse, y si cuenta con el dinero que otorga esa libertad, entonces, la historia toma otro rumbo y el barco ha zarpado. “Porque si a Chloe le gusta Olivia y Mary Carmichael sabe expresarlo, encenderá una antorcha en esta gran cámara donde nadie ha penetrado todavía” (Woolf, 2001, p. 115). Y hay que saber escuchar lo que Woolf recalca una y otra vez: la escritura hecha por mujeres tenía ya cierta trayectoria, pero esa novedad de circunstancias qué contar, de historias qué tejer, de universos qué mostrar, pertenecen a lo inédito y las mujeres tienen el acceso a esta caverna virgen aún no descifrada. Porque si resulta que ocurren ciertos sucesos entre las mujeres y hay algunas que saben contarlos, una ventana fulminante de luz está abriéndose de par en par. En el siglo XXI ya hemos recorrido trechos, pero esta concavidad rebosante de lo no dicho, oculta todavía más valor en sus entrañas. Y existen muchas Mary Carmichael que tienen el talento, la habitación y el dinero para contarlos. Y aquellas que aún no

acceden a ello, tendrán unas vías desplegadas para obtenerlo. “Visión así jamás se ha visto desde que empezó el mundo, exclamé” (Woolf, 2001, p. 116). Visiones así todavía faltan por narrarse y por fortuna el siglo de Woolf vio el trabajo de las que la sucedieron a ella: Marguerite Yourcenar y Duras, Herta Müller, Doris Lessing, quienes con su escritura hicieron el tránsito al siglo XXI; seguidas de Alice Munro, Clarice Lispector, Marcela Serrano, Isabel Allende, tan cercanas estas últimas a nuestra región. La novela catapultó la escritura de las pioneras y estas últimas han cosechado la herencia, calcando ciertas formas y al mismo tiempo inventando formatos que se adecuan a la necesidad de expresión. Alice Munro fue la primera cuentista en ganar un novel y fue una mujer. Virginia Woolf estará contenta desde sus aguas aún fecundas.

Es así como en este capítulo he podido rastrear mediante algunas frases, en qué consiste para Woolf la naturaleza de la escritura de las mujeres: un hacer marcado por el no tener, caracterizado por esas faltas materiales e inmateriales que se plasman en la ausencia de escritos, en el estilo, en la tendencia, en la construcción de la historia y en la elaboración de los personajes. Finalmente, también Woolf bosqueja esa naturaleza en el giro del tener, cuando a través de los cambios en el discurso que suscitan las permutaciones sociales, las mujeres pueden disponerse al hacer y así, mediante el forjamiento de esa escritura, obtienen.

#### **Capítulo 4: Vías de Salida Frente al Otro: Teniendo**

Imaginemos a Virginia, durante este período, como una muchacha bastante alta, delgada, que había crecido demasiado, que leía o escribía en una habitación trasera de Hide Park Gate.

Hasta la época del matrimonio de Stella, no tuvo una habitación propia: leía y escribía en la habitación acristalada de la parte posterior de la casa, o en un sillón en el cuarto de juego de los

niños. Pero, en cualquier parte en que se instalara, construía una fortaleza de la que no se le sacaba fácilmente. (Bell, 1980, p. 89)

A mediados y al final de *Una habitación propia*, Virginia Woolf ofrece unas vías de salida a las mujeres, y de manera enfática, a las escritoras desde el tener. Sugiere caminos y propuestas, tanto para escribir como para vivir. Aunque también muestra las vías en las que se puede responder al Otro desde el no tener, por ejemplo, resolviendo no escribir, no trabajar, no enfrentar, posiciones todas estas que se han trabajado a lo largo de esta tesis, especialmente cuando abordé en el tercer capítulo, las consecuencias de no tener en la escritura. No obstante, en este cuarto capítulo voy a enfocarme en mostrar las propuestas que hace Virginia a las mujeres del lado del tener, mostrándoles cómo es posible posicionarse frente al Otro, esto es, al discurso que ha establecido los límites a las mujeres -desarrollado en el primer capítulo- a través de la construcción de la escritura, haciendo de esa respuesta un asunto inédito en la medida en que cada una deberá resolver cómo hacerlo, pero guiadas por sus sugerencias literarias. De acuerdo con esto resaltare sus sugerencias sobre cómo escribir, cómo buscar un tono, definiendo el tipo de escritora a desarrollarse, así como puntualizare en sus sugerencias sobre qué escribir, qué temáticas abordar.

### ***Cómo Posicionarse Frente al Otro***

Qué elementos permiten construir una posición frente al Otro, frente a esa función que, de acuerdo con el psicoanálisis, alude al lugar de dónde se desprenden los significantes que designan ideales, imperativos, formas de proceder para las personas insertas en la cultura, que además contribuya a la transformación de ese lugar, a forjar nuevos discursos que tiendan a labrar un Otro que pueda materializar la lógica de la igualdad de derechos, no de la igualdad de los seres humanos en lo subjetivo o en sus características físicas, sino frente a aquello que nos permita vivir en la diferencia del uno por uno. Más allá de la diferencia entre hombres y mujeres, vivir lo que cada

uno ha forjado de sí, en igualdad de derechos frente a la ley y a la comunidad humana. Virginia Woolf se pregunta por eso, señala que somos diferentes en la medida en que cada uno porta una historia y una manera de hacer con ello, se trate de un hombre o de una mujer y se deleita imaginando el día en que se descubra que no solamente hay dos sexos. Vislumbró quizá este tiempo en el que la pregunta del para qué necesitamos designar el género mediante características físicas o psíquicas llegaría. Virginia Woolf parece adelantarse a Butler (2017) y hace el chiste de que sería muy divertido que nos dieran la noticia de que hay un tercero o un cuarto sexo atisbando escondido entre los setos. Nos deja en sus últimas páginas con disertaciones que apuntan a erigir un lugar que enfrente el vendaval y desde ese lugar ejecutar la labranza. El tener es constitutivo para asumir una posición frente al Otro que permita moverse con libertad:

Realmente, pensé, guardando las monedas en mi bolso, es notable el cambio de humor que unos ingresos fijos traen consigo. Ninguna fuerza en el mundo puede quitarme mis quinientas libras. Tengo asegurados para siempre la comida, el cobijo y el vestir. Por tanto, no sólo cesan el esforzarse y el luchar, sino también el odio y la amargura. No necesito odiar a ningún hombre; no puede herirme. No necesito halagar a ningún hombre; no tiene nada que darme. (Woolf, 2001, p. 53-54)

Unos ingresos fijos, el dinero, aseguran en un primer momento el bienestar del cuerpo que pone a un ser humano en ventaja o desventaja según desde donde se situé. Sobrevivir es el acometido primero de todo ser viviente. Si el poder vivir o no, depende de otra persona seguramente las decisiones y la posiciones que se asuman estarán en pos de ella. Así que el forcejeo amengua en varias direcciones cuando no se tienen estas restricciones, pero especialmente en cuanto a la fatiga subjetiva, esto es, el temor constante de perder las seguridades que estarían en manos de otro, pierde su fuerza cuando las manos propias dirigen la seguridad y el destino que a cada uno concierne. Se dejan de requerir extremos de odio o de amor. No se necesita odiar de unas formas

extremas ni amar hasta algún límite, porque el otro no es quien dirige las hélices de lo que alguna vez fue la veleta. En cuanto a la relación entre los sexos, se transforma de acuerdo con ese tener que el dinero otorga: “Realmente, la herencia de mi tía me hizo ver el cielo al descubierto y substituyó la grande e imponente imagen de un caballero, que Milton me recomendaba que adorara eternamente, por una visión del cielo abierto” (Woolf, 2001, p 55). La felicidad de las mujeres ha estado muy constreñida a ser elegida como objeto amoroso, a ser señalada, no dejada por un supuesto tren donde habría de embarcarse a un destino bastante cómodo para el otro sexo e inculcado como ideal para ellas. Woolf lo dice: hay un cielo abierto, caben allí infinitas posibilidades, pero no solo hay caballeros, también hay edificios, calles, pinturas, libros, opinión propia qué alimentar, parajes alucinantes y algunos muy corrientes, gratos y sorprendentes.

De modo que, imperceptiblemente, fui adoptando una nueva actitud hacia la otra mitad de la especie humana. Era absurdo culpar a ninguna clase o sexo en conjunto. Las grandes masas de gente nunca son responsables de lo que hacen. Las mueven instintos que no están bajo su control. También ellos, los patriarcas, los profesores, tenían que combatir un sinnúmero de dificultades, tropezaban con terribles escollos. Su educación había sido, bajo algunos aspectos, tan deficiente como la mía propia. (Woolf, 2001, p. 54)

Es absurdo culpar al semejante, dice Woolf, pues quién tiene la culpa, quién no transita bajo la sombra del discurso que lo precede, que lo pone a funcionar. Nos mueven instintos, que no están bajo nuestro control, lo que al parecer significa en Woolf que nos movilizan fuerzas que no podemos controlar, comandos que nos llegan del gran techo del discurso. A todos, mujeres y hombres. Porque también los hombres se las tienen que ver con dificultades, con las consecuencias que advienen por ocupar el lugar asignado y asentir a ello. Virginia Woolf señala los efectos que también recaen sobre los hombres por llevar a cabo esas asignaciones que les fueron dadas y las muestra en este momento en que se dirige a las mujeres para reiterarles que hay que pasar de la

queja contra el otro y dilucidar la tragedia que el otro experimenta, en aras de proseguir con el rumbo propio:

Su educación había sido, bajo algunos aspectos, tan deficiente como la mía propia. Había engendrado en ellos defectos igual de grandes. Tenían, es cierto, dinero y poder, pero sólo a cambio de albergar en su seno un águila, un buitre que eternamente les mordía el hígado y les picoteaba los pulmones: el instinto de posesión, el frenesí de adquisición, que les empujaba a desear perpetuamente los campos y los bienes ajenos, a hacer fronteras y banderas, barcos de guerra y gases venenosos; a ofrecer su propia vida y la de sus hijos. (2001, p. 54)

Woolf instaura aquí la educación en relación directa con las posiciones de los hombres y las mujeres. Un discurso transmitido y enseñado. A cada sexo un discurso diferente, no solo tomado de una manera particular por cada uno, en su singularidad, sino que además el contenido fue diferente. De acuerdo con esto, ese poder que les ha sido adjudicado acarrea consecuencias que los hombres también pagan y que permite comprender, diferente a asentir, la violencia con la que se relacionan con las mujeres. De entrada, ha existido la emergencia de situarse por encima en aras de llevar a cabo el imperativo del discurso, aunque sea irracional: “Estos instintos son desagradables de abrigar, pensé. Nacen de las condiciones de vida, de la falta de civilización” (2001, p. 54-55). Esa diferenciación que vulnera a las mujeres y superpone a los hombres en mejores condiciones les exige a ellos un pago del que no están exentos y que ilumina la falta de civilización ocurrida en la historia del mundo, de la antigüedad. Y cuando se sabe y se conoce esta condición del otro sexo, sin asentir a ello, los efectos de ese saber les propician a las mujeres situarse en otro lugar:

Y al ir dándome cuenta de estos escollos, el temor y la amargura se fueron transformando poco a poco en piedad y tolerancia; y luego, al cabo de un año o dos, desaparecieron la piedad y la tolerancia y llegó la mayor liberación de todas, la libertad de pensar directamente

en las cosas. Aquel edificio, por ejemplo, ¿me gusta o no? ¿Es bello aquel cuadro o no? En mi opinión, ¿este libro es bueno o malo? (Woolf, 2001, p. 55)

Una vez se sabe, en tanto conocimiento aprehendido, la mayor liberación de todas, nos ilustra Woolf, a propósito de la lucha de las mujeres, es soltarse de ese objeto de atención que subyugó y que sigue sometiendo en tanto se pende de él, aunque ya no existan las cuerdas, aunque no se tengan ataduras, pues proseguir con la mirada fija en el cadalso es vivir eternamente decapitadas. Se debe pasar de ahí, sobrepasar la anterior posición para situarse en otra. No quedarse en la rememoración después de comprender lo acaecido.

De allí la importancia del llamado que Virginia hace al trascender, al continuar, incorporando los cambios de discurso actuales. Al comprender la historia, los sucesos, las posiciones de uno y otro, lo que era temor se convirtió en piedad. Del miedo se pasa al entendimiento del otro. Pero no se queda ahí, Virginia muestra el trasegar, logra salir del miedo y la amargura porque entiende, porque logra saber. Pasa a la tolerancia como un estado de transición que finalmente la llevará a la contemplación, al arte y a la literatura. Ella muestra cómo debe existir un segundo momento que aparece después de la tolerancia y la piedad y es que la mirada se dirige a otra parte, la ocupación es otra, la contemplación por la existencia se hizo plena, sin que estorbaran esos sucesos que alguna vez fueron temor y amargura.

Y en tanto Virginia está en la búsqueda de las escritoras del pasado que le ayuden a comprender la situación de las mujeres como escritoras y a configurar unas vías de esa salida mediante ese tener en la escritura, esto es lo que reflexiona de la posición que Mary Carmichel asume y que se refleja en su arte:

No obstante, tenía ciertos puntos a su favor que mujeres con mucho más talento no poseían hace apenas medio siglo. A sus ojos, los hombres habían dejado de ser la «facción de la oposición»; no necesitaba perder tiempo prorrumpiendo en invectivas contra ellos; no

necesitaba subirse al tejado y turbar la paz de su espíritu suspirando por viajes, experiencia y un conocimiento del mundo y de la gente que le era denegado. El temor y el odio habían casi desaparecido o sólo se observaban trazas de ellos en una ligera exageración de la alegría de la libertad, en una tendencia al comentario cáustico o satírico, más que al romántico, cuando se refería al otro sexo. (Woolf, 2001, p.p.125-126)

El giro del discurso social que habita Mary Carmichel, le da unos puntos a favor. Tenía algo que esas mujeres con talento no tenían: un cambio social iniciándose en cuanto al lugar de las mujeres y su posición particular en cuanto a asentir a esos cambios y a disponerse a la construcción. No tenía que ocuparse de la oposición que antes les representaban los hombres a las mujeres, en la misma medida. El tiempo y el esfuerzo podían dedicarse a otras inventivas, como a la escritura en el caso de Carmichel. Y sin duda, quedan más que trazos y rezagos de un discurso que todavía circula en las palabras, en las imágenes, en la publicidad, en la crianza, y que brota como protesta o como asentimiento en algunos momentos de la escritura y de la existencia, pero es la reelaboración de la que se trata, lo que permitirá el proceso constante del cambio. La propuesta de Woolf así interpretada se inclina a moverse del temor y el odio, a resignificar en términos de dar otro valor al lugar asignado que causó dolor, indignación, resentimiento. Ocupar otro lugar a través del giro, de la decisión, a propósito de que se habitan otras palabras que construyen discurso. En esa medida no trasegar la repetición del lugar y las funciones dadas y entregar la vitalidad que se adjudicaba al temor y al odio a la creación. El odio convertido en savia que gesta vida literaria, para decirlo así. He aquí cómo la construcción del discurso permite esos giros particulares:

Pensé que ahora es mucho más difícil de lo que debió de ser hace un siglo decir cuál de estos empleos es el más alto, el más necesario. ¿Es mejor ser repartidor de carbón o niñera? ¿Es menos útil al mundo la mujer de limpiezas que ha criado ocho niños que el abogado que ha hecho cien mil libras? De nada sirve hacer estas preguntas, que nadie puede



contestar. No sólo sube y baja de una década a otra el valor relativo de las mujeres de limpiezas y de los abogados, sino que ni siquiera tenemos módulos para medir su valor del momento.(Woolf, 2001, p. 56)

Los estándares de medición que se tenían hasta el siglo XX acerca de los oficios o los roles o las funciones llevadas a cabo por un hombre o una mujer empezaron a cambiar. Virginia Woolf señala esto aquí, cómo los índices y los razonamientos que han estado midiendo los lugares y los roles que ocupaban las mujeres y los hombres fueron interrogados, fraguándose una desaparición en cuanto a la asignación de esos roles. Puede decirse que aún se forja, porque todavía ciertos roles asignados solo a las mujeres como el servicio doméstico, el cuidado de la niñez (oficio de niñeras), las funciones de secretaria en su mayoría las llevan a cabo mujeres. Se conservan estigmas en cuanto al desempeño de ciertos roles y oficios, pero resulta más difícil hacer distinciones hoy en día. Faltan índices para medir el valor de esos roles y oficios, pero también, es que han variado y las personas que los ejercen también. Algunos hombres ya se ocupan de la limpieza -de las empresas, todavía no del servicio doméstico- y las mujeres, ya son abogadas u ocupan otras profesiones. No obstante, en la actualidad del siglo XXI todavía las brechas de género saltan a la vista. Cuando de ejercer profesiones en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas se trata, las mujeres siguen rezagadas a la hora de lograr culminar estudios y ejercer ciertas profesiones)<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> El periódico Alma Mater de la Universidad de Antioquia retomó esta información, llamando la atención como institución educativa superior, acerca del efecto tijera que tiene la educación y la profesionalización de las mujeres hoy en día, pues si bien las jóvenes tienen acceso a la formación universitaria se ven limitadas al culminar los estudios y pretender ejercer en las carreras científicas. Según el estudio se encuentran de nuevo con las antiguas parafernalias que consideran que los hombres tienen mayor trayecto en la ciencia y presentan menos riesgos de ver interrumpido su hacer científico por asuntos como la maternidad, lo que restringe la participación de las mujeres en el mundo científico de la actualidad, en pleno 2021. Aspectos como este pasan por encima de las elecciones personales de las mujeres. (Aristizábal y Piedrahita, Periódico Alma Mater, febrero 12 de 2021, Universidad de Antioquia).

Virginia vislumbra cómo habrán de quedar situadas las profesiones y las mujeres en ese porvenir, donde unos y otras habrán de dejarse llevar por sus elecciones íntimas sin que los imperativos externos claudiquen las ambiciones:

Además, dentro de cien años, pensé llegando a la puerta de mi casa, las mujeres habrán dejado de ser el sexo protegido. Lógicamente, tomarán parte en todas las actividades y esfuerzos que antes les eran prohibidos. La niñera repartirá carbón. La tendera conducirá una locomotora. Todas las suposiciones fundadas en hechos observados cuando las mujeres eran el sexo protegido habrán desaparecido, como, por ejemplo (en este momento pasó por la calle un pelotón de soldados), la de que las mujeres, los curas y los jardineros viven más años que la demás gente. Suprimid esta protección, someted a las mujeres a las mismas actividades y esfuerzos que los hombres, haced de ellas soldados, marinos, maquinistas y repartidores y ¿acaso las mujeres no morirán mucho más jóvenes, mucho antes que los hombres y uno dirá: «Hoy he visto a una mujer», como antes solía decir: «Hoy he visto un aeroplano»? No se sabe lo que ocurrirá cuando el ser mujer ya no sea una ocupación protegida, pensé abriendo la puerta. (Woolf, 2001, p. 56-57)

Al parecer el sexo protegido para Virginia es el sexo al que se le adjudican unas funciones y se las hace inmutables, fijas. Viene hablando de la utilidad de los oficios, de la diferencia entre los roles de uno y otro sexo. El sexo protegido para ella es el de la mujer. Augura que dentro de cien años eso habrá cambiado. Y bien, a punto estamos de que haya transcurrido ese tiempo, vale decir que se ha permutado un cambio importante, hoy no somos del todo el sexo protegido. Han variado algunas circunstancias que nos permiten elegir otros lugares. Tomamos parte en todas las actividades y esfuerzos que antes nos estaban prohibidos. Nos movemos, la que era niñera hoy reparte carbón, las mujeres conducen camiones, taxis y el metro. Aquella suposición de que el cuerpo femenino presenta una serie de obstáculos para ejercer alguna función empieza a ser

derribada, no solo son cirujanas, son soldados, arquitectas y obreras de construcción. Hacía falta ejercitar ese cuerpo para que el signo de delicadeza se desplazara y no fuera más amordazada en esa trampa. Los músculos y la fuerza física le conciernen. La particularidad de cada una de las mujeres ya no está trazada allí. Cuando cese la protección desmedida, su cuerpo se abrirá paso y su subjetividad tendrá donde asentarse, dónde apuntalarse. Hay el asomo en Woolf de interrogar esa noción de mujer dada a las mujeres, cuando esgrime: «Hoy he visto a una mujer», como antes solía decir: «Hoy he visto un aeroplano». Es decir, esa necesidad de hacer distinción entre los sexos, ¿cambiará en el presente y en el porvenir? ¿O ya está cambiando?

Para insistir con Woolf: si se dispone el cuerpo, se ejercita, se da la disciplina necesaria, ¿cuál sería la diferencia entre esos dos organismos? Si se educa, si se transmite a cada uno, con su singularidad, las destrezas que requiere para lo que decide emprender, podría acceder a aquello a lo que aspira. Sin límites, en cuanto a capacidad, en cuanto a fortalezas. Si los cuerpos son entrenados y expuestos a las experiencias, la debilidad de uno u otro pertenecería más a cada caso en particular, no a la distinción de sexo. Ya se ha dicho aquí que el discurso está en relación con la subjetividad, esa particularidad del uno por uno pende de esa gran armazón de mensajes.

Igualdad en cuanto a acceder a aquello que se requiere para fortalecerse y hacerse en las experiencias. Igualdad para acceder sin tropiezos a las aspiraciones que cada uno y cada una se traza, pero en la diferencia ineludible que cada uno y cada una define desde las libertades de sus elecciones. Esa es la invitación de Woolf en cuanto a posicionarse frente al Otro, ya que ser distintos es a sus ojos una ventaja para crear y para vivir, siempre y cuando ser distinto no borre la igualdad en cuanto a derechos y no conlleve a establecer jerarquías de grandeza o importancia:

Sería una lástima terrible que las mujeres escribieran como los hombres, o vivieran como los hombres, o se parecieran físicamente a los hombres, porque dos sexos son ya pocos, dada la vastedad y variedad del mundo; ¿cómo nos las arreglaríamos, pues, con uno solo?

¿No debería la educación buscar y fortalecer más bien las diferencias que no los puntos de semejanza? Porque ya nos parecemos demasiado, y si un explorador volviera con la noticia de otros sexos atisbando por entre las ramas de otros árboles bajo otros cielos, nada podría ser más útil a la Humanidad; y tendríamos además el inmenso placer de ver al profesor X ir corriendo a buscar sus cintas de medir para probar su «superioridad» (Woolf, 2001, p. 120)

No se trata de pretender la igualdad en el cuerpo y en la subjetividad. No podría una persona igualarse a otra persona. Es cautivador y útil a la creación literaria, en este caso, las diferencias que nos subyacen. Cada ser escribe y vive en su diferencia. Pretender una lucha para igualarse al otro u otra es inoperante, por lo imposible y lo absurdo de la empresa, pues por lo demás, ¿qué tendrían entonces que contarse unos a otros. La inmensa pluralidad que nos habita en la actualidad para nombrarnos (heterosexuales, bisexuales, homosexuales, y todas las designaciones que se esfuerzan en clasificar a las personas de acuerdo con su elección sexual, para dar un ejemplo) es una muestra de la diversidad que nos subyace. De esas diferencias, nos dice Woolf, nos podemos recrear, reinventar. Queda demostrado que decirnos de un sexo u otro, es insuficiente. Y este es un llamado para la educación, acerca de fortalecer las diferencias, no en propender por igualdades imposibles que borren las singularidades. Fortalecer las diferencias, en lo íntimo de lo subjetivo, en cuanto a elecciones que van desde objetos amorosos hasta el oficio a elegir, para lo cual la escuela tendría que transformar sus currículos, tendiendo a que las vocaciones tengan una manera de explorarse en el conocimiento, no de generalizar la formación para todas y todos. Virginia Woolf contradice aquí la idea de un derrocamiento de límites por parte de las sociedades, más bien invita a mirar la ganancia de la diversidad, si fuéramos más que hombres y mujeres, a pesar de que ello quiebra lo establecido, ¿qué ganancias obtendríamos desde la cultura, la ciencia y el arte, pero especialmente desde la convivencia y la tolerancia con el otro.

Al imaginar a ese profesor midiendo con cintas la superioridad de uno u otro sexo se divierte al pensar lo engorroso que va a resultarle a ese medidor extraer jerarquías de la diversidad.

Situarse así, desde el reconocimiento de que el otro puede ser distinto, que cada uno lleva la marca de la excepción, pero la excepción que accede a lo que tiene derecho, aminora las disputas frente al poderío, frente a lo superior o lo inferior. Acalla el imperativo que ha circulado de siglo en siglo acerca de un sexo predominando sobre el otro, posiciones y maneras que disminuyen las contrarias. La pugna cesa y si bien algunas posiciones subjetivas hacen ruido, el gran caudal de las palabras que nos nutren, se irán tiñendo de las revoluciones que podrían brotar en un nuevo discurso, en un Otro más tolerante de la diferencia.

### ***Cómo Escribir***

El escritor, pensé, una vez su experiencia terminada, debe reclinarse y dejar que su mente celebre sus bodas en la oscuridad (Woolf, 2001, p. 141)

Virginia Woolf ya nos ha ilustrado acerca de la historia de la escritura de las mujeres, especialmente de aquellas que tomaron la literatura por oficio en el siglo XIX. A medida que sus palabras se acercan al final en *Una habitación propia*, se da la vuelta para mirar y decir ya no al pasado, sino al presente, al futuro, para legarle a sus congéneres escritoras unas sugerencias, advertencias, señalamientos que tienen como objetivo propiciarles un hacer generoso en la productividad literaria y muy auténtico, sin el impedimento de la lucha que tanto obturó la escritura de las antepasadas escribientes.

Una de las frases de Woolf (2001) que se repiten a lo largo del libro, a manera de imperativo para las escritoras es esta: “El dinero dignifica lo que es frívolo si no está pagado” (p. 20). Ganar dinero con lo que se escribe tendría que ser una condición para que ese oficio se sostenga en el tiempo y le permita a la escritora el forjamiento de un hacer. Obtener la posibilidad de vivir a través

de esa labor de la escritura, hace además un reconocimiento social, se refuerza la tradición de las mujeres como escritoras. Escribir reconociendo la libertad que ese oficio requiere, sin permitir que se pongan obstáculos a la expresión de la autora:

La literatura está abierta a todos. No te permitiré, por más bedel que seas, que me apartes de la hierba. Cierra con llave tus bibliotecas, si quieres, pero no hay barrera, cerradura, ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente. (Woolf, 2001, p. 104)

El mismo asentimiento al hacer, de manera que discurra la expresión propia sin obstáculo, hace de grito y de lucha a quien pretenda velar lo que se quiere narrar. Eso también quiere decir, que a pesar de que la novela ha sido el faro en la escritura de las mujeres, cada una va a encontrar su manera, su tono, su estilo:

No cabe duda que algún día, cuando la mujer disfrute del libre uso de sus miembros, le dará la configuración que desee y encontrará igualmente un vehículo, no forzosamente en verso, para expresar la poesía que lleva dentro. Porque la poesía sigue siendo la salida prohibida. Y traté de imaginar cómo escribiría hoy en día una mujer una tragedia poética en cinco actos. ¿Usaría el verso? ¿O más bien usaría la prosa? Pero éstas son preguntas difíciles que yacen en la penumbra del futuro. (Woolf, 2001, p. 106)

Quizá sea uno de los primeros asuntos que deba resolver la escritora frente a su oficio: cuál es el vehículo a través del cual expresará lo que tiene para decir, esa poesía que lleva dentro, como dice Woolf. Ya que nos recuerda que la poesía ha sido donde más difícil le ha resultado a la mujer crear, aunque la poesía, incesantemente dicho por Virginia, es la fuente de toda expresión, sea que se transmita en verso o en prosa. La escritura no es más que el surtimiento de la poesía que pugna por ser vertida, la mirada del mundo que el escritor percibe y que deja fluir. Puede decirse en verso o en prosa, para repetirlo, o en un estilo no inventado. Muchas autoras contemporáneas dan cuenta de estos estilos en la actualidad, cuando mediante sus narraciones recrean episodios, momentos,

historias que no necesariamente son cuentos o novelas y que se hace tan difícil clasificar y que tal vez no habría que clasificar -Isabel Allende (2020), Marcela Serrano (2012)-. Es una pregunta a la que Woolf invita a responderse: cuál estilo habrá de elegirse para que fluya la impresión que se tiene del mundo. Además del estilo, inquiera también por las condiciones físicas, el acople del cuerpo, los tiempos:

...de modo que sólo me detendré un momento, para haceros reparar en el papel importante que, en lo que respecta a las mujeres, las condiciones físicas deberán desempeñar en este porvenir. El libro tiene que adaptarse en cierto modo al cuerpo y, hablando al azar, diría que los libros de las mujeres deberían ser más cortos, más concentrados que los de los hombres y contruidos de modo que no requieran largos ratos de trabajo regular e ininterrumpido. Porque interrupciones siempre las habrá. También, los nervios que alimentan el cerebro parecen ser diferentes en el hombre y la mujer y si queréis que la mujer trabaje lo mejor y lo más que pueda, hay que encontrar qué trato le conviene...” (Woolf, 2001, p. 107)

El libro tiene que adaptarse al cuerpo. Hago el énfasis en que Woolf está escribiendo este ensayo en 1928, donde está lejos todavía el día en que diremos que los cuerpos de las mujeres han sido entrenados para hacer todo tipo de funciones. Aquí Woolf señala de manera puntual unas diferencias no solo en la lógica del uno por uno, sea hombre o mujer, sino de un cuerpo que ha requerido ajustarse a una diferenciación imperativa de funciones, de lugares, que, en vez de resaltar la diferencia como una ventaja, se llevó a cabo como una restricción. Un cuerpo encerrado en el hacer doméstico y aplicado exclusivamente al maternaje<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Maternar: acciones dirigidas al cuidado y la crianza de una niña o un niño.

Vale la pena hacerse la pregunta con la ayuda de Woolf: ¿hay unas diferencias físicas a tener en cuenta en referencia al cuerpo de las mujeres? El aparato reproductor femenino sigue siendo desde la biología una característica propia de las mujeres, a partir de la cual el periodo menstrual, el menstruar como tal, ocasionan cambios importantes en el organismo de la mujer. La gestación, el parto y el puerperio, de una manera mucho más pronunciada. Esto quiere decir que es innegable que una mujer tiene unas condiciones biológicas constantes, que deben tenerse en cuenta para el desempeño de sus tareas, para el entrenamiento de su cuerpo, para la escritura. Pero quizá sea preciso decir que el cuerpo masculino tiene de igual forma unas condiciones que habría que considerar en su desempeño cotidiano. Volver a la cuestión de tratar cada organismo en su singularidad es el faro que debería iluminar las condiciones de cada caso, más allá de estimarlo en tanto cuerpo femenino o masculino, es el cuerpo de cada persona lo que determinará esos cuidados a evaluar. Pero debe repetirse aquí que, en tiempos de Woolf, y todavía en este presente de siglo XXI, donde las funciones, los roles, todavía se llevan a cabo en grandes distinciones, esas singularidades en los desempeños, en las que está implicado el cuerpo de las mujeres deben tenerse en cuenta, so pena de las transformaciones advenidas.

También señala Woolf unas diferencias físicas en cuanto al libro que producirá la escritura de las mujeres. Han cambiado las circunstancias actuales y algunas mujeres cuentan con tiempos y ritmos que les permiten levantar grandes libros de su inventiva. Gruesos tomos -pienso en el *Cuaderno dorado* de Doris Lessing (2013)- y colecciones que no dimensionaba Woolf en aquel octubre de 1928 frente a su ventana. Para ella los libros deben ser más cortos a propósito del tiempo del que disponían las mujeres, contextualizado con sus ocupaciones. Y supone que para los años venideros todavía el tiempo de las mujeres estará comprometido con ocupaciones que pertenecen al ámbito de lo doméstico. No se equivocó, todavía en el siglo XXI, las mujeres tienen a cargo



ocupaciones domésticas que exigen grandes cantidades de su tiempo por lo que el volumen de los folios no será muy voluminoso.

“También, los nervios que alimentan el cerebro parecen ser diferentes en el hombre y la mujer”, y para que ella trabaje lo mejor que pueda, entonces hay que interrogar qué plazos de tiempo le van bien. Podríamos decirle a Virginia Woolf desde nuestro presente: quizá cada persona deba sopesar estos aspectos, tampoco sería posible generalizar unas condiciones para las mujeres y otras para los hombres, una por una y uno por uno, sería el mejor de los cálculos. Los nervios que alimentan el cerebro, dice Woolf, son diferentes en el hombre y en la mujer. También me atrevo a complementar: son diferentes para cada una y cada uno, lo que hace que cada escribiente se pregunte por sus ritmos, sus tiempos y sus espacios.

En cuanto a cómo escribir en términos de cómo situarse en tanto mujer que observa el mundo y devuelve sus impresiones a través de la palabra escrita, Virginia Woolf nos recuerda:

La lectura y la crítica han abierto posiblemente a la mujer nuevos horizontes, le han dado mayor sutileza. El impulso hacia la autobiografía quizá ya se haya consumido. Quizás ahora la mujer está empezando a utilizar la escritura como un arte, no como un medio de autoexpresión (, 2001, p.p. 109-110).

El hecho de que las mujeres tengan tiempo para leer, accedan a la información y al estilo de las otras escritoras y escritores, ha propiciado que su escritura tenga avances considerables. Los ojos se han vuelto sobre su labor literaria y con ello han empezado a pulir y a corregir lo que se requiere, hasta donde esa crítica no las vaya a constreñir, lo ha sugerido Woolf: “...vi, pero esperé que ella no viera, a los obispos y los deanes, a los doctores y los profesores, a los patriarcas y a los pedagogos gritándole todos advertencias y consejos” (2001, p. 127). En vez de circunscribirse a los límites tradicionalmente impuestos, se espera que las mujeres aprendan de los señalamientos que las escritoras y los escritores se hacen en el marco de la crítica, y usen aquellas sugerencias

que han de enaltecer su decir escrito. Ahora las mujeres escriben más allá de la autoexpresión, dice Woolf, es decir, más allá de la necesidad de narrar asuntos propios, a la manera epistolar, a la manera de diario, y han pasado a otro tipo de contemplación del mundo. Ahora podría pensarse que Woolf no quiso constreñir ningún estilo para ellas, la sugerencia constante es que se aferren a una manera auténtica de nombrar, incluso cuando se trate de narrar lo propio, se debe tantear una manera de cómo iluminar esos recovecos subjetivos que también pueden llevar a la contemplación (2001, p. 122). No obstante, Woolf sugiere cultivar un tipo de novelista, la novelista contemplativa, la que no es naturalista:

Bastante atareada estará Mary Carmichael con sólo observar, pensé, flotando todavía a cierta distancia de la página. Por ello me temo que sienta la tentación de convertirse en lo que es, en mi opinión, la rama menos interesante de la especie, la novelista *naturalista* [énfasis añadido], en lugar de la novelista *contemplativa* [énfasis añadido] Tiene ante los ojos tantos hechos nuevos que observar. No tendrá que limitarse más a las casas respetables de la clase media acomodada. Entrará sin amabilidad ni condescendencia, pero con espíritu de camaradería, en estas habitaciones pequeñas y perfumadas donde están sentadas la cortesana, la prostituta o la dama con el perrito faldero. Todavía están allí, con los vestidos toscos y de confección que el escritor varón no tuvo más remedio que ponerles. Pero Mary Carmichael sacará las tijeras y se los ajustará a cada hueco y ángulo. Será un espectáculo curioso, cuando llegue, ver a todas estas mujeres tal como son, pero debemos esperar un poco, porque todavía detendrá a Mary Carmichael aquella timidez en presencia del «pecado» que es el legado de nuestra barbarie sexual. Todavía llevará en los pies las viejas cadenas de pacotilla de la clase. (Woolf, 2001, p.p. 120-121)

La novelista naturalista, aquella que se queda en su espacio, en sus tareas, en su ámbito, en aquellos lugares siempre dichos y ocupados, donde siempre ha estado atareada. Ubicada como una

mujer, tal cual la han inventado, no despojada de su sexo. No entregada al fenómeno, sino siendo ella misma un personaje. Y podría ser un personaje, si ilumina correctamente las profundidades de donde lo extrae y toma la distancia precisa: "...debes iluminar tu propia alma, sus profundidades y frivolidades, sus vanidades y generosidades, y decir lo que significa para ti tu belleza y tu fealdad y cuál es tu relación con el mundo siempre cambiante..." (Woolf, 2001, p. 122-123). La naturalista no tendrá mucho que observar, excepto aquello donde tiene permitido entrar. Describirá su entorno hasta cansarnos, hasta parecer la recitadora de oraciones. La presencia del pecado la detiene, asiente a aquello que le dictan, que puede observar y decir.

La novelista contemplativa: la que tiene ante los ojos una multitud de hechos que observar porque va a entrar donde quiera, a donde su apetito de pesquisar la lleve. Con espíritu de camaradería, esto es, en respeto y comprensión con aquellas de su mismo sexo, va a dejarse sorprender por el vendaval de sucesos. Tendrá acceso a esa realidad que ya pintaron los escritores, pero ella vera todo despojada del miedo al pecado. La dejaran entrar, porque es una camarada. Y podrá ver de cerca los secretos de las faldas y los tules, y los arcos y los tejidos que han velado tanto la mirada, impidiendo una correcta visión alrededor de ciento ochenta grados. Virginia Woolf nos ruega que hagamos eso, que escribamos así, con un deleite copioso en despertar los objetos adormilados. Casi podemos oír cómo saltan las cadenas de los tobillos a medida que la escritora mira y luego se inclina hacia su hoja en blanco.

He aquí una formula muy precisa que nos otorga Woolf a manera de lección: "escribía como una mujer, pero como una mujer que ha olvidado que es una mujer, de modo que sus páginas estaban llenas de esta curiosa cualidad sexual que sólo se logra cuando el sexo es inconsciente de sí mismo (2001, p. 126). Una mujer percibiendo el mundo, desde su único y particular modo de percibirlo y devolviendo esa impresión en escritura, no con la intención de producir percepciones que se ha supuesto que ve una mujer, sino de verter una percepción particular que viene de una

persona que es una mujer. Y esa mirada particular pasa y deja su esencia cuando no es esa la intención, cuando el ojo inquiere el fenómeno fervientemente. Parafraseando a Woolf: cuando los hilos invisibles se revelan y la escritora toma nota, porque se ha conjugado el fenómeno y la escritora que lo percibió. Sigue diciendo: “Pero ni la abundancia de sus sensaciones, ni la delicadeza de su percepción le valdrían para nada si no sabía construir con lo pasajero y lo personal el edificio duradero que permanece en pie” (2001, p. 127). Con lo pasajero, con las contingencias que se cruzan en su camino, las mujeres deben formar su amasijo. Porque si bien Woolf ha insistido en que la queja, la anécdota y autoexpresión, como ella lo nombra, no sean la materia de la escritora, aquí nombra a los fenómenos circunstanciales, con los que la escribiente se va a topar día a día, y a lo personal, lo que también puede servir de materia prima, como material de escritura, con el tratamiento que ella ha señalado: la novelista contemplativa que toma distancia del fenómeno y sale de escena, incluso aunque de lo personal se trate.

Sugiere que, al escribir, las mujeres no miren hacia la sombra que todavía resguarda gruesas cadenas en busca de tobillos y sujeciones:

Y mientras la miraba preparándose para la prueba, vi, pero esperé que ella no viera, a los obispos y los deanes, a los doctores y los profesores, a los patriarcas y los pedagogos gritándole todos advertencias y consejos. ¡No puedes hacer esto y no debes hacer aquello! ¡Sólo los «fellows» y los «scholars» pueden pisar la hierba! ¡No se admite a las señoras sin una carta de presentación! ¡Gráciles doncellas aspirantes a novelistas, por aquí! Así le gritaban, como la muchedumbre agolpada ante una valla en una carrera de caballos, y su éxito dependía de que saltara la valla sin mirar a la derecha o a la izquierda. Si te paras para maldecir estás perdida, le dije; lo mismo si te paras para reír. Titubea o da un traspie y será el fin. Piensa en el salto, le imploré, como si hubiera apostado en ella todo mi dinero; y salvó el obstáculo como una gacela. Pero había otra valla después de ésta, y después otra.

De si tendría la resistencia suficiente no estaba yo muy segura, pues las palmadas y los gritos ponían los nervios de punta. Pero hizo lo que pudo. Teniendo en cuenta que Mary Carmichael no era un genio, sino una muchacha desconocida que escribía su primera novela en su salita-dormitorio, sin bastante cantidad de estas cosas deseables, tiempo, dinero y ocio, no salía mal de la prueba, pensé. (Woolf, 2001, p.127-128)

Porque todavía están allí, recelosas en la tribuna y algo incrédulas, a la espera de que sus reglas y límites vuelvan a tener validez, las antiguas proclamas que se esgrimen en pro de resarcirse, de aprovechar los sortilegios de su amplia tradición que tarda tanto en deshacerse y que probablemente va a conservarse adherida un largo trecho. Habrá que tener de brújula, ahora que los vientos del cambio se enfilan para desmoronar las antiguas monarquías de un sexo sobre el otro, al propio deseo de persistir en mirar al mundo desde el propio palco, dilucidar constantemente la manera fiel en la que la voz particular, la voz de la escritora surtirá su efecto de traductora de la percepción ignota. Todavía en el mundo donde los libros vienen a la vida, los bedeles asienten o niegan esos partos de palabras y papel, aunque las variaciones se introducen con cierta precariedad, pudiendo aún dictar qué se escribe o no, cuánto puede escribir una mujer, sobre qué temas, si el número de ellas es conveniente o no hace falta en los catálogos universales. No se debe escribir pensando en estos límites y en tratar de saltar la barraca consintiendo. Un gran salto se produce cuando se engeuece el aire a causa de la genialidad, como un proyectil imposible de ignorarse. Lo que conmociona es dinamita en el amplio cielo azul. Y el éxito depende, nos aconseja Woolf, de que nos concentremos en la tarea, de no mirar ni a la izquierda ni a la derecha, de no concentrar la energía en refutar -habrá que refutar en ese mismo resultado de obra, cada una tendrá que refutar sin que su hacer se perjudique- ni en asentir al pedido de regresar a los antiguos dictámenes. Saltar la valla, pese a los obstáculos, agarradas de aquello que promete ser la única rienda segura: prendadas de sí mismas, la fuerza puesta en la obra, la obra agarrada de la vida. Negadas a escuchar

el murmullo externo que siempre quiere decir cómo se deben hacer las cosas, revertir a Quiroga (1927), creer en sí misma más que en un maestro, ser fiel al murmullo que concierne a cada una, en ese momento en que la contemplación del mundo invita a narrarlo. Conociendo de antemano que las pruebas no van a cesar.

Lo que importa es que escribáis lo que deseáis escribir; y nadie puede decir si importará mucho tiempo o unas horas. Pero sacrificar un solo pelo de la cabeza de vuestra visión, un solo matiz de su color en deferencia a un director de escuela con una copa de plata en la mano o algún profesor que esconde en la manga una cinta de medir, es la más baja de las traiciones; en comparación, el sacrificio de la riqueza y de la castidad, que solía considerarse el peor desastre humano, es una mera fruslería. (Woolf, 2001, p. 143)

En aras de que no persigan los limitantes que Virginia Woolf señala al comienzo de su libro y pueda depurarse la historia que todavía pisa los talones, aquí hay un llamado a escribir con honestidad, puro acto de creación. Porque cada una tendrá una visión única e irrepetible del universo que tiene ante sus ojos. Nunca podrá ser posible que el jilguero se allegue a los oídos de la misma manera para dos personas. Y la literatura merece ser vertida con lo variopinta de estas sensaciones. Si bien la castidad y la amenaza del no tener surtieron su efecto durante tantos siglos -a excepción de unas pocas- ya no se precisa venderle los ojos a ningún bedel. Se requiere aguzar los dedos y transcribir a la página esa labia que se surte cuando la escritora se empeña en cultivarse. Si bien en el pasado, sacrificar la riqueza y realzar la importancia de la castidad eran las amenazas constantes que servían de contenedores para mostrarle a las mujeres los efectos de su osadía de transgredir, ahora podrían ser las amenazas de no ser publicadas o aceptadas a causa de la osadía de pretender ser inéditas y buscar la manera íntima de expresar universalmente lo que transmite el mundo a cada escritora. No vale un solo pelo de la cabeza, profiere Woolf y lo pagará la obra, que es la propia voz desembrollada en lenguaje.

Tenía una sensibilidad muy amplia, ávida y libre, que reaccionaba prácticamente al toque más imperceptible. Se recreaba, como una planta recién brotada, con cada visión y sonido que le salía al paso. También se movía, de modo muy sutil y curioso, por entre cosas desconocidas o nunca registradas; se encendía al contacto de pequeñas cosas y mostraba que quizá no eran tan pequeñas después de todo. Sacaba a la luz cosas enterradas y le hacía a uno preguntarse qué necesidad había habido de enterrarlas. (Woolf, 2001, p.126)

Y ya que la escritora proviene de un tiempo de largo silencio, donde las pausas en su escritura han sido extensas debido a las imposiciones y los forcejeos, ya que fue tan difícil por los siglos de los siglos sentarse a escribir, lo que tiene para decir de esos guijarros desenterrados, de esos tesoros ocultos en subsuelos, de esas farolas entrevistas a partir de posiciones tan innovadoras, de cosas que sabe enterradas, de sucesos por los que se ha interrogado tanto tiempo; ya que ha visto y observado con sus manos prietas a la espalda, lo que ahora tiene para nombrar es cuantioso. Ha visto de reojo, sin autorización para señalar ese iceberg que ha causado revueltas, con completo mutismo desentrañó ciertos misterios, por el silencio impuesto vio pasar cometas y estrellas fugaces. Ahora, que tiene en la mano la pluma, debe sentarse a describir esos sucesos. Incluidas las veletas que ahora sí pueden señalar. Su escritura surtirá de agua las piedras hace tiempo olvidadas, al señalar, los montes recobrarán la altivez de quien es vuelto a ser mirado. Tendremos el oído atento a lo que dirá acerca de los naufragos que sobreviven en tierras hostiles. La autenticidad tendrá que ver con que principia a balbucear sus relatos en folios que se secan al asombro de las imprentas.

Escribir desde la autenticidad, nos sugiere en estos trazos finales, confiando en el talento y las reinenciones que las mujeres tienen por hacer en cuanto a la literatura. Y he aquí un hallazgo que es fundamental en Virginia Woolf y que lo entrega al final de su obra, de gran utilidad y amplio uso a la hora en que una escritora se pregunta cómo escribir, pero sobre todo de gran sabiduría no

solo a la hora de escribir, sino también cuando se reflexiona sobre la manera en que las personas cohabitan el mundo en la diferencia, esto es, en la diferencia subjetiva y en la diferencia del cuerpo. Ella sugiere buscar lo que ha denominado la unidad de la mente, hacerse a una mente andrógina, no dividida, reunificada:

Pero la visión de aquellas dos personas subiendo al taxi y la satisfacción que me produjo también me hicieron preguntarme si la mente tiene dos sexos que corresponden a los dos sexos del cuerpo y si necesitan también estar unidos para alcanzar la satisfacción y la felicidad más completa. Y me puse, para pasar el rato, a esbozar un plano del alma según el cual en cada uno de nosotros presiden dos poderes, uno macho y otro hembra; y en el cerebro del hombre predomina el hombre sobre la mujer y en el cerebro de la mujer predomina la mujer sobre el hombre. El estado de ser normal y confortable es aquel en que los dos viven juntos en armonía, cooperando espiritualmente. (Woolf, 2001, p.p.132-133)

Se está preguntando Virginia por la mente, por sus cualidades, por cómo se diferencia la mente que pertenece a uno u otro sexo. Dice de la mente, por ejemplo, que ella puede concentrarse sobre cualquier punto, en cualquier momento, tal poder no parece estar constituido por un único estado de ser. Es decir, es ligera, se puede separar de su objeto, puede pensar en dos objetos al mismo tiempo, pensar en sí misma mientras hace otra cosa, pensar con otros, nos muestra esa volatilidad. Pero dice que está hecha de estados mentales que han sido creados de manera diferente para uno y otro sexo. Las mujeres -y pone el ejemplo- tienen que vérselas con unos estados mentales marcados por la opresión: “Pero alguno de estos estados mentales parece, incluso si se adoptan espontáneamente, menos cómodos que otros” (Woolf, 2001, p. 132). El estado mental de las mujeres responde a proclamas del pasado que influyen en el hacer de su presente: “una mujer que escribe, como he dicho, está en contacto con el pasado a través de sus madres” (Woolf, 2001, p. 132). Vuelve entonces a referirlo aquí: la mujer vivencia estados mentales productos del



discurso, como aquellos que experimenta al ser excluida y que le estorba a su hacer actual, tal como lo ejemplariza.

Los hombres y las mujeres se mantienen cada uno en sus estados mentales, viven y perciben el mundo desde ellos: “Para mantenerse en ellos, inconscientemente uno retiene algo, y gradualmente esta represión se convierte en un esfuerzo” (Woolf, 2001, p. 132). Y luego inquiere: ¿Es posible construir un estado de la mente donde no se requiera el esfuerzo de mantener esos estados, de retener aquello que ha sido dado? Como si Virginia nos invitara a no retener, ser de aquí, ser de allá, adherirse a un estado sugerido o a este otro, podría hacerse una fusión.

Entonces, su propuesta es que los estados de la mente que han correspondido a uno y otro sexo estén unidos, que no tengan que estar separados por fronteras corporales. Que los estados de la mente que han sido dados a las mujeres, también puedan tenerlos los hombres y viceversa. Que cada uno acoja cada estado, para mayor integralidad. Cuando se refiere a los poderes, macho y hembra, no alude a un asunto biológico, los nombra así, pero dando a entender que habla de lo que le han dado en tanto discurso a uno y otro teniendo como guía al cuerpo. Propone Woolf abrigar a ambos, aunque tenga relevancia esa que coincide con el cuerpo. En este trecho de su obra Virginia insinúa una diferencia entre el cerebro del hombre y el de la mujer, pero en tanto discurso que ha forjado los estados mentales.

A lo largo de su obra ha dicho que han existido grandes diferencias en cuanto a la educación de las mujeres y los hombres, en cuanto a la posesión de bienes, en cuanto a la participación en la sociedad. Debido a todo esto, la conformación del cerebro de la mujer, podemos inferir de lo planteado por Woolf, tiene unas características y la de los hombres otras. Debe sumarse a ello lo que comporta de particular el cuerpo en cada uno, el soma, la vivencia de unas características sexuales secundarias, imposibles de desconocer, pero en relación a lo que el discurso ha forjado de esas diferencias físicas sexuales. La invitación de Woolf es a moverse desde la percepción

acostumbrada que se tiene del mundo, desde esa singularidad que sin duda es una herramienta útil, pero realizar un giro que permitiría ampliar la mirada del mundo.

La mente misma, conformada por los discursos que le han proporcionado a los dos sexos, formaría una unidad que proporciona armonía y satisfacción. A esas características que conllevan las cualidades de los dos sexos Woolf las llama *poderes* [énfasis añadido], uno macho y otro hembra, sin que esos apelativos nos indiquen desde sus palabras una importancia biológica a considerar. En cada persona va a predominar uno según el sexo del cuerpo, se infiere, por el viejo arraigo de lo transmitido. Para ella lo confortable y lo normal sería la armonía entre ambos, en una misma persona, esto es, la existencia de estas diferencias en armonía, “cooperando espiritualmente”, anímicamente. Cada persona tiene la posibilidad, según lo que trae Woolf, de hacer uso de esas características de macho y hembra, como las nombra en este trecho, y desde esas herramientas dilucidar la existencia.

Si se es hombre, la parte femenina del cerebro no deja de obrar; y la mujer también tiene contacto con el hombre que hay en ella. Quizá Coleridge se refería a esto cuando dijo que las grandes mentes son andróginas. (Woolf, 2001, p.133)

De esta manera el trabajo y la elaboración literaria tendrían un punto de vista muy nutrido y variado, al igual que las relaciones con los otros. Explorar esa posibilidad de leer el mundo mediante unas gafas de diversos colores -¡ya ha dicho Woolf que dos sexos son muy poco!- ampliarían la gama de percepciones y descripciones, procurando despojarse incluso del sexo que el cuerpo atribuye, de transmisiones antiquísimas que limitan las relaciones y las impresiones que se imponían a cada sexo y limitaban lo que puede ser un amplio espectro: “Cuando se efectúa esta fusión es cuando la mente queda fertilizada por completo y utiliza todas sus facultades. Quizás una mente puramente masculina no pueda crear, pensó, ni tampoco una mente puramente femenina” (2001, p.133). Y esto permite interrogar las concepciones en el proceso de crianza y la educación,

donde se ha dividido la formación y asignado características, capacidades y alcances según el sexo. Apropiarse de lo que Virginia llama los poderes macho y hembra que habita a cada persona lleva a potenciar las capacidades de creación de cada uno. Pero, se pregunta Woolf, "...convenía averiguar qué entendía uno por «hombre con algo de mujer» y por «mujer con algo de hombre... (2001, p. 133). Para ella la mente andrógina no es aquella a la que les simpatizan más las mujeres, ni sus causas, es justamente la que está menos inclinada a estas distinciones. Es la que logra desentenderse de ello, no porque incorpore algún tipo de aceptación de alguna clase de inferioridad propuesta en el pasado, sino porque hace uso de características que les atañen a uno y otro sexo.

¿Cómo hacer uso de este señalamiento de Woolf en los tiempos actuales, donde se puntualiza la diferencia respecto a cómo uno y otro sexo acceden a los derechos en aras de obtener la igualdad de los mismos? De alguna manera la literatura y el cine apuntan a cierta solución, cuando nos recrean héroes que al parecer conjugan estas características masculinas y femeninas que plantea Woolf, donde la fuerza, la valentía y la sensibilidad se esbozan sin considerar características propias para un sexo, hombres y mujeres luchan a la par, se enfrentan a situaciones por igual que en otros momentos de la existencia tendrían que adaptarse a un hombre o a una mujer, las últimas versiones de las películas de los héroes clásicos así lo demuestran, la *Mujer Maravilla* y *Superman* luchan codo a codo, potenciando aquello que su cuerpo les otorga en lo particular y fortaleciendo en cada uno lo que se supone ha sido privilegio del otro sexo (Snyder, 2017).

Es como si Woolf nos explicara que para vivir o crear, esta fusión de poderes, de macho y hembra o de hombre y mujer -los utiliza indistintamente- se convirtieran en un solo poder: "Cuando se efectúa esta fusión es cuando la mente queda fertilizada por completo y utiliza todas sus facultades" (2001, p. 133). Porque, por un lado, la mente está centrada en los fenómenos, en circunstancias que le interesa dilucidar, dónde quiere apuntar o transformar acontecimientos, poniendo a disposición de ello herramientas que han sido atribuidas unas a los hombres y otras a

las mujeres. Podría apropiarse de todas las herramientas para explorar, no solo de las que se han dicho que se deben usar según el sexo, lo cual amplía la visión, agrega tonalidades, magnifica el poder de observación en una escritora o escritor: “Coleridge quiso decir quizá que la mente andrógina es sonora y porosa; que transmite la emoción sin obstáculos; que es creadora por naturaleza, incandescente e indivisa” (Woolf, 2001, p. 133). La cuestión de indivisa es muy reiterativa en esta propuesta de Woolf, que pugna por una mujer escritora que no tenga que estar bifurcándose entre la repulsión que le causa la desestimación que le dirige todavía el discurso y el ímpetu de su creación. Woolf le pide que use todas las herramientas disponibles y no mire para los lados, que se concentre, pero si se requiere incluso que el fenómeno de la desigualdad en derechos sea mirado, lo haga en esta unificación, tomando los elementos dados a los hombres y a las mujeres. Este llamado lo hace Virginia tanto a las escritoras como a los escritores, cuando nos pone el ejemplo de cómo los autores masculinos adolecen, en aquellos días de escritura de Woolf, en su estilo, en su narración, al ocuparse de responderles a las mujeres que elevan sus demandas, sus propuestas y sus creaciones literarias. Así también en ellos, en aras de pretender resarcir un antiguo lugar ocupado, la escritura se resiente y pierde aquel vigor de antes. Señala Woolf que con las transformaciones acaecidas en estos lugares y funciones, donde ya no es necesario delimitar qué hacen los hombres, qué hacen las mujeres, con un discurso social que se transforma, la literatura da cuenta de ello, ya no son tan incandescentes Tennyson y Rossetti, ya no hay quién cante y quien conteste, esos versos escritos en esa lógica de unos lugares claramente definidos, que eran tan posibles de comprender porque se sabía quién llamaba y quien contestaba, pierden su encanto y brillo en aquel principio de siglo XX de Virginia Woolf y en estos tiempos que corren.

Entonces, cuando Virginia Woolf se vuelve a la hoja en blanco para empezar a escribir sobre aquella conferencia que le encargaron: las mujeres y la novela, después de sus reflexiones en torno justamente a estos dos temas, declara la siguiente:

A pesar de ello, la primerísima frase que escribiré aquí, dije yendo hacia el escritorio y tomando la hoja encabezada Las Mujeres y la Novela, es que es funesto para todo aquel que escribe el pensar en su sexo. Es funesto ser un hombre o una mujer a secas; uno debe ser «mujer con algo de hombre» u «hombre con algo de mujer». (2001, p. 140)

Lo resarce en estas palabras, insiste en la riqueza que entraña situarse como narrador despojado de su sexo, que se vuelve entero hacia el fenómeno, hacia la vida y lo contempla para discernir esos hilos invisibles que trazan una posible historia. Nos revela cómo la pregunta que tenía desde un inicio, sobre las mujeres y la novela, pregunta llena de dudas acerca de si era posible responderla, vierte fruto gracias a sus reflexiones, a las vueltas dadas, a todos los ángulos sopesados.

Es funesto para una mujer subrayar en lo más mínimo una queja, abogar, aun con justicia, por una causa; en fin, el hablar conscientemente como una mujer. Y por funesto entiendo mortal; porque cuanto se escribe con esta parcialidad consciente está condenado a morir. Deja de ser fertilizado. Por brillante y eficaz, poderoso y magistral que parezca un día o dos, se marchitará al anochecer; no puede crecer en la mente de los demás. (Woolf, 2001, p.p. 140-141)

En la literatura, puntualiza Woolf, que una mujer se queje, que manifieste su descontento, que exhiba su causa, es funesto en ese producto que debe ser obra literaria, que requiere ciertas condiciones para que ingrese al anaquel del arte. Puede pensarse que hay otro tipo de escritura que permite la narración de la queja y de la demanda textual, no así el texto literario, según lo sostiene Woolf. No se puede dejar de lado, no obstante, que también ha sugerido Woolf que las mujeres deben hacer uso de su subjetividad, en tanto es con esta posición particular, su propia psiquis, que la escritora narra acerca del discernimiento del mundo. La mirada está siempre atravesada por quien mira, y será allí, dónde, bajo la estructura literaria, pueda pasar cierta demanda, ubicada la escritora

en una posición donde describe y narra lo que contempla. Podríamos preguntarle a Woolf qué opina si, sin ser objeto de sus quejas, sus opiniones, su arrastramiento a asumir una posición, la escritora nos muestra la escena dónde una mujer es violentada, para poner un ejemplo, sin poner allí sus declaraciones personales. Qué le parecería si la escritora, cual cámara fotográfica, sabe elegir la perspectiva, captar el segundo adecuado, narrar cada acción, de modo tal que sea el lector el que construya su propia opinión de los sucesos. La literatura, a diferencia de la crónica periodística, edifica una historia con algunos elementos de la realidad que conmocionan a la escribiente. Sin necesidad de sus declaraciones claramente expuestas, su escritura tiene efectos de demanda, de denuncia, sin que sea este el fin último. Me atrevería a refutar a Woolf, quiero decirle desde este siglo XXI, que teniendo en cuenta las sugerencias que nos brinda para construir unas historias literarias desde la contemplación, se puede generar desde esa posición, historias que revelen la situación de las mujeres: las mujeres que se revelan y que todavía no lo hacen, las mujeres que ahora transitan el amor de otras maneras y de algunas que todavía se adhieren a los esquemas del pasado, las situaciones que transitan a diario frente a sus experiencias laborales y aquellos acontecimientos de viajes y actividades que las enfrentan a otras resoluciones. Desde la contemplación, sin entrometerse, dejando que los sucesos se viertan limpios a la hoja, con la subjetividad inevitable de la autora sobre ese suceso descrito, la escritora podría pasar todos los visos y los ángulos que su mente andrógina le pueda aportar una historia que acaso devendría en denuncia.

Y sea cual sea el fenómeno que comunica, se trate de una demanda sobre su propia causa o sobre una escena suficientemente cargada de su propio interés, ese interés y ese regocijo deben tratarse con la cautela que aquí lo explicita Woolf: recurrir a la perspectiva andrógina, esto es, situarse a diferentes niveles, arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda, descolocarse del propio sexo para poder obtener un plano completo del acaecimiento.

Alguna clase de colaboración debe operarse en la mente entre la mujer y el hombre para que el arte de creación pueda realizarse. Debe consumarse una boda entre elementos opuestos. La mente entera debe yacer abierta de par en par si queremos captar la impresión de que el escritor está comunicando su experiencia con perfecta plenitud. Es necesario que haya libertad y es necesario que haya paz. No debe chirriar ni una rueda, no debe brillar ni una luz. Las cortinas deben estar corridas. (Woolf, 2001)

Libertad y paz, incluso para elegir sobre qué se escribe, que no existan temas vedados. Woolf teme a la pasión arrasadora que trae consigo la denuncia en la literatura, nos dirá que la lamentación y las quejas no se sostienen en el texto literario y ya nos ha mostrado ejemplos de ello. Pero también nos ha brindado suficientes elementos para contar un hecho tomando una distancia que permita el afloramiento de una escritura limpia, vista desde la amplitud de la mente, narrando y olvidando que ese suceso incumbe al escritor mismo. De allí que no deba chirriar una rueda ni brillar una luz.

Picasso hizo una de sus obras más espléndidas cuando plasmó en *Los proscritos de Guernica* (1937) el dolor que le causaba la guerra civil española a las mujeres. Es sabido de su obsesión por las formas en las que la violencia se expresa y cómo el ser humano reacciona ante ello. Frente a esa guerra, no dudó en plasmar su posición y a la manera de una denuncia creó aquellas mujeres lamentándose a través de sus ojos, sus torsos, sus manos. El dolor y la repulsa allí fueron convertidos en arte, porque la maestría de sus trazos y su talento para buscar rescoldos a través del color y el espacio, le permitieron narrar un hecho social, sin que ello afectase el resultado. Por el contrario, fue fructífera su creación en aquel momento. Virginia Woolf es otro buen ejemplo de ello, ya que obras como *Tres guineas* (Woolf, 2013), *Orlando* (Woolf, 2018), incluso *La señora Dalloway* (Woolf, 2013), son textos literarios que hacen un tratamiento de lo que acontece con el hombre y la mujer en la sociedad, sin que el objetivo sea explícito, sin que la autora aparezca

quejándose en modo alguno, todo es narración y literatura, descripciones de un valor literario sin igual, y no obstante, los lectores tenemos la temática expuesta y reflexionamos en torno a ella inevitablemente.

Para finalizar este subcapítulo es preciso decir que la propuesta de Virginia Woolf acerca de escribir con una mente andrógina, es arriesgada para los tiempos de Woolf, pero es un ofrecimiento de una escritora con una búsqueda literaria constante y con una trayectoria larga y de disciplinado trabajo. Además, ella misma, en su historia personal, familiar y social, fue constreñida en gran parte en su ejercicio intelectual, en su educación, en los lugares que pudo ocupar, lo cual la lleva a reflexionar y sugerir estos aspectos de gran relevancia para la escritura de las mujeres. El llamado a hacer el ejercicio de cultivar la unidad de la mente, a construir una mente andrógina y aprovecharse de lo que puede ofrecer a la creación y a la vida esta fusión, es una sugerencia imperdible para una mujer en su rol de escritora.

### *Qué escribir*

Cuando os pido que escribáis más libros, os insto, pues, a que hagáis algo para vuestro bien y para el bien del mundo en general (Woolf, 2001, p.p. 147-148).

Una vez tenidas en cuenta las recomendaciones en cuanto a cómo escribir, Woolf nos deja algunas ideas sobre qué temáticas abordar a propósito de la reinención de las mujeres en la literatura. Sugiere, por ejemplo, reescribir la historia de las mujeres. La historia perdida que no se ha contado, porque no hubo biógrafas ni historiadoras a cargo de ello y ya que está hablando frente a las estudiantes de Cambridge, aprovecha para invitarlas a ello:

Este tema de interés profundo, el valor que le dan los hombres a la castidad femenina y su efecto sobre la educación de las mujeres, se ofrece aquí a la discusión y sin duda podría ser



la base de un libro interesante si a alguna estudiante de Girton o Newnham le interesara la empresa (Woolf, 2001, p.p. 8 9).

A Woolf le llama la atención el desconocimiento que se tiene sobre las mujeres en relación con sus cotidianidades, sus limitantes, su uso del tiempo libre, los intentos de escritura o de manifestación artística. En este caso hace énfasis en la castidad, en la importancia dada a la virginidad usada como uno de los diques más eficaces para controlar su educación y su desarrollo. Algunas investigadoras e investigadores actuales (Accati, L. 2009), (Mendoza, J. 2017), (Khodashenas, A. 2009), han hecho una labor significativa en cuanto a estos temas, mostrando las repercusiones de la importancia que se le ha otorgado a la castidad y sus consecuencias en la educación de las mujeres y en otros ámbitos de la vida de las mismas. Pero sin duda todavía el tema continúa siendo poco explorado y los avances tecnológicos en comunicación e investigación, abren grandes posibilidades para develar la génesis y el curso de estas coartaciones. Sobre la historia en la escritura, Woolf apunta:

Así, pues, a finales del siglo dieciocho se produjo un cambio que yo, si volviera a escribir la Historia, trataría más extensamente y consideraría más importante que las Cruzadas o las Guerras de las Rosas. La mujer de la clase media empezó a escribir. (2001, p. 91)

Continuar ilustrando los momentos de la historia en los cuales las mujeres han dado el giro que las ha puesto en la lista de escritoras, mostrar los percances y los avances, las rutas elegidas para llegar. También lo están haciendo las escritoras e investigadoras actuales, con rigurosidad y con el elemento de la formación académica a su favor (Corrales, 2008), (González et al. 2009). Al contar ese proceso evolutivo, se asienta la tradición en la medida en que se relata el pasado y se suscribe la bitácora del presente, vigorizada día a día.

Escribir sobre la psicología de la mujer, sobre lo particular de su subjetividad, señalar los puntos comunes entre ellas, las desavenencias, quizá insistir en que allí lo subjetivo prima sobre el

sexo. Ella nos hace esta invitación, a propósito de que viene hablando de la diferencia entre los nervios que alimentan el cerebro del hombre y de la mujer. Hay una aseveración en Virginia respecto a que hay una diferencia que está en relación con el sexo, pero al mismo tiempo que lo asevera, puntualiza que hay que discutirlo, desentrañarlo, mientras nos encara a medida que escudriña los estantes de los libros, que no encuentra un trabajo de este tipo escrito por una mujer:

Y ¿cuál debería ser esta diferencia? Habría que discutir y descubrir todo esto; todo ello forma parte del tema las mujeres y la novela. Y, sin embargo, proseguí acercándome de nuevo a los estantes, ¿dónde encontraré este estudio detallado de la psicología femenina hecho por una mujer? Si porque las mujeres no pueden jugar al fútbol no les van a permitir que practiquen la medicina... (2001, p. 107)

Esto es, indagar por las diferencias y admitir que existen algunas, no quiere decir que ello conduzca a alguna inferioridad de uno u otro sexo. Hay diferencias en los organismos, ahora, ¿cómo repercute ello en la subjetividad? ¿Hay algún estudio que muestre la particularidad de la subjetividad de las mujeres que no tienda a situarlas en un menos, en el no tener? ¿Cuáles han escrito las mujeres? Si bien Freud se ocupó de ello, desde el psicoanálisis, en más de una ocasión expresó que no sabía lo suficiente del tema porque su material clínico al respecto era escaso. (Freud, 2003, p. 1181), (Freud, 1986 [Escrito en 1920], p. 149)

Escribir, exhorta Woolf, acerca de las relaciones entre las mujeres:

Todas las relaciones entre mujeres, pensé recorriendo rápidamente la espléndida galería de figuras femeninas, son demasiado sencillas. Se han dejado tantas cosas de lado, tantas cosas sin intentar. Y traté de recordar entre todas mis lecturas algún caso en que dos mujeres hubieran sido presentadas como amigas. (2001, p. 113)

En la literatura han sido enemigas, rivales, tiránicas entre ellas, difundiéndose la idea de que entre las mujeres hay hostilidad constante y traiciones en la mínima oportunidad. De ahí la

insistencia de Virginia Woolf sobre ello: contar sobre las mujeres, escribir biografías sobre ellas, hablar de cómo suceden las relaciones entre ellas, cómo se las arreglan para construir juntas y ayudarse en edificaciones que las han sacado a flote. En cuanto a los otros aspectos que tienen relación con la vida de las mujeres: sus empatías, sus amistades, sus alianzas, ¿han sido narrados estos acontecimientos o han sido desconocidos por no ser ese el objeto de interés y de conocimiento de los escritores? Woolf yace alelada con la escena que Carmichel está narrando sobre la atracción de dos mujeres, una escena no avistada ni descrita con anterioridad, y sobre ella hipotetiza y lanza posibilidades de construcción en el relato:

El único medio, pensé, dirigiéndome a Mary Carmichael como si hubiera estado allí, sería hablar de alguna otra cosa, mirando fijamente por la ventana, y anotar, no con un lápiz en un cuaderno, sino con la más breve de las taquigrafías, con palabras que todavía no tienen sílabas, casi, lo que ocurre cuando Olivia —este organismo que ha estado aproximadamente un millón de años bajo la sombra de la roca— queda expuesta a la luz y ve llegar hacia ella un extraño manjar: el conocimiento, la aventura, el arte. Y alarga la mano para cogerlo, pensé, levantando de nuevo la vista del libro, y tiene que encontrar una combinación enteramente nueva de sus recursos, tan altamente desarrollados para otros fines, para incorporar lo nuevo a lo viejo sin perturbar el equilibrio infinitamente complejo y sabio del total. (2001, p. 116)

Esta es también una insistencia de Virginia, nos pregunta: cómo pueden usar esa dedicación, esa disciplina, la fuerza, el coraje y la creatividad que han usado para cuidar del otro, de los espacios, ese empleo finísimo de la filigrana del interior. Cómo pueden, sin perder esa minuciosidad, volcarlo a otros asuntos, darse la vuelta para recibir el arte, el conocimiento, la aventura. El acaecimiento que viven los personajes de Carmichel, cómo puede ser contado, con qué recursos, ya que las mujeres, a lo largo y ancho del tiempo, buscaron y tejieron estrategias para

que sus hijos, sus esposos, sus cercanos, sobrevivieran en medio de conflictos, de guerras, de escasez, de miedo, de confinamientos, sobrevivieron gracias a sus invenciones, alimentándolos en medio de la insolvencia en muchas ocasiones. Ahora, sus invenciones, pueden ponerse al servicio de la escritura, infiere Woolf. Escribir, reitera, sobre esa valiosa e inagotable riqueza del presente de las mujeres, sus cotidianidades, qué hacen hoy, a dónde van, en qué se ocupan, cómo viven un día:

Y todas estas vidas infinitamente oscuras todavía están por contar, dije dirigiéndome a Mary Carmichael como si hubiera estado allí; y seguí andando por las calles de Londres sintiendo en imaginación la presión del mutismo, la acumulación de vidas sin contar: la de las mujeres paradas en las esquinas, con los brazos en jarras y los anillos hundidos en sus dedos hinchados de grasa, hablando con gesticulaciones parecidas al ritmo de las palabras de Shakespeare, la de las violeteras, la de las vendedoras de cerillas, la de las viejas brujas estacionadas bajo los portales, o la de las muchachas que andan a la deriva y cuyo rostro señala, como oleadas de sol y nube, la cercanía de hombres y mujeres y las luces vacilantes de los escaparates. Todo esto lo tendrás que explorar, le dije a Mary Carmichael, asiendo con fuerza tu antorcha. (2001, p. 122)

Aquello que entrañan las conversaciones de las mujeres, cuando se acompañan y los secretos son vertidos, esas anécdotas que se mezclan entre ellas y ellos, y que parecen no escanciar del todo su deleite, sobre ello, dice Woolf, hay que contar. No sea que sigamos teniendo una historia vacía sobre esas cotidianidades de las mujeres, de sus vidas asentadas en fuertes, pero puestas en la acción de las casas y sus interiores. Sacar del plegamiento la domesticidad y escudriñar sus diálogos, sus secretos, sus terrores, sus entrañables alegrías y exponerlo, para que conste que en lo más recóndito también yace la invención de las mujeres y de los hombres. Se ha hecho al día de hoy, en el siglo XXI, un gran esfuerzo en recopilar, en analizar, en hacer historia. Pero los temas

en cuanto a las mujeres todavía están inexplorados, las mujeres en los mercados y en el trajín doméstico, todavía la empleada del servicio sumergida en la carencia, pero también las incursiones de las ejecutivas y las médicas especialistas, las abogadas, las profesoras, las profesionales, esa mujer ingeniera que hace parte de las misiones de la Nasa<sup>20</sup>, las presidentas y vicepresidentas emergiendo apenas en el día de hoy, ellas comienzan a ser contadas, porque son hechos muy recientes, donde debemos estar prestas y prestos a tomar nota y tejer la historia del presente. El suceso apenas asentándose y la escritura dando cuenta de ese aterrizaje, es por lo que apura Virginia.

Mary Carmichael podría echar un vistazo a esta tienda al pasar, porque era un espectáculo que se prestaba a la descripción tanto como una cumbre nevada o una garganta rocosa de los Andes. Y hay una muchacha detrás del mostrador; me gustaría más leer su historia verdadera que la centésima quincuagésima vida de Napoleón o el septuagésimo estudio sobre Keats y su uso de la inversión miltoniana que el viejo Profesor Z y sus colegas están escribiendo en este momento. (Woolf, 2001, p. 123)

Porque lo va a decir hasta cansarse: hemos sabido lo particular y lo público de los hombres, pero la intimidad de esas tiendas donde van de compras las mujeres, las palabras que se cruzan, sus opiniones sobre el trigo o la argamasa, sus invenciones sobre el forjamiento de una tarta de durazno, tienen tanta fuerza como sus conjeturas sobre el origen del mundo o la expansión de los planetas. Hoy en día, la televisión y el cine, para nuestra suerte ya han vuelto el ojo hacia estas minucias que han vuelto exquisita la literatura y el cine. No hay que olvidar que es preciso no dejar de narrar, porque, a fin de cuentas, la vida es imparable y reclama a sus narradoras y narradores desde el

---

<sup>20</sup> Diana Trujillo, la colombiana líder de la misión de la NASA que va a aterrizar en Marte. <https://www.semana.com/vida-moderna/articulo/colombiana-en-mision-nasa-a-marte-diana-trujillo--noticias-ciencia/691063/> rescatado el 27 de febrero de 2021.

espectáculo del ahora. También nos refiere Woolf la ganancia de escribir sobre qué sucede en la particularidad de la escritora al percibir estos sucesos, siempre posicionada desde la contemplación, pero sin dejar de cernir y aprovechar aquello que su subjetividad produce como resultado de la observación. Nos ha dicho que no se trata de lamentarse por lo que eso externo ocasiona, no es el lamento, es oír el efecto de la entrada de esas visiones, de esos ruidos, de esas imágenes, y devolverlas en un producto literario, elaborado, que dé cuenta de un proceso de tramitación artística que lleva intrínseca la posición particular de la escritora. Una particularidad de sublimación que solo tiene la persona que hace literatura, según nos lo explica Freud y según Woolf lo explicó en estas páginas de *Una habitación propia*. Para Freud, los productos de la actividad fantaseadora se adecuan a las impresiones vitales, reciben marcas de esas experiencias. Esto quiere decir que, al existir unos antecedentes muy íntimos del escritor o escritora, unas huellas mnémicas que solo a él o ella le conciernen en su historial de vida, una impresión actual se adhiere a dichas huellas, produciendo la catarsis de la historia, la revelación de un cuento o una novela. Esa elaboración fantástica se catapulta como un deseo cumplido en relación a ese acontecimiento del pasado. Es así como explica Freud que la creación literaria entraña el pasado, el presente y el futuro de la persona literata (1986 [fecha de publicación 1907], p. 130). Woolf lo dice así:

Por encima de todo, debes iluminar tu propia alma, sus profundidades y frivolidades, sus vanidades y generosidades, y decir lo que significa para ti tu belleza y tu fealdad, y cuál es tu relación con el mundo siempre cambiante y rodante de los guantes, y los zapatos, y los chismes que se balancean hacia arriba y hacia abajo entre tenues perfumes que se evaden de botellas de boticario y descienden por entre arcos de tela para vestidos hasta un suelo de mármol fingido. (2001, p.p.122-123)

Al interrogarse por lo propio, el escritor, la escritora interrogan por su maldad y bondad, por cómo se relacionan estos aspectos con su percepción de los acontecimientos. Iluminarlo para

verlo, entenderlo y transcribirlo. De allí que el talento esté en relación, según lo explica Freud, con la subjetividad del escribiente, con un mundo muy íntimo que basta iluminar para que aparezcan esos cuadros que están dando vueltas alrededor del escritor y que como decía Virginia más atrás, se le revelan a la escritora como unos hilos invisibles que siempre han estado allí. Es decir, la escritura se produce mediante esa conexión que hace la escena presente con lo recóndito de unas escenas e impresiones más antiguas del escritor. Lo presente se revela de cierta manera gracias a la luz que proviene del pasado de la escritora.

Woolf dice “debes iluminar tu alma”, para poder escribir, porque es desde lo íntimo que restalla la creación, aunque un acontecimiento externo lo desate: la vista de un lugar específico, por ejemplo, el presenciar una escena que para la persona que escribe resulta arrebatadora.

Escribir sobre el otro sexo, escribir sobre las diferencias que nos delinean, sobre lo que se supone nos ha distanciado en jerarquías:

... También debería aprender a reírse, sin amargura, de las vanidades —digamos más bien peculiaridades, es palabra menos ofensiva— del otro sexo. Porque todos tenemos detrás de la cabeza un punto del tamaño de un chelín que nosotros mismos no podemos ver. Es uno de los favores que un sexo podría hacerle al otro: el describir este punto del tamaño de un chelín que todos tenemos detrás de la cabeza. (Woolf, 2001, p.p. 122-123)

En un tiempo en que puede ser posible posicionarse en un lugar de igualdad respecto a derechos y deberes, cómo pasar de una respuesta que era una recriminación al dolor causado, una manera de reprochar la historia, a un decir escrito donde se reconoce que cada quien tiene unas características que incluso son desconocidas para sí, pero que es probable que pueda verse la otredad gracias a que se las describimos. Ese punto del tamaño de un chelín no está al alcance de la observación propia, un punto ciego que se extravía apenas se esfuerza el ojo en buscarlo. Cómo decirnos lo que es posible que desconozcamos. La risa que propone Woolf es un asentimiento a lo

que se sabe del otro sexo, de los hombres, frente a lo cual habría que encontrar palabras escritas para expresarlo. ¿Cómo van a escribir las mujeres escritoras lo que ellas ven de los hombres? ¿Cómo no hacerlo en una batalla campal, sino a través de una observación contemplativa, observación limpia que devuelva su trabajo de campo? Las autoras deben de ponerse a la tarea de describir eso de lo que se quejan, eso que las ha molestado, eso que también las ha fascinado, aquello a lo que retornan una y otra vez y también sobre esa razón por la que no quisieran ni intentarlo. Todas descripciones del chelín, porque “no se podrá pintar un auténtico retrato de conjunto del hombre hasta que una mujer no haya descrito este punto del tamaño de un chelín” (Woolf, 2001, p. 124). La gran ayuda que podemos hacernos unos a otros es apreciar ese punto que solo otro puede hacer el favor de verme. Hay que encontrar la escritura para hacerlo, fabular incluso, biografíar, relatar, novelar, todo lo cual permita acercarse a ese objeto que es un semejante que no sabe de ese punto diminuto que también lo conforma.

Escribir, sigue diciendo Virginia Woolf, sobre la realidad:

Por tanto, os pediré que escribáis toda clase de libros, que no titubeéis ante ningún tema, por trivial o vasto que parezca. Espero que encontréis, a tuertas o a derechas, bastante dinero para viajar y holgar, para contemplar el futuro o el pasado del mundo, soñar leyendo libros y rezagaros en las esquinas, y hundir hondo la caña del pensamiento en la corriente. Porque de ninguna manera os quiero limitar a la novela. Me complaceríais mucho —y hay miles como yo— si escribierais libros de viajes y aventuras, de investigación y alta erudición, libros históricos y biografías, libros de crítica, filosofía y ciencias. Con ello sin duda beneficiaríais el arte de la novela. (2001, p.p. 146-147)

Aquí hace la claridad de que las mujeres deben escribir los libros que les apetezcan, conociendo que no hay ningún tema trivial ni tan difícil de encarar. El tener, tener dinero, vuelve a emerger, porque ello permitiría el tiempo para viajar y holgar, vagar es al parecer deleitarse



con la observación, con la aprehensión de la realidad. El dinero va a permitir la lectura y la ensoñación y la agudización del pensamiento. Tener dinero sigue representando hasta el final de *Una habitación propia* la llave al tener intelectual, al tener artístico, al tener deleite y contemplación. También vuelve a repetir que cada una deberá discernir qué forma quiere darle a su creación, pues la novela es solo una de las opciones. Y se detiene Virginia en clarificar lo que para ella es la realidad, en aras de que las escritoras comprendan a qué se refiere con los objetos en los cuales deben centrar su atención:

La realidad parece ser algo muy caprichoso, muy indigno de confianza: ora se la encuentra en una carretera polvorienta, ora en la calle en un trozo de periódico, ora en un narciso abierto al sol. Ilumina a un grupo en una habitación y señala a unas palabras casuales. Le sobrecoge a uno cuando vuelve andando a casa bajo las estrellas y hace que el mundo silencioso parezca más real que el de la palabra. Y ahí está de nuevo en un ómnibus en medio del tumulto de Piccadilly. A veces, también, parece habitar formas demasiado distantes de nosotros para que podamos discernir su naturaleza. Pero da a cuanto toca fijeza y permanencia. Esto es lo que queda cuando se ha echado en el seto la piel del día; es lo que queda del pasado y de nuestros amores y odios. Ahora bien, el escritor, creo yo, tiene más oportunidad que la demás gente de vivir en presencia de esta realidad. A él le corresponde encontrarla, recogerla y comunicárnosla al resto de la Humanidad. (Woolf, 2001, p. 148)

La realidad según Woolf es algo de lo que no es posible fiarse. Sin lugar definido para hallarla o ubicarla. Se posa de vez en cuando o se deja tantear. Se aprehende a través de la contemplación y el silencio, aunque pueda dilucidarse en medio del bullicio. No obstante, esa fragilidad y desvanecimiento, es el polo a tierra, lo que sujeta y procura estabilidad. La escritora o el escritor la sopesan, la disciernen, por lo que es ella o él quien puede comunicarla. Despoja del

velo las cosas y los sucesos y así pone ante los ojos de los demás aquello que parecía invisible. Vivir en presencia de la realidad es una invitación determinante para las escritoras, absorbiendo la realidad, lo cual vivifica y hace grata la existencia, se pueda o no se pueda escribir sobre ello. Es una invitación a vivir y a escribir, aún para aquellas mujeres que no escriben. De esta manera, si bien explicita unos temas sobre los cuales escribir, nos deja esta reflexión sobre la realidad donde queda expuesta la idea de que ella es diversa, y yace donde quiera que miremos. Explorarla y narrarla, es la invitación.

Para cerrar este capítulo, que muestra las vías de salida por el lado del tener a partir de la escritura, dejo que Woolf una vez más exprese sus expectativas acerca de las mujeres que elegirán escribir:

Porque yo creo que si vivimos aproximadamente otro siglo —me refiero a la vida común, que es la vida verdadera, no a las pequeñas vidas separadas que vivimos como individuos— y si cada una de nosotras tiene quinientas libras al año y una habitación propia; si nos hemos acostumbrado a la libertad y tenemos el valor de escribir exactamente lo que pensamos; si nos evadimos un poco de la sala de estar común y vemos a los seres humanos no siempre desde el punto de vista de su relación entre ellos, sino de su relación con la realidad; si además vemos el cielo, y los árboles, o lo que sea, en sí mismos; si tratamos de ver más allá del coco de Milton, porque ningún humano debería limitar su visión; si nos enfrentamos con el hecho, porque es un hecho, de que no tenemos ningún brazo al que aferrarnos, sino que estamos solas, y de que estamos relacionadas con el mundo de la realidad y no sólo con el mundo de los hombres y las mujeres, entonces, llegará la oportunidad y la poetisa muerta que fue la hermana de Shakespeare recobrará el cuerpo del que tan a menudo se ha despojado. (Woolf, 2001, p. 153)

Si las escritoras se empeñan en que los caracteres vayan y vengan en sus cuartillas, con la disciplina que requiere el oficio, acumulando ese hacer en el tiempo, ayudadas de los elementos imprescindibles que otorga el tener; si asentimos al apoderamiento de esa facultad de describir los universos y lo creemos y no lo soltamos, siendo fieles a lo que dicta el pensamiento propio; si logramos ir más allá de los lugares permitidos y nos concentramos en dilucidar los acontecimientos, los hechos, la relación de las personas con sus realidades; si tomamos la sobrevivencia como un desafío y una posibilidad de escudriñar el mundo, podremos dar cuenta de cómo se asume un lugar desde la invención y la independencia, la creación y el asombro.

Fortificar la tradición de la escritura de las mujeres en los tiempos venideros, en tanto hemos ido adquiriendo aquello material que propicia el ejercer el oficio de escritoras. Si además de tener, lo introyectamos y lo transmitimos, acostumbrándonos a esa libertad y dando cuenta de ello a través de la pluma; si logramos transformar esa manera de apreciar la realidad, tratando de entender esa irrepetible traza que tiene cada persona de relacionarse con ella; si vemos las expresiones de la vida, el espectáculo de lo viviente y de lo inerte; si entendemos la aventurada realidad de que estamos a cargo de nosotras mismas, solas, creativamente responsables de nuestra propia vida y que ello se constituye en un reto a vivenciar; si exploramos las infinitas formas en las que la realidad se presenta y la discernimos, como una tarea sorpresiva, entonces reviviremos a las antepasadas en nosotras mismas, sin despojamientos, renovadas a través de una pluma que deja constancia de esa posición en la vida.

## Conclusiones

En la escritura de Virginia Woolf, se puede comprender que asentir a los límites que se les ha impuesto, obedecer al lugar que fue designado, fue un asunto no solamente de obligatoriedad para las mujeres, sino de preservación de la vida. El ejemplo de las primeras mujeres que se manifestaron y que de manera brutal fueron silenciadas, entre ellas Olympe de Gouges, dejó en claro que ninguna sociedad iba a estar dispuesta a subvertir un orden establecido en pro de dar el lugar equitativo a las mujeres. De Beauvoir lo dice muy claramente, al explicar cómo en aquel día, en aquel momento, en aquel tiempo, al cual puede dársele el estatuto de *Mitsein*, de rito, de imposición, unos cuantos, en todo caso hombres, forjaron la lógica de la dinámica social, donde unos iban a ocupar un lugar y otros otro lugar, unas sostendrían los pesos y los caminos sobre los que andarían los otros, confinadas y desaparecidas en una labor doméstica infinita. A ellas se les darían unas maneras de existir, unas características, unas formas, que las atarían al rústico cemento desde el cual sostendrían esas vigas cuyas bases no es posible divisar, yacen enterradas en lo profundo, con esas manos y esos cuerpos que nutren esos armazones soterrados. Además de sostener el peso (cuidar, educar, criar, cocer el alimento, pulir y cerrar las grietas de los andamios de acero y cemento), se precisaba que, desde esa baja estatura, la estatura de los otros se robusteciera, contribuyendo a ese despliegue de poder del otro, en tanto su humildad y pequeñez eran espejos mágicos donde cada noche y cada mañana debían responder a las preguntas: ¿quién es el más poderoso? ¿quién te cuida?, ¿quién tiene la fuerza o el intelecto para traer a casa cada miga de pan? Gracias a esa fuerza, a esa suprema fortaleza, esa sombra seguía existiendo en los recovecos de la escala más baja de la sociedad, solo comparable con la posición social de un niño esclavo, ha dicho Woolf.

Woolf ha clarificado que sin acceso a lo que estaba por encima de esos caminos polvorientos, de esos prados ocultos, de esas cocinas de hollín y barro, no era posible obtener lo que esos otros seres humanos tenían: educación, desarrollo del intelecto, construcción y aportes a la estructura social. De haber accedido a esto, entonces los ojos se hubieran abierto antes, las manos se hubieran extendido, para seguir parafraseando a Woolf, hacia ese manjar exquisito de la educación, del pensamiento ensanchado, de esa puerta abierta al mundo que ofrece el aire de la novedad, de la civilización. Esto es, los límites han frenado el pensamiento de las mujeres, los ejercicios intelectuales, su despliegue en el arte y los oficios que contribuyen al forjamiento y al avance de la cultura.

En *Una habitación propia*, Woolf ha mostrado que los hombres han escrito sobre las mujeres bajo la emoción: bajo la cólera, con el fin de promulgar y construir los límites que las obturaron. La ciencia y la filosofía, según Woolf, en autoría de los estudiosos y de los científicos, se ha forjado en gran medida bajo esa emoción que ha guiado presupuestos y comprensiones y dado como consecuencia los constructos teóricos que las definen y caracterizan. Esa cólera, de los hombres del común, de los filósofos, de los científicos, de los escritores, ha tenido que ver con la necesidad de empequeñecerlas en aras de engrandecerse, es decir, de hacerlas inferiores para ellos ser superiores, nos ha relatado Woolf. Esto explica los largos años de subordinación de las mujeres en la vida social, económica, científica, artística, la lentitud de su desarrollo en estas áreas y, sobre todo, lo plausible de hacer efectiva la igualdad en cuanto a derechos que todavía los gobiernos no socializan adecuadamente haciéndolos lejanos para la mayoría de la población.

Esos lugares que fueron designados para las mujeres y esas funciones tan delimitadas, las pusieron en una posición donde decidir se complejizaba, también se limitaba. Cómo moverse de lugar cuando la vida misma dependía de ello, la subsistencia yacía en manos de otros de acuerdo con la imposición de las leyes. En esa medida, la decisión de las mujeres estaba restringida porque

no tenían elementos para hacerlo, materialmente y por ende intelectualmente. Virginia Woolf lo escribió así en 1928, mirando hacia atrás, reescribiendo la historia de sus congéneres, pero antes y después de ella otras lo han puntualizado, lo siguen señalando en el presente, donde el discurso del acceso a los derechos no llega hasta el umbral de todas las habitaciones. Los lugares que se ocupan todavía restringen el conocimiento y el acceso a los derechos mismos, de tal modo que la responsabilidad de cada una de las mujeres en cuanto al lugar que ocupan, como elección, queda interrogada a partir de estas dilucidaciones que permite construir Woolf. En esto, la responsabilidad de cada persona tiene unos límites por cuanto el discurso social promueve imperativos que se enclavan en el tiempo y continúan causando efectos.

Con ayuda de lo extraído en Woolf, puede puntualizarse cómo el discurso que transmite el Otro; el Otro en tanto noción psicoanalítica, el lugar a partir del cual se desprenden los significantes que nos rigen, nos ordenan y nos limitan en la sociedad, una vez impartido, transmitido, es introyectado de tal manera que no se siguen requiriendo de modo constante los elementos limitantes, lo que remite a pensar un discurso encarnado, introyectado, constituyente de la persona. Esto es, las personas se apropian del discurso sin requerir de vigilancia alguna que verifique el cumplimiento de los imperativos dados. Esto contribuye a la explicación de por qué todavía algunas mujeres no se apropian de las ventajas que traen consigo algunas formulaciones de leyes en cuanto a derechos que las benefician, llevando a pensar que dicha introyección requiere unas resignificaciones del lado de las personas, pero también del lado del Otro que, de acuerdo con las nuevas designaciones de derechos debería socializarlas, empujar a nuevas elaboraciones, y de esta manera la responsabilidad no solo le atañe al sujeto, sino también al discurso social.

Considero que la tesis central del ensayo *Una habitación propia* de Virginia Woolf es que las mujeres deben tener materialmente, para poder posicionarse en un lugar que les permita el acceso a otros teneres. Para ella el no tener es una de las formas en las cuales se les impide construir

de una manera independiente. Ahora, Woolf nos muestra a lo largo de este texto por qué las mujeres no han tenido o no tienen, a qué se debe semejante disparidad, va a responder que para quienes detentan el poder, esto es, los hombres, ha sido preciso sostener la inferioridad de las mujeres en aras de posicionarse ellos como superiores. De esta manera la escala o la organización social sigue poniendo el poder de la ley, las artes, el progreso en ellos, asignando a la mujer una disminución que hace lógico el lugar que ha ocupado. Se puede entender gracias a Woolf que los autores les hayan adjudicado adjetivos de “menos” a sus características sexuales secundarias, para dar un ejemplo. La diferencia sexual anatómica que Freud ha señalado en sus textos ha puesto con todas sus letras ese rótulo del menos, que todavía arrastramos, en el intento, a la manera como nos lo muestra Woolf, de disminuir el estatuto de las mujeres, hacerlas inferiores, para que continúen siendo los espejos de lo que se ha supuesto como superior. Me parece imperioso escribir, desde esta tesis, que Freud expresó al final de sus escritos sobre las mujeres aspectos que interrogan esas teorías que él mismo refirió, porque un autor como él siempre interrogaba sus premisas, volvía sobre ellas, las reescribía y así sugirió proceder a los investigadores que habrían de sucederlo. Con bastante presteza y de su puño y letra reconoció lo poco que conocía sobre las características de las mujeres.

Para Woolf el tener material, el tener dinero, es fundamental: quinientas libras al año y una habitación propia es lo que debe tener una mujer que quiera escribir, dijo en 1928. Al final del texto agrega: no solo la que quiere escribir, la que quiere vivir, apreciar el mundo, contemplarlo, congraciarse con la vida, saborearla. Porque ello brinda el acceso a la independencia, a la subsistencia y una vez se tiene eso asegurado entonces llega la posibilidad de pensar por sí misma, de elegir, de tomar decisiones.

El tener se explicita en Virginia en este orden: hay que tener materialmente: bienes, dinero, una casa, una habitación, no como las condesas de antaño, o de algunas mujeres del presente, que

tenían, pero no tenían, sus propiedades estaban en manos de sus esposos, o tenían falsamente en tanto eran sostenidas todo el tiempo por los hombres. Hay que poseer esos objetos y luego de ello se puede hacer tradición, tomar decisiones, actuar, dar libre albedrío al pensamiento. Si no se tiene, no se puede comprar tinta, llevar ejemplares a las editoriales, viajar, ir en la búsqueda de datos precisos o abstractos. No hay justificación para seguir siendo excepciones, que es la manera con la que siempre se responde a la supuesta responsabilidad de cada una de las mujeres, esto es, se señalan las heroínas cada vez que se ha interpelado por los derechos de las mujeres, se muestra cómo es que algunas han podido, aún en la pobreza, en la carencia, en la limitación. Efectivamente unas cuantas zurcieron la victoria con las uñas, dando cuenta de una gran resolución subjetiva, Virginia Woolf fue una de ellas, pero el manjar de la educación y el progreso no debe ser solo para aquellas que trepan el muro para la sorpresa de todos, aunque se desgaren y tengan la premisa de caer como un faro intermitente, las prendas del tener son un derecho fundamental de las personas a los ojos de los derechos humanos. Sin duda, en el ámbito de lo particular, de ese entramado subjetivo, habrá quien tenga y no quiera hacer, como así mismo existen los hombres con estas resoluciones, y no obstante eso nunca les ha quitado a los hombres la posibilidad de elegir teniendo. Para todos, debe ser una constante el tener. Virginia lo dice: una cosa lleva a la otra: si se tiene, se hace. La historia de las mujeres ha estado teñida de este fenómeno: que cada una resuelva cómo hace frente al no tener y unas cuantas salen y relampaguean en el cielo oscuro. Pero, en cambio, los hombres no han tenido que hacer este desmedido esfuerzo, así se trate de un hombre muy pobre, siempre ha sido dueño de sus tres centavos, mientras, la que fue “su mujer” nunca tuvo acceso a uno solo. De allí que Woolf subraye su insistencia con la importancia que le da a ese materialismo del tener hasta el final, hasta las últimas páginas: el tener es la clave.

Fue posible con Virginia Woolf comprender qué pasa con la escritura de las mujeres cuando no se tiene, cómo ese producto refleja y queda marcado por las carencias materiales e inmateriales,



esto es, se pudo desentrañar, gracias a su texto, cómo la escritura de las mujeres estuvo fuertemente influenciada por la marca del no tener. Esta maestra, que desde los inicios de *Una habitación propia* arguyó que no podía decir una verdad sobre las mujeres ni sobre la literatura que ellas producían, que tuvo que cernir y discernir la pregunta que le habían hecho al invitarla a dar una conferencia sobre las mujeres y la novela, hizo de semejante demanda un arduo trabajo de investigación, de tal manera que se fue a la historia, indagando al modo de una estudiante que forja su estado de la cuestión y nos va entregando lo que encuentra. Así pudimos recoger el hecho de que el no tener para las mujeres, a veces no es material, a veces es porque se les ha quitado el acceso a lugares, a la función de la escritura, como lady Michelsea, la duquesa criticada por escribir. Las hostigaron por su osadía de relatar en el papel, pues no era un derecho para ellas. Ahora bien, la hiedra como reacción a ese hostigamiento invadió la obra. Y donde parece que el no tener no invadiera, invade. Incluso para aquellas que al parecer tenían, porque los muros de cristal también eran muros y constreñían, Woolf lo sabe, porque la obligaron a someterse a usos y costumbres que no tenían nada que ver con sus deseos de escribir y reflexionar. Además de ello, no recibir educación, que es otra manera de no tener, tiene consecuencias en la obra literaria de estas mujeres que Woolf investiga. Entonces, la producción pasó a ser un garabateo de quejas y reproches, donde de nuevo es la escritura la que recibe ese perjudicante ingrediente.

Es preciso aducir que no todas son la excepción que fueron algunas, como Woolf, Aphra Behn o Jane Austen, no es posible para todas saltar un obstáculo tan privativo, y luego un siguiente obstáculo y así indefinidamente. Algunas dejan caer sobre el papel una tinta innecesaria y la obra se corroe. Cuando la producción literaria es un insulto social, es un crimen para la sociedad, escribir se hace tortuoso, no hay herramientas para producir más que el intento de responder de alguna manera al constreñimiento.

Para Virginia Woolf es contundente que ese forcejeo de las escritoras del siglo XIX, mucho antes y un poco después, tiene relación con los pocos recursos con los que contaban para escribir: sin papel, sin tinta, sin tiempo, sin habitación. Esos recursos escasos incluían también la falta de educación, de información, lo cual debilitaba esas obras que no contaban con elementos para describir y narrar. Una escritura hecha en medio de múltiples ocupaciones, en una sala de estar, sin experiencias vivificantes que alimentaran las cuartillas más allá de las costumbres personales, perjudicaban grosso modo el escribir. Porque si acaso hacían de la intrepidez una aventura, la pagaban en todos los ángulos posibles de dimensionar.

En relación con lo anterior, otra conclusión de gran valía para comprender la singularidad de la literatura hecha por las mujeres, en los siglos pasados, es el peso que tuvo el sexo del novelista o de la novelista en la producción literaria. Si la estructura de la novela está construida para reflejar la realidad y en ello consiste la integridad, entonces la escritura de estas mujeres de antaño ha declinado en integridad en gran medida. Porque para las escritoras no era posible ser fieles a sus realidades, a sus percepciones, eran fieles a otro dictado, además de que la queja personal empañaba la integridad, las hacía abandonar la historia. La falta de educación le hizo perder integridad a la escribiente debido a la ignorancia en sus apreciaciones. La integridad también flaqueó porque estas mujeres se adhirieron a lo que consideraban los hombres que era valioso escribir. Entonces, al no escribir sobre sus intereses, fueron infieles a sí mismas y a su percepción. Alteraron su visión por una autoridad externa, parafraseando muy textualmente a Woolf. Y aun así las editoriales no les publicaban, porque si bien se les decía sobre que escribir, pese a ello no se consideraban esos temas de valía para su impresión.

Las escritoras han tenido una tradición nimia y poco influyente que les sirva de apoyo en su construcción literaria. Las antepasadas no habían dejado el legado de sus obras en los estantes, en bibliotecas, a disposición de sus congéneres, ni la autorización de un hacer. Y el ocultamiento

de ese oficio, hizo que se extinguiera, que todavía hoy en día haya que buscarlo entre tierras profundas y barrer sus siluetas a fin de desentrañar lo que dijeron. Muchas de esas voces serán anónimos o autores masculinos falsos que se adosaron las autorías de las mujeres que no podían ser autoras. Nos atenemos a lo que hoy en día las arqueólogas de la literatura descubren en viejos pergaminos anquilosados, produciéndose una gran desigualdad en la bitácora de la historia.

Pero una gran conclusión en este forcejeo efectuado para intentar hacer con lo que se tiene, como lo fue la novela, fue que, haciendo, forjando, efectivamente se obtuvieran consecuencias que fueron otorgando mayor libertad en el hacer, obtención de un tener material como lo fue el dinero, que produjo también los espacios y el tiempo para escribir. Como resultado de ello afloraron los movimientos sociales de las mujeres escribiendo, lo que acrecentó el reconocimiento y el posicionamiento de las escritoras.

Para Woolf no se trata de ser iguales los hombres y las mujeres de ninguna manera, de hecho, cuando en esta tesis me refiero a la igualdad, apoyada en Virginia, la igualdad está pensada en relación con el acceso a los derechos humanos, igualdad frente a la regulación de la ley, igualdad de oportunidades para desarrollarse en pro de los potenciales que cada uno contenga. Puede decirse, igualdad para expresar las diferencias que nos atañen a todos, pues ni siquiera hacer referencia al género sirve para unificar a las mujeres o a los hombres en alguna igualdad física o subjetiva. Cada hombre y cada mujer es diferente, imposible consignar una marca que muestre el símil del otro, pero cada una y cada uno debe tener los mismos derechos de la otra persona, y desde ahí es como se entiende aquí la igualdad. En este cierre concluyente de su habitación, Woolf hace el llamado a que seamos la diferencia que nos habita a cada uno, cuando muestra a través de su raciocinio cómo es posible convocar a la persona andrógina de la que estamos hechos. Ser andróginos es el llamado, escuchar lo que tiene para decir, sentir y hacer el otro sexo que yace en nuestro fuero interno, para de esa forma lograr una expansión de la sensibilidad y la creación, y la experiencia del vivir, sin

duda. Hacerse a una mente andrógina, no dividida, sino reunificada. Las características y los dones de cada sexo al servicio de cada persona, fortalecerían no solo las capacidades individuales, sino que permitirían la construcción de vínculos más pacíficos, donde no hace falta demostrar jerarquías de poder.

Para Virginia la mente andrógina no es aquella inclinada a defender las causas de la mujer, es justamente la que no hace distinciones porque no tiene que hacerlas. No debe de ser gratuito que algunas mujeres que ocupan cargos y posiciones laborales e intelectuales donde no sienten el ahogo del patriarcado, sean las que interrogan y critican de manera negativa el feminismo, en tanto esa bota despótica no asfixia su exhalar. Esas mujeres están en otro lugar, ya fuere por sus afiladas uñas al trepar muros, ya fuera porque el discurso del cambio en cuanto a los lugares de los hombres y las mujeres las ha alcanzado de manera privilegiada, aunado todo ello, por supuesto, a una respuesta de su subjetividad. Todo ello tiene que confluir, a ello deberían poder acceder todas. Pero todavía no están ahí la mayoría de las mujeres que, aunque educándose y esforzándose, siguen asistiendo a un dominio de la ley donde ocupan un alejado lugar en la fila, de ahí que deba, por un tiempo, seguirse haciendo movimientos, recordando las posibilidades, denunciando.

En sus representaciones sobre las mujeres, Virginia Woolf entrega al final de *Una habitación propia* valiosísimas recomendaciones a las mismas, sobre cómo posicionarse en la vida, cómo construir un lugar y desde allí hacer, crear, participar. Para ella, en esta novedad de “comenzar a hacer” que se ha producido de manera continua y sin tantas limitaciones hace apenas dos siglos, ella resalta la autenticidad de la escritora, porque hace muy poco comenzó a escribir de manera más abierta, más visualizada, de cara y sin tapujos a su realidad. Es así como entrega Woolf unas sugerencias sobre cómo escribir, indicaciones que tienen como objetivo propiciarles a sus congéneres un hacer generoso en la productividad literaria. De esta manera convoca a las mujeres a encontrar su propio estilo, su tono, la expresión propia sin obstáculos, buscar su propio formato,

aunque este traspase las barreras de lo que ya está creado, como, por ejemplo, la novela. Así que le recomienda renunciar a formatos y decir desde dónde y cómo ve la escritora que se dispone a dicho oficio. Le propone que invente los espacios, que vuelva a considerar la longitud de las cuartillas, los espaciados, el uso de los estilos. No se precisa que la novela, el cuento, el ensayo o la poesía sean los únicos géneros a considerarse en los planos escriturales.

Argumenta Virginia Woolf que el libro deberá adaptarse a la vida singular de cada una de las mujeres, porque todavía esa igualdad que discurre en el lenguaje del derecho no alcanza la cotidianidad de la vida de las mujeres, si bien los medios de comunicación y la publicidad empiezan a esforzarse por bajarla de esos estantes de decretos y resoluciones y aterrizarlas en los espacios cotidianos donde yacen los hombres y las mujeres, también la misma publicidad rezaga los nuevos modelos identificatorios a construir. Pero, mientras este aterrizaje toma forma y se enclava, cada mujer debe considerar cómo será lo que escribe dependiendo de sus cotidianidades y de esa vida particular que transcurre día a día.

Recomienda que las mujeres aprendan a salir de la autoexpresión en el hacer literario, que vayan más allá de la novelista naturalista, la que hace literatura a partir de sus quejas y de sus dificultades, que, en cambio, fortalezcan la novelista contemplativa, la que busca decir algo sobre el mundo, desde su punto de vista, desde su discernimiento. Eso propicia la creación del estilo y el uso de su mirada sobre la realidad. Les pide que desatiendan los imperativos recibidos acerca de cómo y sobre qué pueden escribir.

Olvidarse de la continua identificación al sexo propio, como apuntalamiento para la escritura, para que incluso esa característica pueda salir a flote, sin quejas, sin dolores, siendo ese retrato de la realidad una verdadera fotografía tomada por lo particular de una persona que se atiene a la contemplación de lo que lo conmueve. La mente andrógina aquí juega un papel preponderante, porque cuando la contemplación no se circunscribe a la singularidad de ningún sexo, es amplio lo

que se puede percibir y contar. Es una novedad para el ámbito literario esta recomendación de una maestra que procuró pensar en sus diversas obras literarias el lugar y la función de cada sexo, la necesidad o no de crear esos lindes, reflexiones que tuvieron lugar no solamente en *Una habitación propia*, sino también en obras como *Orlando, la señora Dalloway* y *Tres guineas*.

Sugiere Woolf al final de *Una habitación propia*, después de haber señalado la historia de las mujeres escritoras, luego de haber posibilitado la comprensión de por qué Brönte hubiera podido brillar más aún, que ya es hora de soltar las amarras, no solo de las que ciñen externamente, sino también de aquellas a las que todavía se pueden aferrar las mujeres como una suerte de costumbre, de resignación, de identificación. Así que al final declara que hay ventajas de las cuales echar mano en estos tiempos, les señala con empeñamiento a estas mujeres universitarias para las que habla en su texto, que están aquí esta noche, obtendrán títulos, gracias en gran parte a Aphra Behn, así que no se entretengan mirando para atrás, para los lados, ya no escuchen más el límite acechador, que total, llevará un buen tiempo extirpar, miren hacia adelante, contemplen el amanecer que les ha caído encima y digan sobre el calor o la ventisca, saboreen los plumazos del espléndido presente que ahora es posible vivenciar de otra manera y amasar para hacer obra.

Sobre qué escribir, qué temáticas abordar, Virginia Woolf deja algunas recomendaciones que también van en la vía de catapultar este oficio desde las mujeres. Recomienda reescribir la historia de las mujeres, de puño y letra de las mujeres mismas; la historia en relación con su cotidianidad, su trabajo, su educación, su intimidad, los matices de su vida sexual, esa vida doméstica a la que difícilmente han ingresado los hombres que han escrito sobre ellas. Es muy original esa invitación de ella a contar y describir las relaciones entre las mujeres, que no suelen ser de rivalidad, que tienen matices, que son amistosas - algo ya sabemos en esta contemporaneidad de eso-, pero Woolf hace hincapié en llevarlo al plano literario. Hacer uso del coraje, la dedicación

y la creatividad para escribir, la minucia de la observación en pro de la escritura, tal cual ha sido usada en otros menesteres.

Escribir sobre la diferencia de los sexos, con atención a la moneda del tamaño de un chelín que al otro le es imposible verse. De ahí la importancia de contar incluso esas escenas donde el otro resarce su lugar violento, pero también donde el otro reelabora su lugar. Nombrar esa comunión de los sexos, en sí misma y en relación con el otro, esas nuevas maneras de habitar de los hombres y las mujeres que hoy en día despuntan como una promesa de vínculos igualitarios en cuanto a funciones y derechos.

Recuerda Woolf que el escritor y la escritora tienen más oportunidad que la demás gente de vivir en presencia de la realidad, esa maraña que ella o él puede discernir en la concreto de unos instantes y unas vivencias. Al escritor, a la escritora, dice Woolf, le corresponde buscar esas realidades, traerlas y comunicarlas.

Virginia Woolf y los autores que fueron llamados en esta lectura de *Una habitación propia*, aducen que la representación es una construcción que se forja en los contextos sociales, a partir de un tejido al que es difícil vérselo el punto de partida en tanto se nutre de esas elaboraciones cotidianas de sus habitantes como también de aquello externo que adviene a consecuencia de la ciencia, del arte, de la política, según lo explicó Moscovici. Lo que adviene externo, no obstante, precisa de lo que ya estaba para adherirse y restallar con las propiedades nuevas que trae consigo. De lo que había y de lo nuevo que se instaura, afloran en el discurso las representaciones que dicen sobre las características de las mujeres, de dónde se sitúan, de cuáles son los límites de sus acciones y creaciones. De esta manera se clarifica en gran parte por qué tardan tanto en realizarse los discursos recientes que designan funciones y caracterizaciones de las mujeres y los hombres, en tanto lo que estaba, precisa depurar lo que llega, al igual que lo novedoso, dará cobijo a lo que más adelante advenga en calidad de inédito.

Ahora, Virginia enseña, a través de su escritura, que señalar la historia y hacer memoria de lo acontecido, esto es, hacer arqueología de los hechos que han constreñido a las mujeres a los lugares ocupados sin variaciones a través de los siglos, no es un discurso que victimice a las mujeres, en la medida que, tras comprender el origen de semejantes disimilitudes en los derechos de ellas, Woolf abre la magnífica puerta de las opciones de independencia, de cambio, de transformación y muestra que para poder hacer los virajes que se requieren en las construcciones novedosas, se precisa entender por qué se ha ocupado por tanto tiempo ese viejo lugar. Virginia Woolf ha clarificado desde su perspectiva la historia y la lógica de esos constreñimientos. Podría pensarse que este señalamiento de “victimización” para las mujeres que en la actualidad reniegan y denuncian la violencia que hasta hace muy poco tiempo se consideraba parte de la normalidad, es una respuesta del discurso social que todavía trata de limitar a las mujeres incluso frente a la queja que lanzan debido a la violencia que les dirigen.

Es posible pensar que también, a la manera de Freud, Virginia deduce que decir sobre las mujeres, así como opinar sobre los hombres en general, es un asunto inacabado que a cada generación le corresponde interrogar, describir, relatar. De esta manera la pregunta por las mujeres continuará renovándose, rehaciéndose y resignificándose. Ha dicho Woolf sobre las mujeres en tanto su historia, ese lugar que fue sitiado por la conveniencia de otro, de la edificación social. Ha dicho Woolf sobre la historia de las mujeres escritoras que se levantaron y trazaron su tradición en un recorrido que ha resultado muy reciente, y ha dicho Woolf sobre el presente y el futuro de las mujeres, como un giro iniciado e irreversible, donde su lugar en el mundo en adelante enmarca participación, producción y plenitud.

Sigmund Freud (1986), va a coincidir con Virginia Woolf cuando en 1933[fecha de escritura] refirió que las normas sociales empujan a la mujer a particularizar su vida pulsional. Cada uno lo dice a su manera y en su tiempo. Freud expresó con claridad que la particularidad de la



vivencia pulsional en las mujeres tiene que ver con los discursos sociales a los que ellas han estado sujetas. Encontrar esta posición freudiana y poder cotejarla con las representaciones que muestra Woolf sobre las mujeres, es de gran valía y muestra como la literatura y la ciencia se cruzan aquí para dar respuestas muy similares a partir de la observación de los hechos, de los sucesos, como lo dicen y lo sugieren ambos autores. Hay un punto de gran importancia en la que también coinciden Virginia Woolf y Sigmund Freud, y es en cómo para Woolf, la mente es andrógina y esta concepción debería aprovecharse en la construcción literaria. Andrógina, porque, cada persona puede aprovechar al máximo aquellas cualidades que tiene del otro sexo y que le ayudan a percibir el mundo desde una perspectiva más amplia. Desde allí la riqueza de la percepción del mundo y la manera de dar cuenta de ello, en la escritura, se enriquece al máximo. En consonancia con lo dicho, para Freud cada uno de nosotros exhibe una mezcla de feminidad y virilidad independiente y más allá de sus rasgos biológicos, refiriendo que no es posible caracterizar la lívido del hombre como activa y la de la mujer como pasiva o viceversa, pues cada uno contiene tanto de lo uno como de lo otro. Alude a que la bisexualidad en cada ser humano es un tema que no debe dejarse pasar, que es preciso seguir considerando, que los límites entre uno y otro sexo son difíciles de asir.

También pude encontrar una coincidencia entre Virginia Woolf y Simone de Beauvoir, en tanto que, con la teoría de la alteridad, De Beauvoir explicita que se requiere que lo Uno haya designado lo Otro para que el poder y la totalidad de lo Uno prevalezca y se preserve. Esto es, para explicar cómo es que la mujer ha ocupado lugares tan inferiores y ha sido subestimada en la valoración social, De Beauvoir hace referencia a que para organizar las sociedades se requirió que lo Uno, los hombres, se definieran como lo esencial y las mujeres fueran definidas como lo Otro, que es diferente a la noción psicoanalítica, en tanto significa alteridad, lo no esencial. De manera análoga Woolf nombra a la mujer como espejo, en tanto si aparece disminuida para quien se refleje allí, para quien se compare con ellas, los hombres, ellos se verán el doble de lo que son. Explica

Woolf que, para poder nombrarse superiores, precisan que las mujeres sean inferiores. No es que las sepan inferiores, es que las tienen que definir así para poder ser ellos superiores, no es posible algún tipo de paridad en cuanto a la aspiración a las iniciativas, al desarrollo de potenciales, en tanto para la organización social se requiere esa oposición, como lo dice De Beauvoir, encontrándose en este punto con Woolf a pesar de tener esas escrituras de una y otra veintiuno años de diferencia, siendo la pionera Virginia Woolf.

La metodología que llevé a cabo en esta tesis, una lectura fiel a *Una habitación propia*, donde a través de la escritura de Virginia Woolf desentrañé algunos significados y pretensiones del texto, de ese decir escrito, reveló que el texto literario contiene por sí mismo la fuerza suficiente para transmitir y señalar lo que un autor tiene como opinión sobre un tema que porta una construcción sobre aspectos sociales, como lo son las representaciones sobre las mujeres. Después de haber escuchado e interpelado a Woolf, salir en un segundo momento a interrogar a otros autores sobre aquello que Woolf argumentaba, como si después de escuchar al conferenciante atentamente, otros expertos también se tomaran la palabra, pero siempre con Virginia Woolf como centro y faro de la discusión. Finalmente, que su decir trazará el contenido, esto es, los capítulos, propició el depuramiento de un decir escrito que pudo interpelarse y ponerse en discusión frente a otros, como si el dialogo se hubiera abierto a varias voces. Esta metodología me deja la impresión de que lanzar una pregunta de investigación a un texto literario, propicia la aventura de una introspección muy profunda con un texto, donde se puede llamar luego a otros, interrogar el contexto en el que se lee esa obra, sin perder de vista los días en los que fue escrita.

Tras una inmersión de tan prolongado tiempo, después de haber conversado con Virginia e interrogado sobre lo que ella tiene que decir sobre las mujeres, en tanto haber podido extraer lo que pude comprender en estas lecturas efectuadas, algunos interrogantes se han izado y más bien se apuntalan como futuros trabajos para llevar a cabo, preguntas de índole social y político que me

han despertado las palabras de Virginia Woolf. Entre esas preguntas pueden discernirse las siguientes: ¿Se socializan de manera solvente las leyes de igualdad de derechos o yacen soterradas y apenas, una población ínfima accede a ellas? ¿En la escuela primaria, todavía prevalece aquella literatura que promueve la identificación de los sexos donde las mujeres son pacientes princesas que esperan y anhelan servir al otro? ¿El cine que interroga los antiguos lugares ocupados por las mujeres no es asequible a la gran mayoría de la población, resguardándose para una minoría?

Interrogantes que, gracias a la escritura de Virginia, quedan en la superficie después de haber navegado y pescado, a mi parecer, en la fecundidad. Al cerrar la habitación de Virginia Woolf, puedo entender que su escritura discurre a través de los siglos, porque todavía habrá muchas cosas por decir acerca de su prosa representativa.

## Referencias

- American Psychological Association [APA]. (2020). *Publication Manual of the American Psychological Association* (7<sup>a</sup> ed.). American Psychological Association.
- Arango, J. L. (2000). Enfermedades respiratorias del recién nacido. En J. A. Correa, J. F. Gómez, & R. Posada (Eds.), *Fundamentos de pediatría: generalidades y neonatología* (pp. 463–467). Fondo Editorial CIB.
- Baker, D. W., Gazmararian, J. A., Williams, M. V, Scott, T., Parker, R. M., Green, D., Ren, J., & Peel, J. (2002). Functional Health Literacy and the Risk of Hospital Admission Among Medicare Managed Care Enrollees. *American Journal of Public Health*, 92(8), 1278–1283. <https://doi.org/c7fvj5>
- Biblioteca Universidad de San Buenaventura [@BiblioUSB]. (2016, mayo 3). *Consulta Biblioteca Digital USB Colombia* <http://bibliotecadigital.usb.edu.co/> acceso a más de 2.600 documentos en texto completo. #Biblioteca #USBMed [tweet]. Twitter. <http://bit.ly/2MmUp88>
- El Espectador. (2012). Tutelas por un acetaminofén: tratamientos, medicamentos y cirugías, las mayores causas de reclamo. El 67,81% de los casos correspondían a servicios incluidos en el plan de beneficios. En *El Espectador*. <https://bit.ly/3mr4I8Q>
- Fundación del Español Urgente [Fundéu]. (2012). *Fundéu BBVA: cómo diferenciar «si no» y «sino»*. <https://bit.ly/3oBTGP9>
- González Pérez, Y., Rosell León, Y., Piedra Salomón, Y., Leal Labrada, O., & Marín Milanés, F. (2006). Los valores del profesional de la información ante el reto de la introducción de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. *ACIMED*, 14(5). <https://bit.ly/2VgAbP7>

Hooper, T. (2010). *El Discurso del Rey [The King's Speech]*. UK Film Council; See Saw Films; Bedlam Productions.

Institute of Electrical and Electronics Engineers [IEEE]. (2006). *IEEE Std P802.15.4/D6: Approved Draft Revision for IEEE Standard for Information Technology-Telecommunications and information exchange between systems-Local and metropolitan area networks-Specific requirements-Part 15.4b: Wireless Medium Access Control*. IEEE.

International Business Machine [IBM]. (2020). *SPSS (Versión 27.0)* [software]. IBM.

Ramírez H., A., & Guzmán, P. (s.f.). *Sistemas participativos de garantía SPG en Bogotá: la apuesta del proceso organizativo Familia de la Tierra*. <https://bit.ly/3mfvktD>

Rioja, G. (2008). *¿Judicialización de la salud? el caso de las personas sordas* [conferencia]. XIII Congreso de la Caja de Abogados de la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.

Ruiz Rojas, G. A. (2014). *Hacia la comprensión de la retórica como contenido formativo para la configuración de un sujeto deliberativo* [tesis de maestría, Universidad de San Buenaventura Medellín]. Biblioteca Digital Universidad de San Buenaventura Colombia.

Accati, L. (2009). Violencia pública y castidad privada. El Papa, el rey de España y las mujeres. *Studia Historica: Historia Moderna*, 19(1). Recuperado de [https://revistas.usal.es/index.php/Studia\\_Historica/article/view/4789](https://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica/article/view/4789)

Allende, I. (2020). *Mujeres del alma mía*. Plaza y Janés.

Álvarez, J. Jurgenson, G. (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. Paidós.

Arango, S. (2020). El Otro (poema). *Revista Universidad de Antioquia*, octubre- diciembre., número 341. P. 47

Aries, P. y Duby, G. (1990). *Historia de la vida privada*. Taurus.

Aristizábal y Piedrahita. (12 febrero 2021) Periódico Alma Mater, Universidad de Antioquia  
(<https://www.eltiempo.com/tecnosfera/novedades-tecnologia/cifras-de-mujeres-en-ciencia-y-tecnologia-en-educacion-en-colombia-412200>)

Aristizábal, Y., Piedrahita N. (2021). Paridad y reconocimiento, el camino de las mujeres en la ciencia. Periódico Alma Mater. Universidad de Antioquia. Recuperado de [http://www.udea.edu.co/wps/portal/udea/web/inicio/udea-noticias/udea-noticia/!ut/p/z1/zZXJbtswEEB\\_pT3kSHDERctRdQ07C7y0dhzzUtAU1TAxRUVm4iZfHwkNEKSBr{-}](http://www.udea.edu.co/wps/portal/udea/web/inicio/udea-noticias/udea-noticia/!ut/p/z1/zZXJbtswEEB_pT3kSHDERctRdQ07C7y0dhzzUtAU1TAxRUVm4iZfHwkNEKSBr{-})

Austen, Jane. (2018) Orgullo y Prejuicio. Editorial Alma.

Bell, Q. (1980). *Virginia Woolf. Volumen I. Virginia Stephen. 1882 a 1912*. Editorial Lumen.

Bollmann, S. (2011). *Las mujeres que escriben también son peligrosas*. Maeva

Bollmann, S, Tusquet, E. (2011). *Las mujeres que escriben también son peligrosas*. Maeva.

Briones, G. (2006). *Teorías de las ciencias sociales y de la educación*. Epistemología. Trillas.

Brousse, Marie-Hélène. (13 de mayo de 2015) <http://ampblog2006.blogspot.com.co/2015/05/lo-queelpsicoanalisisabedelas.html>

Butler, J. (2017). *El género en disputa*. Paidós.

Cornu, L. (2004). *La transmisión en las sociedades, las instituciones y los sujetos: Un concepto de la educación en acción*. Centro de publicaciones educativas y material didáctico.

Corrales, S. (2008). La lengua materna: más que una metáfora. Afán femenino por las letras. *Revista de ciencias sociales*. N. 47, mayo-agosto. P.p. 185-206.

De Beauvoir, S. (2011). *El segundo sexo*. Debolsillo.

De Lauretis, T. (2000). *Diferencias*. Etapas de un camino a través del feminismo. Editorial horas y Horas.

El periodico.com (26 de junio de 2020). El presidente de México ve clave para combatir el coronavirus que las mujeres se queden en casa.

<https://www.elperiodico.com/es/internacional/20200626/lopez-obrador-comentarios-machistas-mujeres-casa-coronavirus-8015238>

El Tiempo Argentino beta (28 de Julio de 2018). Denuncian ataques a militantes feministas en

Santiago del Estero. *Tiempo Argentino Beta*. Recuperado en

<https://www.tiempoar.com.ar/nota/denuncian-ataques-a-militantes-feministas-en-santiago-del-estero>

Errázuriz, p. (2010). ¿Aún le temen a Virginia Woolf? Una reflexión sobre el cuarto propio. *Revista*

*Universum*. N. 25. V. 1. I semestre. p.p. 60-72.

Flaubert, G. (2008). *Madame Bovary*. Alianza Editorial.

Freud, S. (1933). *Obras Completas. Lecciones de Introducción al psicoanálisis. 33 conferencia.*

*La feminidad*. Amorrortu. 108-122

Freud, S. (1972). *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*. En: J. Strachey (Ed.

Y transc.), *Obras Completas de Sigmund Freud (Vol.XI)*. Amorrortu Editores (Trabajo original publicado en 1912).

Freud, S. (1978). *Tres ensayos para una teoría sexual*. En: J. Strachey (Ed. Y transc.), *Obras*

*Completas de Sigmund Freud (Vol.VII)*. Amorrortu Editores [Trabajo original publicado en 1905].

Freud, S. (1984). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. En

J. Strachey (Ed. Y transc.), *Obras Completas de Sigmund Freud (vol. 19)*. Amorrortu Editores (trabajo original publicado en 1925).

Freud, S. (1986) a. *El creador literario y el fantaseo (1908)*. Volumen 9. Amorrortu editores.

- Freud, S. (1986). 33ª Conferencia. La feminidad. En J. Strachey (Ed. Y transc.), *Obras Completas de Sigmund Freud* (vol. 22). Amorrortu Editores (trabajo original publicado en 1933).
- Freud, S. (1986). *Recordar, repetir y elaborar*. En: J. Strachey (Ed. Y transc.), *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol.XII). Amorrortu Editores (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1986). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En: J. Strachey (Ed. Y transc.), *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol.XVIII). Amorrortu Editores (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1986). Sobre la sexualidad femenina. En J. Strachey (Ed. Y transc.), *Obras Completas de Sigmund Freud* (vol. XXII). Amorrortu Editores (trabajo original publicado en 1931).
- Freud, S. (1986)a. *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen y otras obras* (1907). Volumen 9. Amorrortu editores.
- Freud, S. (2003). *Tres ensayos para una teoría sexual*. Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1905).
- Flick, U. (2015). *El diseño de investigación cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata
- Frigerio, G. (2004). *La transmisión en las sociedades, las instituciones y los sujetos: Un concepto de la educación en acción*. Centro de publicaciones educativas y material didáctico.
- Frigerio, G., Diquer, G. (2004). *La transmisión en las sociedades, las instituciones y los sujetos: Un concepto de la educación en acción*. Centro de publicaciones educativas y material didáctico.
- Galeano Marín, M. E. (2015). *Estrategias de investigación social cualitativa*. Medellín: La carreta Editores.
- Gallo, H., Jaramillo, A., López, R., Ramírez M. (2010). *Feminidades. Sacrificio y negociación en el tiempo de los derechos*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Garbus, L. (2015) *What Happened Miss Simonne?* (Documental). Netflix.



Gavron, S. (director). (2015). *Las sufragistas*. [película]. Film4, Pathé, Ruby Films.

Gilbert, S. y Gubar S. (1998). *La loca del desván*. Ediciones Cátedra S.A.

Glenza, J. (2020). La batalla por el derecho al aborto en EE. UU. enfiló un año clave tras una ola de medidas restrictivas sin precedentes. *El diario.es*.  
[https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/aborto-peligra-unidos\\_1\\_1064323.html](https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/aborto-peligra-unidos_1_1064323.html).  
Recuperado en: 7 de agosto de 2020.

González, E. Cruzado, A. Ramírez, M. (2009). *Literatura e insumisión femenina*. Arcibel Editores.

Khodashenas, A. (2009). La castidad de las mujeres en las actividades económicas. *Revista de Economía institucional*, vol.11, segundo semestre/ N. 21. P.253-260.

Kurvet, Kasaar y Leena (2004) Claiming and Disclaiming the body in the early Diaries of Virginia Woolf, Anais nin and aino kallas. *Feminismo*, 68-84.

Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan. Libro IV. La relación de objeto*. Paidós.

La Diaria Feminismos (24 de agosto de 2020). Denuncian que policía prohibió alerta feminista en Maldonado y que funcionarios se ampararon en el marco normativo de la LUC. *La diaria Feminismos*. Recuperado de <https://ladiaria.com.uy/feminismos/articulo/2020/8/denuncian-que-policia-prohibio-alerta-feminista-en-maldonado-y-que-funcionarios-se-ampararon-en-el-marco-normativo-de-la-luc/>).

Laplanche, J., Pontalis, J. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.

Lechuga, J., Ramírez, G., Guerrero, M. (2018). Educación y género. El largo trayecto de la mujer hacia la modernidad en México. *ECONOMÍAunam*, vol. 15, (43). 110-139.

Lessing, D. (2013). *El cuaderno dorado*. De bolsillo.

Malagón, S. y De Frono, J. (2019). Cien años cien libros de escritoras en español. *Arcadia, Volumen* (169), p. 17.

- Márai, S. (2016). *Lo que no quise decir*. Narrativa Salamandra.
- Mejía, P. (2012) *Educación para la Sexualidad* [Discurso principal] Conferencia Educación para la Sexualidad Ser con derechos, Medellín.
- Mendoza Ariza, J. N. (2017). Mujer, castidad y transgresión. *Libros Universidad Nacional Abierta Y a Distancia*, 138-150. Recuperado de <https://hemeroteca.unad.edu.co/index.php/book/article/view/2504>
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Huemul S.A.
- Palacios, N. (2017). Memoria y violencia: un recorrido por algunas reflexiones y perspectivas. *Civilizar Ciencias Sociales y Humanas*, 17(32), 209-228. Doi: 10.22518/16578953.827
- Patiño, L. (6 de marzo de 2020). En datos: así son las diferencias de género entre los graduados. El tiempo. <https://www.eltiempo.com/tecnosfera/novedades-tecnologia/cifras-de-mujeres-en-ciencia-y-tecnologia-en-educacion-en-colombia-412200>. Recuperado 4 de enero de 2021.
- Pedraza, Zandra. (2011). La “educación de las mujeres”. El avance de las formas modernas de feminidad en Colombia. *Revista de estudios sociales* (41) 72-83.
- Pérez, J. (2011). *Historia del feminismo*. Catarata.
- Pérez, J F. (1998) Elementos para una teoría de la lectura. *Revista colombiana de psicología*, 239-244.
- Picasso, P. (1937). *Poscriptos de Guernica*. Pinturas. Museo Nacional Centro de arte Reina Sofía, Madrid.
- Pizarnik, A. (1994). *Obras escogidas*. Ediciones Hölderlin
- Quiroga, H. (1927). *Decálogo del perfecto cuentista*. El Libro Editorial
- Ramos, M. (2003). Historia de las mujeres: la interpretación de las fuentes en el marco de la tradición feminista. *Feminismo/s*, 19-32.

Real Academia Española. (s.f.) Abrumar. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 19 de Julio de 2020, de <https://dle.rae.es/abrumar?m=form>.

Real Academia Española. (s.f.) Controversia. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 6 de Julio de 2020, de <https://dle.rae.es/controversia>

Real Academia Española. (s.f.) Lugar. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 5 de agosto de 2020 de <https://dle.rae.es/lugar?m=form>

Real Academia Española. (s.f.) Prejuicio. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 17 de septiembre de 2020 de <https://dle.rae.es/prejuicio?m=form>

Real Academia Española. (s.f.) Tradición. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 23 de noviembre de 2020 de <https://dle.rae.es/traducci%C3%B3n?m=form>

<https://dle.rae.es/traducci%C3%B3n?m=form>

Real Academia Española. (s.f.). Artesón. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 29 de junio de 2020, de <https://dle.rae.es/artes%C3%B3n?m=form>

Real Academia Española. (s.f.). Artesonada. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 29 de junio de 2020, de <https://dle.rae.es/artesonado?m=form>.

Real Academia Española. (s.f.). Habitación. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 12 de mayo de 2020, de <https://dle.rae.es/habitaci%C3%B3n?m=form>.

Real Academia Española. (s.f.). Prelado. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 29 de junio de 2020, de <https://dle.rae.es/prelado?m=form>.

Real Academia Española. (s.f.). Reprensible. En *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.)

Recuperado en 26 de junio de 2020, de <https://dle.rae.es/repreensible>.

Redacción judicial. (5 de noviembre de 2019) Padres podrán elegir el orden de los apellidos de sus

hijos:

Corte

Constitucional.

*El*

*Espectador.*

<https://www.elespectador.com/noticias/judicial/padres-podran-elegir-el-orden-de-los-apellidos-de-sus-hijos-corte-constitucional/>. De recuperado 28 de Julio de 2020.

Restrepo, D. (2018). Cuatro ensayistas colombianas. *Revista Universidad de Antioquia.*, (333), 34-37.

Rodríguez, A., Lucoti, C., y Fe, M. (2014). *Escribir como mujer: ensayos sobre la obra de Virginia Woolf*. Mexico: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Runge, B. (Director). (2008). *La buena esposa*. [Película]. Anonymous Content.

Salomone, Alicia. (2006). Victoria Woolf en los testimonios de Victoria Ocampo, tensiones entre feminismo y colonialismo. *Revista Chilena de Literatura*, 69-87.

Sánchez, M. (abril de 2019) olvidadas antes de ser conocidas. La ausencia de mujeres escritoras en los libros de texto en la enseñanza obligatoria. *Revista Prisma Social* (25). P.p. 204-224.

Serge, O. Ricardo, R. (2013). Esposa mía. En *30 mejores*. Codiscos.  
<https://www.youtube.com/watch?v=dorytqCwHYQ>

Serrano, M. (2012). *Nosotras que nos queremos tanto*. Punto de lectura.

Snyder, Z. (2017). *La liga de la justicia* (película). DC Films (Productor).

Soler, C. (2007). *De un trauma al Otro*. Asociación foro del campo lacaniano de Medellín.

Vacca, L., Coppolecchia, F. (2012). Una crítica feminista al derecho a partir de la noción de biopoder de Foucault. *Páginas de Filosofía, Año XIII* (16), 60-77. [Dialnet.unirioja.es](http://Dialnet.unirioja.es)

Vélez, M. y Cuartas, J. (2012). *El caduceo de Hermes*. Fondo Editorial Universidad Eafit. (8)

Vélez S, M C. (1987) El sexo: ¿comedia, apariencia o ideología? (e) l (a) Orlando. *Brujas. Las mujeres escriben*. P.p.7-13

Wash, W. (Director). (2018). *Colette*. [Película]. Bleeker Street 30 West.

Woolf, (2013). *La Señora Dalloway*. Lumen.

Woolf, V. (1981). *Las mujeres y la literatura*. Lumen.

Woolf, V. (1993). *Diarios 1925 - 1930*. Siruela.

Woolf, V. (2001). *Una habitación propia*. Seix Barral Biblioteca Fomentor.

Woolf, V. (2008). *Momentos de vida*. Lumen.

Woolf, V. (2013). *Tres guineas*. Lumen.

Woolf, V. (2018). *Orlando*. Lumen.

Wright, Elizabeth. (2004) *Lacan y el posfeminismo*. Gedisa Editorial, Barcelona.

Zajnbok, Marcia (2013) ¿Qué sabía Virginia Woolf sobre las mujeres? *Bitácora Lacaniana*.  
*Revista de psicoanálisis de la Nueva Escuela Lacaniana*. 225-230

Zamora, J. (junio de 2018). *Viviendo en co-herencia con la filosofía cínica: Hiparquia de Maronea*.

*Revista Co-herencia* Vol. 15 (28). P.p. 111-131.